CHRIS OFFUTT

DOS VECES EN EL MISMO RÍO

A los diecinueve años, a Chris Offutt ya se le habían cerrado las puertas del Ejército, del Cuerpo de Paz, de la Guardia Forestal y de la Policía, así que abandonó su hogar en los Apalaches y se dirigió hacia el norte para dar comienzo a una serie de viajes que después lo llevarían de costa a costa por Estados Unidos, un país habitado por una variedad impredecible de vagabundos y bichos raros, en busca de trabajos temporales, mientras dormía en habitaciones de mala muerte y soñaba con ser artista.

Quince años después, Chris se ha establecido junto con Rita, su mujer, a orillas del río Iowa, donde descansa y escribe, a la espera del nacimiento de su primer hijo. Será entonces cuando pueda iniciar un camino bien distinto al emprendido años atrás, ese que habrá de llevarlo a la madurez.

Chris Offutt

Dos veces en el mismo río

Título original: *The Same River Twice*
Chris Offutt, 1993
Traducción: Ce Santiago, 2022

-

Revisión: 1.0

07/06/2023

Para Rita y Sam

Olvido los nombres de los pueblos sin ríos.
Un pueblo necesita un río que perdone al pueblo.
Da igual el río, da igual el pueblo…
Es prácticamente el mismo.
Las crueldades que he cometido las llevé al río.
Supliqué a la corriente: hazme mejor.

RICHARD HUGO,
The Towns We Know and Leave Behind,
The Rivers We Carry with Us

PRÓLOGO

La tierra del Medio Oeste posee una cualidad levemente ondulatoria, como de círculos concéntricos que se expanden tras arrojar una piedra a la charca de una granja. Antes del roturado de los grandes icebergs, aquí el agua lo cubría todo. A menudo veo con bastante claridad el lecho de un antiguo océano —las ondas que dejaron mareas olvidadas, las ligeras curvas ascendentes de un arrecife— e imagino que la tierra sigue sumergida. En los bosques, tengo branquias y avanzo pese a la resistencia: exploro un mar abandonado.

Las sombras de las nubes son peces enormes que pasan por encima a toda velocidad. La pradera desaparece refractada bajo el fulgor de la luz solar, que, a medida que se atenúa con la profundidad, la convierte en las tarimas vivas de un océano. Las estelas de los reactores en el cielo son la proa de un barco que surca la superficie muy a lo lejos. Burbujas de aire rodean mi cabeza a medida que el movimiento se ralentiza. El sonido se torna silencio. Me he escabullido de mi época y me he adentrado en un pasado submarino, a solas con una fuerza impasible.

Aquí me siento tan extraño como en la ciudad. Este no es mi lugar, ni el de nadie. La suerte nos deparó un pulgar y un cráneo que nos llevaron hasta nuestro estado actual y hemos intercambiado curiosidad por erosión. Los dinosaurios evolucionaron hasta que sus cuerpos fueron demasiado grandes para sus cerebros y perdieron el control de sus extremidades. La mente humana ha dejado atrás al cuerpo: somos tan desmañados como el último gran lagarto.

Hoy los ríos del país son solo agua, nunca más ríos, chorritos, como mucho, cargados de veneno. Dentro de diez millones de años, un extranjero explorará este antiguo mar, este antiguo iceberg, esta vieja pradera, y pasará nuestros restos por un tamiz. En lugar de puntas de lanza y huesos de mastodontes encontrará trocitos de plástico. Debería hacerme escultor y tallar en roca un panteón inmenso que rivalice con los detritus que dejamos en la Luna. Las cenizas de la biblioteca de Alejandría revelan la fragilidad de los libros.

Mi llegada a Iowa coincidió con una sequía de dos años que había dejado el maíz raquítico, tronchado y muerto en los campos. La hierba marrón crujía bajo los pies. Los terrenos sin sombra me recordaban al aglomerado barato, que se comba tras mucho tiempo a la intemperie. Por la noche, la temperatura rozaba los treinta y ocho grados. Después de haber vivido durante años en ciudades y montañas, la pradera me brindaba la capacidad única de ver venir los problemas desde muy lejos.

Rita y yo alquilamos una casita pegada al río Iowa. Debido a las leyes de zonificación y al riesgo de crecidas, la gente poseía la casa, pero no las tierras. Muchas casas se construían sobre plataformas para que un *bulldozer* pudiera llevárselas en caso de desalojo. Nuestro camino de tierra discurría en paralelo al río, pasada una alambrada repleta de cabezas cercenadas de siluros. Más de doce hectáreas de árboles nos rodeaban. Cada día daba un largo paseo por los bosques pantanosos.

Los oriundos aceptaban mi presencia, el estado tiene fama de tolerante. Es legal jugar al póquer con apuestas bajas y no es obligatorio llevar casco en moto. Iowa es hogar de los *amish* y los menonitas, de una buena panda de seguidores de Maharishi y de las granjas comunales de las colonias de Amana[1]. Todo el mundo ha pasado por sequías, tornados, granizadas, ventiscas y vientos fortísimos que cruzan a gritos la pradera a lo largo de cientos de kilómetros. Hay dos estaciones: calor y frío. Con suerte, el otoño dura una semana; la primavera, apenas una tarde.

En Iowa no hay parques nacionales, y, si sus parques estatales se graparan unos a otros, ocuparían un espacio inferior a treinta kilómetros cuadrados. El noventa y cinco por ciento de la tierra se

destina a la agricultura, más que en cualquier otro estado. Las gentes de Iowa practican la lucha libre, leen, juegan al minigolf y vuelan modelos de aviones a escala: pasatiempos que requieren pocos metros de terreno. Globos tripulados surcan el cielo cada verano. Los granjeros llevan tanto tiempo explotando la tierra que el suelo más fértil del país no es más que arena vieja, y requiere una variedad de químicos que se quedan en el terreno. Del agua del grifo no te puedes fiar.

Nací y me crie en unas colinas del este de Kentucky, en mitad del Bosque Nacional Daniel Boone. Los árboles crecían muy juntos, una maraña que formaba un sotobosque espeso. La variedad de flora y fauna que coexistía allí era mayor que la de cualquier otra parte del país. Pasé casi toda mi niñez en aquellos bosques. La mitad de lo que sé lo aprendí allí por mi cuenta. Con diecinueve años me marché, y juré que siempre sería dueño de mi tiempo. Lo que empezó como una adhesión a la libertad se convirtió en una incapacidad para conservar un empleo.

Hace cinco años, la noche en que los Red Sox ganaron la Liga Americana[2], le pedí a Rita que se casara conmigo. Estábamos bebiendo en un bar abarrotado de Boston. Ella rehusó y yo lo agradecí: necesitaba tiempo para pensar en mi chocante y espontánea proposición. La segunda vez fue durante un viaje de fin de semana a una cabaña al norte del estado de Nueva York. Fuimos a un lago en el que había pasado unas vacaciones con su familia cuando era niña. Rodeados por el estruendo de una cascada, se lo pedí otra vez y me dijo que no. Me sentó mal, porque había reflexionado sobre ello y estaba sobrio.

—No, no lo estás —dijo—. Estás borracho de naturaleza.

Que me rechazara dos veces me llevó a trazar una estrategia cuidadosa, una que me garantizara que la pillaría en un momento de debilidad. En la mañana de su cumpleaños, corrí al baño antes que ella. Minutos después, cayó en mi trampa. Los dos estábamos desnudos. Me arrodillé despacio sobre los azulejos fríos.

—Feliz cumpleaños —dije—. ¿Quieres casarte conmigo?

Con los ojos legañosos y amodorrada, dijo que sí y pasó por

encima de mí para ir al váter.

Nos casamos en Manhattan, patria chica de Rita, en el Municipal Building de la calle Chambers. El edificio estaba en plena reforma y la capilla, cerrada. Nos mandaron a una sala auxiliar en la que había un andamio, herramientas y una loneta. Ante nosotros, en la cola, había una pareja de asiáticos; justo detrás, una de hispanos. Todos hicimos de testigos de los otros, aunque nadie hablara el mismo idioma. Nuestra ceremonia duró dos minutos, lo suficiente para que al juez de paz se le cayera uno de los anillos desemparejados que había comprado en una casa de empeños de Hells Kitchen. Por el suelo, yo había esparcido un puñado de tierra, así que su torpeza era comprensible. Era de mi hogar, quería pisarla durante la ceremonia.

Poco después nos mudamos a Kentucky y, un año más tarde, a Iowa. Aunque vago, el asunto de los niños se convirtió en tema recurrente entre nosotros. Rita era psicóloga, trabajaba con sintecho y enfermos mentales. Yo intentaba ser escritor, gracias a su apoyo financiero. Eso implicaba dejar atrás doce años de entradas diligentes en un diario en favor de lo que consideraba «escribir de verdad». Pensaba que un niño sería el ingrediente que acabaría con todas mis esperanzas y me obligaría a buscar un trabajo a jornada completa. Le dije que no era el mejor momento. Ella señaló que el mejor momento no existía.

—Además —dijo—, tengo treinta y cuatro.

Yo siempre había querido niños, pero pensaba que sería injusto para ellos, ya que apenas era capaz de mantenerme por mi cuenta. Por otra parte, tenía treinta y tres años, la edad de Cristo cuando murió, la de Alejandro cuando conquistó la mitad del mundo conocido. Mi juventud había quedado atrás, no exactamente malgastada, pero sí, hasta cierto punto, despilfarrada. Mientras el resto de mi generación se había dedicado a labrarse una carrera, yo había andado de aquí para allá, a lo loco.

Rita fue lo bastante lista como para no forzar lo del niño. Sin embargo, la idea siempre estuvo ahí, titilando entre nosotros, a veces aparcada, intangible, pero sólida. Cuando la pillaba mirando a una

mujer que empujaba un carrito, me sentía un poco culpable, como si estuviese negándoselo. Observaba a los padres del pueblo con sus hijos e intentaba ponerme en su lugar. Aquellos tipos parecían desubicados, como turistas en un puerto desconocido, conscientes de sus pintas de extranjeros. Entre padre e hijo se daba invariablemente un instante de privacidad que me llenaba de asombro.

Les conté a algunos padres que mi mujer quería tener un hijo y que eso me inquietaba. Sus respuestas siempre eran las mismas: «Es un currazo, pero compensa», o: «Nada vuelve a ser lo mismo». Sin comprender, yo asentía. Ya podían hablar de la construcción de una presa hidroeléctrica que abastecería de una energía desconocida a una pequeña comunidad, que yo solo veía lo que iba a perder.

Empecé a valorar a Rita como madre potencial, en busca de taras, de alguna deficiencia oculta que daría lugar a una progenie de psicópatas. Por desgracia, superó la prueba. El único inconveniente era que, según ella, yo tenía madera de padre, un defecto halagador. Me amaba y deseaba una familia. Pocas cosas me dan miedo, pero me preocupó que me acojonara algo tan básico como tener un hijo. El tema quedó ahí, flotando como un ovario que aguarda el esperma.

En otoño, una idea terrible me atravesó la mente y avanzó con la certidumbre de un saboteador. La edad fértil de Rita tenía un límite. Si de verdad la amaba, tenía que dejarla. Peor todavía. Tenía que dejarla pronto. Necesitaba tiempo suficiente para encontrar a un hombre que quisiera tener familia. Considerarlo desde ese ángulo fue como pesar opciones en una báscula: una vida solo sin ella o una vida con Rita y un niño. La decisión era extraordinariamente sencilla. Fui al pueblo y me emborraché.

Al día siguiente, una resaca tremenda me dejó obnubilado: una neblina se interponía entre el mundo y yo. Cuando Rita llegó del trabajo, le pedí que se sentara conmigo a la mesa de la cocina, donde había puesto su diafragma, el gel espermicida y mis condones de emergencia. Uno por uno, lo tiré todo a la basura. A Rita se le empañaron los ojos. Sonreía. Tras años de práctica, ahí comenzó mi

auténtica educación en los secretos de la carne. El sexo con el objetivo de concebir significaba, en última instancia, hacer el amor. La mayor dificultad residía en desprenderme de mi miedo adolescente a dejarla preñada.

Tras un invierno de sexo delirante sin llegar a fecundar, empezó a preocuparnos que algo no marchara bien. A principios de primavera empecé a observar la naturaleza en busca de pistas. Mientras los patos se apareaban a lo largo del río, tres machos persiguieron a una hembra y poco les faltó para ahogarla. Se quedó aturdida en las sombras. Los machos se fueron volando, como quien no quiere la cosa, hoyando la superficie del agua con cada batir de alas. Prefería la constancia de las grandes garzas reales, que se emparejaban y todos los años regresaban al mismo nido.

Cada mes, Rita esperaba la regla con ansiedad y lloraba cuando le bajaba. Llamó a la médica, que nos dijo que siguiéramos insistiendo, que durante el pico de ovulación la fertilización fracasa tres de cada cuatro veces. A lo largo de su vida, una mujer libera menos de cuatrocientos óvulos. El hombre genera una media de mil espermatozoides por segundo. Tres o cuatro buenas eyaculaciones bastarían para poblar el mundo entero, pero yo era incapaz de dejar embarazada a mi mujer.

Para aliviar las preocupaciones en torno a mi masculinidad, leí varios libros sobre concepción. Una ilustración de las trompas de Falopio parecía el cráneo con cuernos de un cabestro colgado en el granero de un vecino. La ovulación se describía como «un acontecimiento intraabdominal». La velocidad de eyaculación alcanzaba los cinco metros por segundo, y el cuerpo femenino daba al esperma un baño de glucosa para proporcionarle energía extra. Los espermatozoides escupen enzimas para derribar la pared del óvulo más cercano de cuantos haya desprendido el ovario. Cuando por fin uno horada el caparazón externo del óvulo, una trampilla se cierra de golpe tras él. Yo lo visualizaba todo como si sucediera a gran escala, acompañado de efectos de sonido y vítores, igual que en las olimpiadas.

Otro manual, menos técnico, me informaba de que el orgasmo

masculino dispara una flota de trescientos millones de soldados río arriba para invadir el cérvix. Solo el uno por ciento logra cruzar la feroz playa del *yoni*. La mitad son capturados y retenidos en la zona pelúcida. Los prisioneros tienen ocho horas para fertilizar o morir de inanición. El óvulo lleva consigo alimento para mantenerse, pero los espermatozoides viajan con lo justo para ir a mayor velocidad.

Me pasé un fin de semana entero mirando el río en silencio, preocupado por que una panda de reclutas perezosos conformara mi ejército. Años de drogas habían trastornado tanto mis espermatozoides que no eran capaces ni de nadar en línea recta. Rita me propuso consultarlo con nuestra médica, que me aseguró que mis productos frescos se renovaban cada noventa días.

—Míralo como uno de esos colmados de toda la vida —dijo Rita—. Pocos gastos fijos y mucha reposición.

A Rita le dio un termómetro y una cartilla para controlar su ovulación. Empecé a usar bóxers. Había leído que los hombres de las culturas primitivas metían los testículos en agua hirviendo como método para controlar la natalidad; me pareció posible que lo contrario pudiera surtir efecto. Llené una taza con agua y hielo y me quedé mirándola una hora entera, sin acabar de reunir el coraje para la inmersión.

Mi siguiente visita a la biblioteca me llevó hasta un libro con desplegables sobre concepción. Un *lingam* gigante saltaba de las páginas, seguido de un *yoni* del tamaño de una madriguera. Las páginas centrales presentaban un enorme óvulo multinivel. Los espermatozoides eran diminutos en comparación, salvo uno monstruoso que se zambullía por una rendija cuando abrías y cerrabas el libro. El texto decía que estaba hundiendo su cargamento.

No soy remilgado por naturaleza, pero aquel libro con desplegables me hizo sentir como alguien que ha mirado a Dios a la cara: apabullado, arrepentido, en posesión de un conocimiento prohibido. Di un largo paseo por los bosques pantanosos. Una tortuga escarbaba a lo largo de un recodo arenoso del río, en busca de un sitio en el que desovar. Sentí envidia, hasta que me percaté de

que los dos nos encontrábamos en el mismo punto: el sexo animal apenas tiene mil quinientos millones de años. Me fui a casa y tiré a la basura la cartilla y el termómetro. Las tortugas no necesitan mapas. Son lentas, nada más.

La primera noche calurosa de abril, Rita y yo fuimos en coche al pueblo y saltamos la tela metálica que cercaba la piscina pública. Me quedé donde no cubría, pendiente de la policía, mientras Rita ejecutaba una voltereta desde el trampolín. Su bañador destellaba blancos contra el negro del cielo, una imagen preciosa, como si Virgo se hubiese convertido en una constelación móvil que descendiera hacia la Tierra con una salpicadura grácil. Cambiamos la piscina por las sombras de un robledal del parque. La hierba dulce se nos adhería a las extremidades. Me sentía como Zeus probando *in situ* su disfraz de cisne antes de seducir a Leda. Gameto conoce a cigoto. ADN mezclado con ese sacacorchos que se parecía a la espiral de la Vía Láctea, el báculo de Hermes, la hélice veloz del recién nacido.

Dos semanas después, Rita llamó desde la consulta de la médica. Hablaba acelerada, con la voz ronca por las lágrimas y la dicha. El test había dado positivo. Salí y me tumbé junto al río. Libélulas azules se apareaban con tal intensidad que agitaban la hierba seca. Parecía que el suelo retrocedía debajo de mí, que me dejaba bocabajo en el aire, como si habitara entre el cielo y la tierra. Las nubes se movían como oleaje. Me quedé estático mientras toda la existencia se deslizaba.

Nunca había pensado en casarme, no digamos ya en ser padre. Mi sensación era que en mi vida nunca habían tenido lugar acontecimientos tan normales. Para celebrarlo, compré un pequeño esquife de aluminio con un motor de seis caballos y le puse Lily, el segundo nombre de Rita. Lo amarré en el río, a unos veinte metros de la casa, y me sentí más preparado para la paternidad.

Durante todo el mes de abril, el río creció y decreció; una presa lo controlaba a tal punto que apenas era un río, salvo por el zorro que acechaba en la ribera. Cuando el ruido de un pato agonizante atravesaba el agua por la noche, pensaba en el clásico árbol que cae

cuando no hay nadie delante, y entendía que, tanto si lo oían como si no, el zorro mataría al pato. De igual modo, sabía que, sin duda, el bebé nacería.

Empezamos a quedar con otras embarazadas del pueblo. Como las langostas, aparecían con el buen tiempo. Rita sentía la alianza de la sororidad y yo disfrutaba de un orgullo raro, como si fuese responsable de todos los embarazos. La sensación, potente, duró hasta la primera de nuestras consultas mensuales con la médica. Estaba desesperado por implicarme, pero me sentía superfluo, como un especialista que hubiera cumplido con su deber. Rita acaparaba tanta atención que sentí envidia. Antes de que acabara cada consulta, me inventaba alguna enfermedad imaginaria y preguntaba a la médica. Ella siempre ponía los ojos en blanco, guiñaba a Rita y decía que me encontraba bien.

Las ganas de comer de Rita aumentaron, y mi respuesta fue beber por dos. Cuando se acostaba, conducía hasta un bar y jugaba al billar con el mismo fervor que le había puesto en Kentucky, apostando mi identidad en cada partida. Las mujeres jóvenes se agrupaban en torno a Rita como acolitas que ansían iluminación. Flirteaban conmigo, como si la paternidad inminente me volviera inofensivo y no supusiera ninguna amenaza sexual. En el vientre de Rita había veinticuatro mil genes que daban forma a un chaval que era medio yo, un cuarto mis padres, etcétera. Basta con retroceder treinta y dos generaciones para que cada persona tenga más de cuatro mil millones de ancestros, más gente de la que hoy habita la Tierra. La responsabilidad de procrear ya era historia. Lo único que tenía que hacer era manejarla durante los dieciocho años siguientes, mi misión en la vida.

Una noche, una luna menguante y gibosa anegaba de luz el río. Un cárabo pedía compañía a gritos y salí al jardín a imitar sus ocho reclamos estridentes acabados en un gorgoteo. El cárabo replicó, más cerca. Los dos repetimos la operación un par de veces, hasta que reconoció mi acento extranjero y arrojó a la oscuridad un silencio desdeñoso. Por la mañana, le dije a Rita que me preocupaba que nuestro hijo me tratara del mismo modo. Ella se dio unas

palmaditas en el bombo.

—Hablaréis el mismo idioma —dijo—. Es un bebé, no un pájaro.

Asentí y me fui al bosque, sopesando la sabiduría de mi mujer. La paternidad implica una domesticación automática, la necesidad de un trabajo, un principio de propiedad. Había esperado conatos de ansiedad parental, pero la arremetida de mis temores era una emboscada en un desfiladero. Dudaba de mis habilidades para criar a un hijo sin malograrlo. Aunque confiaba en Rita sin reservas, en mis peores momentos me preocupaba que quizá el niño no fuese mío. Otras veces, me convencía de que un gen Offutt sepultado hacía mucho saldría a la superficie, de que pariría un monstruito de feria. Sobre todo, tenía miedo de que Rita dejara de centrar su amor en mí.

La mayoría de nuestros amigos estaban solteros y ninguno tenía niños. Algunos envidiaban el embarazo y otros nos consideraban valientes, puede que estúpidos. No teníamos a nadie con quien hablar, ni modelos para saber cómo lidiaba la gente con los niños. Lo mencioné durante una partida de póquer, y un tipo me preguntó con sorna si me creía el primer hombre que iba a ser padre. No dije nada, porque la respuesta era que sí, que así era como me sentía exactamente. Sabía que se avecinaba un cambio drástico, y no había manera de prepararse para ello.

Mi vida había sido un viaje tóxico que me había llevado hasta la seguridad de la llanura, en cuyos bosques, paralelos al río, me internaba todas las mañanas. Me había convertido en un experto en rastrear animales, en encontrar la última huella de una osamenta. Mucha gente le tiene miedo al bosque, pero es ahí donde domino mis temores. Los árboles me conocen, la ribera admite mi presencia. Solo en el bosque, soy yo quien gesta, quien se prepara para la vida.

En el lugar en el que nací, las estribaciones de los Apalaches meridionales se ondulan como una alfombra a la que le han dado una patada, llenas de estrías empinadas. Las familias viven dispersas entre riscos y hondonadas, en comunidades pequeñísimas que no incluyen más elemento formal que una oficina de correos. Mi pueblo natal es un código postal con un riachuelo. Antes teníamos una tienda, pero el tipo que la llevaba murió. Mucho antes de que yo naciera, un sindicato invalidó los pagarés de la empresa, cerró las minas y dejó morir a varios hombres. Hoy viven ahí doscientas personas.

Nuestras colinas son la región más aislada de Estados Unidos, tema de incontables tesis doctorales. Leer sobre uno mismo como homólogo de aborígenes o esquimales produce una sensación rara. Cuando no nos están fastidiando los de VISTA[3], algún payaso con una grabadora corretea por las colinas. Unos forasteros nos dijeron que hablábamos un inglés isabelino, que éramos ancestros contemporáneos de todo el mundo. Nos dijeron cuál era la manera correcta de pronunciar «Apalaches», como si no supiéramos dónde llevábamos viviendo los últimos trescientos años.

Uno de ciencias sociales nos declaró miembros de un clan escoto irlandés de criminales a los que estimaron incapacitados para vivir en Gran Bretaña; nuestras colinas como predecesoras de una colonia penitenciaria australiana. En otro libro nos consideraban herederos de fenicios errantes que naufragaron mucho antes de que Colón convenciera a Isabel I para que costeara la barcaza. Mi leyenda favorita nos convertía en *melungeons*, una gente con impías habilidades forestales. Podemos ver cómo las pulgas saltan de perro en perro a casi cien metros de distancia; sabemos rastrear el paso de

una serpiente por la roca viva una semana después. Si no os lo creéis, preguntad al sociólogo que pasó en las colinas una estación entera igual que un hongo.

La visión popular de los Apalaches es la de una tierra en la que, ante la caída proverbial del tirante de un mono de faena, todo hombre está dispuesto a disparar, a pelear o a follarse a todo lo que se menea. Somos hombres que compran medias pintas de alcohol de contrabando y tiran por ahí el tapón para acabarse el *whisky* en una noche de risas y camorra, sin que nos importe dónde nos despertamos ni lo lejos que estemos de casa. Hombres que al parecer comen arañas del suelo para demostrar lo fuertes que son, una panda de ariscos de la cabeza a los pies.

La cruda realidad es un pelín distinta. Los hombres de mi generación viven entre los vestigios de un mundo que aún conserva una mentalidad fronteriza. Las mujeres lo aceptan y lo soportan, mantienen unidas a las familias. La cultura montañesa espera que sus hombres pasen por varios ritos de masculinidad, pero las auténticas tribulaciones a balazos ya no se dan. Hemos tenido que inventarnos las nuestras.

Una vez a la semana, mi madre recorría en coche los veinticinco kilómetros que nos separaban del pueblo para hacer la compra en compañía de sus hijos. Íbamos a ver la interestatal, que se acercaba muy poco a poco, bisecando colinas y propiedades, reconduciendo arroyos. La llamábamos la cuatricarriles. Reptaba hacia nosotros como una serpiente gigante. Mi madre decía que la I-64 llegaba sin interrupción hasta California, una distancia carente de significado para nosotros, ya que ninguno había cruzado jamás la frontera del condado. La carretera, ya terminada, conectaba el mundo con las colinas, pero a nosotros no nos conectaba con el mundo.

Nunca tuve intención de dejar el instituto, pero, como a muchos de mis colegas, se me quitaron las ganas. Estudiar era de tontos. Las chicas iban a la universidad en busca de marido; los chicos se ponían a trabajar. El suelo mugriento de los billares, las paredes de bloques manchadas y la tensión furtiva me sentaban de maravilla. El único requisito era la adhesión a un código ético tácito, un paradigma

complejo que todavía hoy percibo. La partida costaba diez centavos, la hamburguesa con queso, un cuarto de dólar. Un día gané tres partidas seguidas y después no pude encontrar a nadie que quisiera jugar. Sin darme cuenta, yo solo me había aislado de la única sociedad que me había tolerado, un patrón que se repetiría durante años.

Tras una semana jugando al billar solo, fui un caramelito para un reclutador del Ejército que rondaba los billares como un chapero en Port Authority. Yo no tenía la edad, pero mis padres firmaron encantados los papeles de ingreso. El reclutador me mandó en ferri a Lexington, a cientos de kilómetros, y allí suspendí el examen físico.

—Albúmina en la orina —dijo el médico—. No te van a admitir en ninguna división.

Me sentí débil. Las lágrimas me abrían surcos en la cara. Mi propio cuerpo me había dejado atrapado en las colinas, un espíritu inmovilizado por la carne. No sabía qué era peor: el bochorno de la traición física o la humillación de haber llorado delante de un centenar de fanáticos ansiosos por convertirse en hombres. Se apartaron de mí para disimular su vergüenza. Posteriormente, me denegaron la admisión en el Cuerpo de Paz, en la Guardia Forestal, en el Cuerpo de Bomberos y en el de Policía. Jamás conocí la camaradería ni me puse a prueba con otros hombres por las vías establecidas.

Aquel verano empecé a robar y a fumar hierba, y en otoño ya no me quedó más opción que ir a la facultad. La única escuela de las montañas se había transformado hacía poco en universidad. Dos años después, la dejé y anuncié mis planes de hacerme actor en Nueva York. Jennipher, la única chica a la que había tenido la valentía de amar, se había casado con un *quarterback* y se había mudado lejos. Mis hermanas me consideraban un paleto sin remedio. Mi hermano se negaba a vivir conmigo y mi padre y yo llevábamos más de treinta y ocho meses sin hablar de manera civilizada.

La mañana que me fui, mi madre me preparó una bolsa con

comida. Nos sentamos en silencio en la autopista terminada, contemplando el asfalto reciente y limpio. Mi madre intentaba no llorar. Me sentí mal por ser el primero en erosionar la familia, pese a llevar una temporada haciéndolo. La carretera se extendía hasta el horizonte como un arroyo amplio, y pensé en Daniel Boone[4] y su búsqueda de espacio. La carretera se había convertido en una escapatoria.

Mi madre me puso un billete de diez dólares en la mano y agachó la cabeza.

—Escribe en cuanto encuentres trabajo —masculló.

Los trinos se derramaron desde las colinas arboladas. Eché a andar, el petate a la espalda, en ángulo, como el caparazón torcido de una tortuga. Una camioneta se detuvo y me sacó de Kentucky. Las colinas relajaron la tensión de sus pliegues y se hinchaban con delicadeza, igual que sábanas en un tendedero. Llevaba el pelo recién cortado, doscientos dólares y una fotografía de la orla de Jennipher. Ya tenía morriña.

Cuando decía a los conductores que me dirigía a Nueva York para ser actor, se reían y meneaban la cabeza. Un camionero señaló la radio y me dijo que hiciera como si mi personaje la estuviese sintonizando. En Ohio dormí bajo un árbol y la noche siguiente acampé detrás de una parada de camiones de Pensilvania. Al tercer día, entré en el túnel Holland.

Al otro lado, me esperaba un mundo tan extraño que mi mayor ventaja era que sabía hablar y escribir en inglés. El deje ronco de mi acento me delataba. Juré que suprimiría la entonación gutural, las terminaciones aspiradas y que estiraría los monosílabos. Hasta entonces, guardaría silencio. Manhattan era sucia y estridente, pero se parecía a las colinas: estaba llena de analfabetos, mujeres inalcanzables y peligros potenciales. Vi las avenidas como riscos y los cruces como hondonadas. Los callejones eran arroyos que desembocaban en el río Broadway. Nueva York no era tan grande, solo era alta.

Como la mayoría de los grupos de inmigrantes, los de Kentucky forman una comunidad cerrada que ayuda a los recién llegados. Al

haber dejado a nuestras familias y nuestras tierras, no éramos del todo capaces de deshacernos de ese impulso de hacer piña en un clan que se remontaba a los celtas. Todavía vagábamos por el mundo civilizado, pero ya no nos pintábamos de azul antes de atacar. Me instalé en un apartamento del Upper West Side con tres oriundos de Kentucky. Se habían graduado en el instituto que yo había dejado, alumnos de más edad a los que conocía un poco, aspirantes a actores. Me permitieron dormir en el sofá. Los pasillos entre apartamentos eran tan estrechos que si dos personas se cruzaban tenían que ponerse de lado para pasar. En el edificio vivía más gente que en mi colina natal.

La ciudad parecía basarse en la capacidad innata que uno tenía para esperar, una destreza adquirida, una rutina como la de atarse los zapatos. Tenías que esperar al telefonillo para entrar en un edificio, esperar al metro, esperar al ascensor. Me pasé dos horas en la cola de un cine para acabar enterándome de que no quedaban entradas y de que la cola era para la siguiente película, dos horas más tarde. Grupos de personas bajaban corriendo las escaleras del metro y luego se quedaban perfectamente quietas. Subían corriendo al tren y, de nuevo, permanecían inmóviles hasta la siguiente parada, donde se bajaban a la carrera. Las esperas resultaban más agotadoras que el movimiento. La gente se apresuraba, decidí, no porque llegara tarde, sino porque estaba harta de estar quieta.

El simple acto de caminar se convirtió en un problema para mí. No dejaba de tropezar con la gente, a menudo la hacía trastabillar o era yo quien trastabillaba. Nunca había tenido un problema como aquel, ya que poseía, si no gracilidad, al menos sí cierta agilidad y consciencia de mi físico. Parecía que la gente se interpusiera en mi camino a toda prisa. Un sábado me senté en un banco del centro a observar a los peatones, en busca de iluminación. Mi error tenía su raíz en mis zancadas largas y constantes, necesarias para cubrir el campo abierto de mi tierra. Me limitaba a ponerme en movimiento y a que mis piernas hicieran el trabajo. Los neoyorquinos daban pasitos rápidos. Se apresuraban y bailaban, paraban en seco y caminaban de lado, torcían el busto y hundían los hombros

constantemente para esquivar a otras personas. Como todo el mundo lo hacía de modo similar, el cómico baile callejero funcionaba. Cogí el autobús a casa y practiqué en mi habitación. Mientras mantenía la concentración, todo iba de cojones, pero, en cuanto me despistaba, mi paso se alargaba y la pierna de alguien se enredaba con la mía.

Pasé otro par de horas observando el trasiego de viandantes y advertí que la mayoría de los neoyorquinos tenía un miedo malsano a los coches. Evitaban el bordillo con asiduidad, lo que dejaba libre un carril estrecho en el límite de la acera. Empecé a caminar tan cerca del borde como pude.

Mis compañeros de piso rara vez estaban en casa. Como muestra de agradecimiento por haberme acogido, decidí hacerles la colada a todos. La lavandería era una sala estrecha, muy calurosa. Yo era la única persona blanca y el único varón. A mi alrededor, la conversación era ininteligible. Había leído sobre los dialectos de los negros de los barrios pobres y, de un modo extraño, me alegré de no entender lo que decían. Habían fundido el inglés y lo habían forjado de nuevo como idioma propio. Me recordó a mi hogar. Quise decir a aquellas mujeres que a los de fuera mi lengua madre les resultaba igual de enigmática.

Doblar la colada implicaba una destreza de la que yo carecía, y empecé por las sábanas, creyendo que serían más fáciles. No tenía los brazos lo suficientemente largos para desplegarlas y las arrastraba por el suelo. Probé a doblarlas como una bandera, colocando uno de los extremos sobre la mesa y avanzando a partir de ahí. La mesa no proporcionaba tensión suficiente y la sábana se deslizaba otra vez al suelo. Emparejé unos calcetines mientras reflexionaba sobre el problema.

Controlar las cuatro esquinas de la sábana era esencial, lo que hizo que se me ocurriera un plan en teoría elegante. Doblé la sábana y sujeté dos de las esquinas. Abrí bien las piernas, conté mentalmente hasta tres y la lancé al vuelo con una sacudida de muñecas. La sábana se desplegó y retrocedió en arco. Atrapé una de las esquinas, pero fallé con la otra. Entusiasmado, respiré hondo y

me concentré: sabía que me faltaba una ligera corrección en el lance y el agarre. Al arrojar la sábana, alguien entró en la lavandería y generó una fuerte corriente de aire. La sábana me cayó sobre la cabeza y los hombros. Solté una de las esquinas. Como no veía nada, di un paso al frente, pisé la sábana y, más que caerme, me hinqué de rodillas. Tiré de la sábana y me la quité de la cabeza. Por encima de la cacofonía de lavadoras y secadoras se oía el sonido perlado de las risas de las mujeres.

Pasaron por mi lado y se pusieron a doblar mi colada. Sobre la mesa empezaron a elevarse columnas perfectas de camisetas. Con un infalible sentido de las tallas, las mujeres separaban en bolsas los pantalones de mis compañeros de piso y los míos. Rehusaban mi ayuda y hablaban entre ellas. Yo escuchaba con atención, intentando aislar alguna palabra o alguna frase, pero hablaban demasiado deprisa como para seguirlas. Retomaron sus tareas sin mirarme, como si su benevolencia las avergonzara. Me aproximé a la mujer que tenía más cerca y le di las gracias. Asintió.

—Soy de Kentucky —dije—. No es como Nueva York.

—Nada lo es.

—¿Cómo has aprendido a doblar tan bien la ropa?

—Me enseñó mi madre.

—¿En Harlem?

Abrió mucho los ojos y apretó los labios. Me di cuenta de la estupidez que suponía asumir que todos los negros se criaban en Harlem, como pensar que todos los de Kentucky veníamos de Lexington o de Louisville. Se inclinó sobre sus quehaceres, con gesto enfurecido.

—Lo siento —dije—. Igual no eres de Harlem.

—¡No! No soy de Harlem.

—¿De dónde, entonces?

—Puerto Rico. ¡Soy de Puerto Rico! —Levantó los brazos para incluir a cuantas estaban en la lavandería—. ¡De Puerto Rico!

—Puerto Rico —dije.

—*Sí*[5].

Me apoyé en la mesa, absolutamente conmocionado al tomar

conciencia de que hablaban en español. Durante varios días, deambulé por las manzanas próximas a mi edificio. No era un barrio negro, tal como había creído anteriormente. Todo el mundo era de ascendencia hispana, pero me sentía más cómodo allí que entre blancos. Mi cultura tenía mucho en común con la latina: lealtad a una familia que solía ser amplia, respeto por los mayores y los niños, una acusada separación entre géneros. Los hombres se guiaban por un sentido del machismo similar al que regía en las colinas. Solo había un inconveniente, uno bastante obvio: para ellos, yo era un blanco más.

El progreso arbitrario del sabueso que va con la nariz pegada al suelo me condujo hasta un trabajo en el Lower East Side de Manhattan. Regurgitado del metro cada mañana, cruzaba Bowery, ante docenas de hombres sucios como mineros. Muchos no podían ni hablar. Los días de paga, repartía entre todos dos cajetillas de tabaco y daba un cigarrillo a cada uno.

Trabajé durante seis meses en un almacén del barrio, el primer empleo a jornada completa de mi vida. Cogía los pedidos de ropa para un profesional de la distribución con cuarenta años de experiencia. Su pasividad aletargada me acojonaba. Yo recogía camisas y pantalones de pinza; él se peleaba con la contabilidad. Lo mejor del día era mirar una Polaroid de una mujer desnuda que había encontrado en la calle. Los antiguos sacerdotes de Sudamérica usaban cuchillos falsos y sangre animal para quedarse con las vírgenes sacrificiales. Más al norte, yo solo quería una diosa a la que adorar.

Al salir del trabajo, vi que un yonqui acosaba a una mujer alta que tenía la mandíbula enorme. Espanté al yonqui. La mujer sonrió y me llevó hasta una estación de metro abandonada con tablones en la puerta. El vestido rosa le colgaba holgado del cuerpo larguirucho. Soltó tres de las tablas y se deslizó al interior, y al bajar las escaleras hizo un gesto hacia un colchón pelado. No era atractiva, pero nadie me había dedicado ni la más mínima atención. La seguí. La basura revoloteó por el suelo con una brisa mohosa desde las entrañas de la tierra. Me sentía cómodo y primitivo en aquel insalubre templo

urbano. Iba a convertirme en un albino, en una ramera blanca y ciega al servicio de Ishtar.

Me pidió fuego. Le encendí el cigarrillo y me acarició la cara, me agarró la entrepierna y me azotó la lengua con la suya. Deslicé una mano por su estómago y entre sus piernas. Mis dedos dieron con algo duro, pegado a la parte baja de su abdomen. Estaba acostumbrado a que la gente llevase pistola, y me pareció normal que una mujer sola en la ciudad fuese armada. No me quedaba otra que hacerme con el revólver.

Le metí la mano por debajo del vestido, agarré el cañón y di un tirón rápido. Ella soltó un gemido bajo y muy profundo. Tiré otra vez y de repente me di cuenta de que la pistola era de carne. La furia ante la incomprensión hizo que me temblara todo el cuerpo. Me quedé quieto, incapaz de hablar. Medio con el bolso y soltó una carcajada de burla que resonó por el túnel. Corrí escaleras arriba, me zambullí por la abertura y caí en la acera. Dos hombres cogidos de la mano saltaron del bordillo para esquivarme.

Al día siguiente, llamé al almacén para decir que estaba enfermo y me pasé el día en la bañera. Cuando el agua se enfriaba, la llenaba otra vez, sin dejar de oír cómo aquella risa me zumbaba en la cabeza. Estaba seguro de que me había topado con un engendro de feria, un hermafrodita, el único en toda la ciudad y puede que en todo el país. A los diecinueve años, que un hombre adulto se hiciera pasar por mujer me resultaba incomprensible. Más tarde supe que no todos los travestis son gais, pero el mío sí lo era. Al parecer, esta era una diferencia clave entre la ciudad y las colinas: se aceptaba que los hombres de los Apalaches fornicaran con sus hijas, con sus hermanas y con el ganado, pero el conocimiento carnal de otro hombre era un delito merecedor de la horca.

Comía a diario en un bar de la calle Great Jones. El tugurio era un escaparate de deformidades: gargantas inflamadas por el bocio y tumores que sobresalían de los cuerpos y tensaban una piel gris. El vello asomaba por lugares insospechados. El dueño siempre tenía a mano una escopeta recortada. Un día, una mujer de mala vida apareció por uno de los reservados. Era bajita y negra, y llevaba un

pantalón ajustado que estudié con detenimiento en busca de algún bulto revelador. Se dio cuenta de que la observaba y enseguida aparté la mirada. Se acercó.

—¿Eres mecánico? —dijo—. A mi coche hay que meterle mano.

—No. Soy actor. ¿Eres mujer?

—Ahora todo el mundo es bisexual.

—Yo no —dije—. ¿Te apetece ir al museo el sábado?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—No puedo y ya está. ¿Por qué no vienes a verme a Brooklyn el domingo?

—¿Dónde queda Brooklyn?

Rio y se dirigió a todos en voz alta:

—¡Este quiere saber dónde queda Brooklyn!

La pura sencillez de las indicaciones de Jahi me embelesó: coge el tren de Flatbush y te bajas al final. Sigue la calle y gira a la izquierda. Llama al segundo timbre. En mi tierra, encontrar un sitio implicaba puntos de referencia como el arroyo, el árbol grande o la tercera hondonada pasado el ensanche de la carretera. Después de la mecánica cuántica de la parte baja de Manhattan, Brooklyn sonaba a simple geometría. Me compré una camisa nueva para la cita. No importaba que fuese negra: era una mujer y yo me sentía solo. Los dos nos encontrábamos en la base del legendario crisol de nuestra república.

Gente escandalosa abarrotaba las calles de la avenida Flatbush. Los hombres estaban cubiertos de tatuajes como grafitis de metro. Las mujeres llevaban faldas fluorescentes tan ajustadas que a cada paso se oía el roce de sus muslos. Las tiendas tenían rejas con candados en las puertas que me recordaron a unas murallas durante un asedio.

El apartamento de Jahi estaba vacío, salvo por un sofá, una mesa, dos sillas y una cama. Bebimos vino y compartimos un porro. Dos horas más tarde me sedujo porque, según me contó después, no me había pasado la tarde echándome encima de ella. Me consideraba un caballero sureño. No mencioné la verdad de la

escoria blanca del sur: todo chaval de campo sabía que las mujeres de ciudad te montaban con la rapidez con que te pica una serpiente. Creía que el sexo era una costumbre urbana, así que no tenía prisa. Además, apenas sabía nada sobre el tema.

Llegado el momento, me eché encima de ella, descargué y rodé a un lado. Ella arqueó las cejas y parpadeó varias veces.

—¿Eres virgen? —dijo.

—Pero ¿qué dices?

—No tienes que usar todo el cuerpo. Solo la cadera.

—Ya lo sé —me apresuré a decir.

—Mira, nadie nace sabiendo.

—He leído mucho sobre el tema.

—No me estoy metiendo contigo, Chris. Todos somos distintos y no harías mal en aprender algo de mí.

Se puso de pie sobre la cama y me dijo que mirara su cuerpo con mucha atención. Nunca había visto a una mujer completamente desnuda. Jahi tenía una complexión peculiar: unas piernas de bailarina muy musculosas, un trasero precioso y el torso oscuro de una chavala. En sus pechitos lucían unos pezones enormes, percheros de ébano de tres centímetros de largo, duros como la arcilla. Unos pelos oscuros que me parecieron arañas cojas los rodeaban.

Se tumbó a mi lado y me invitó a que la tocara por todas partes, metódico como un topógrafo que cubriera cada centímetro cuadrado. Luego me explicó el complicado laberinto de sus bajos. Se buscó el clítoris en la raja y me mostró el procedimiento apropiado para dar un máximo placer. Me asesoró sobre el barómetro ascendente del orgasmo y me informó del barrenado continuo que hacía estallar la presa. Recibí una lección somera acerca de la suave cresta en la que el culo se encontraba con la pierna, el interior del muslo y, por último, el ano. Yo me resistí, pues creía que aquello era ir demasiado deprisa. Me aseguró que, con el tiempo, hasta eso lo tendría muy visto.

Dos horas después era un alumno sudoroso con ansias de matricularme. Jahi se puso bocarriba y apuntó con los talones hacia

el techo mientras yo descendía culebreando por el pasillo de la graduación. Si apoyaba el peso sobre los codos y las rodillas, ganaba espacio para maniobrar. El movimiento circular recomendado me recordó a cuando afilaba un cuchillo en un mollejón aceitado: aplicar presión durante el movimiento ascendente y retirar con suavidad, alternando los lados para obtener un filo equilibrado.

Para aguantar la eyaculación, me sugirió que me concentrara en el béisbol. Pensé en la Big Red Machine[6], retorcí la cadera de la manera correcta y me acordé de cómo el entrenador siempre brincaba sobre la cal de las líneas que delimitaban las bases para evitar la mala suerte. El verano que cumplí los doce, los de VISTA metieron en un autobús a los niños de las colinas y nos llevaron a ver un partido en el Crosley Field. En el aparcamiento, me quedé estupefacto al ver a un chaval negro, el primero en mi vida. Tenía mi altura y llevaba ropa idéntica a la mía: pantalones vaqueros y camiseta. Lo miré tan fijamente que me estampé contra una farola, que tampoco existían en las colinas. El tipo de VISTA me obligó a sentarme a su lado durante todo el partido.

De repente, Jahi se retorcía como una epiléptica, sacudiendo las piernas y arañándome la espalda. Convencido de que había cometido algún error, bajé el ritmo hasta el del calentamiento del lanzador suplente. Las indicaciones que el entrenador daba con la mano se me nublaron hasta volverse un galimatías y ella empezó a gritar.

—¡Fóllame, blanquito de los cojones!

Consternado, aceleré los movimientos de cadera hasta que el colchón empezó a desplazarse por el suelo. Con una bola rápida me metí hasta la mismísima cocina. Ay, cariño, ay. Hice unos amagos y unas fintas, levanté la rodilla y lancé.

—Dámela —gruñó ella.

—¡Ya voy, ya voy!

—Dime guarradas.

—¿Qué?

—¡Que me digas guarradas!

—Bueno, caray —dije—. Eres una zopenca.

Ella puso el piloto automático, se retorció y gimió, soltó palabrotas y algunos gritos.

—¿Te gusta? —berreó—. ¿Te gusta follarme?

Se me aflojó la lengua y pasé a la jerga de vestuario.

—Bateador a la caja, bateador al banquillo, pero ¿qué hace en la segunda ese monillo?

—¡Me corro!

—Corre que te corre hacia la tercera. Se tira. Se desliza por el suelo y ¡alcanza la base!

Mi cuerpo se contorsionó, el calor que me brotaba de los pies y la cabeza se unió al de la entrepierna y erupcionó. Los aficionados coreaban mi nombre. Saltaban de las gradas, se llevaban trozos de césped artificial, arrancaban las bases del campo. Charcos de sudor como el champán de una celebración se arremolinaron en mis costados cuando me puse bocarriba.

—¡Ha estado genial, Jahi!

—Ya ves, lo tuyo es innato.

Me dio una charla motivacional pospartido sobre cómo decir guarradas en la cama. Asentí y le di las gracias, y ella me mandó a por *pizza*, con su olor cubriéndome como la arena de las bases. Rememoré el partido y evoqué las repeticiones de las mejores jugadas.

Durante las semanas siguientes, Jahi comandó mi safari urbano a Coney Island, Times Square, Radio City y un centenar de bares entre medias. En el ferri a Staten Island, se subió a la barandilla y se quedó colgando de los brazos. El agua turbia formaba remolinos por debajo, repleta de tampones y de peces tóxicos. Jahi me sonrió y dio patadas al flanco del barco.

—No saltes —chilló—. ¡Aguanta, Chris, aguanta!

Después de que la tripulación la aupara, empezó a arrojar salvavidas por la borda.

—No sé nadar —explicó—. Tengo que salvarme yo sola.

El capitán, enfadado, nos puso a un guardia, al que Jahi se cameló enseñándole sutilmente los pechos. Él se inclinó hacia babor para echar un vistazo por el escote. El barco dio un bandazo por la

estela de un remolcador y el guardia tropezó, con la cara roja, y le prohibió subir de nuevo al ferri.

—¿A partir de cuándo? —dijo ella.

—De ya.

—¡Paren el barco! —gritó—. Llevadme de vuelta. —Le dio una bofetada—. El pirado este me ha sobado el culo. ¡Ayuda, ayuda!

Los pasajeros se alejaron con los ojos entornados al estilo urbanita, pero una pareja de tipos fornidos se acercó. Jahi los agarró de la hebilla del cinturón, una con cada manita.

—Es ese —dijo; su voz adoptó el tono lastimero de una niña—. Ese es el que me ha tocado aquí abajo.

Uno de los rescatadores tenía dos lágrimas tatuadas debajo del ojo derecho. En el nacimiento del cuero cabelludo llevaba las letras HANYC. El más alto tenía una ficha del metro incrustaba en el lóbulo de la oreja: la carne se le había expandido alrededor como una tabla clavada a un árbol.

—Cuál —dijo el tipo alto.

—No sé —dijo Jahi—. No me acuerdo.

—Hostiemos a los dos —dijo el otro.

—Ha sido él. —El guardia del barco me señaló—. Él es el salido.

—Toda rata sabe cuál es su agujero —dijo el alto.

—Eso —dije—. Y el que lo huele debajo lo tiene.

Los tipos duros me miraron y me di cuenta de que había desviado su atención del de seguridad.

—Sois un buen par de malandros —dijo Jahi. Se abrió de piernas y arqueó la espalda, inclinando la cabeza para mirarlos. Su voz sonó fría y ruin—. Nerviosos sin vuestras burras, ¿eh? Me lo montaría con los dos ahora mismito si os pegarais un agua. No me seáis chotas en esta puta chalana, chicos. Así va la cosa. Aquí el colega viene conmigo, pero ni papa de que va de mula. Aquí el gorila marinero es un *cowboy* con ganas de marcar culata. Troncos, si os pasáis de la raya acabáis a la sombra y sin ayuda de vuestros primos. Anoche ya se llevaron su tajada en el Alphabet.

Los moteros se tensaron ante esta arremetida y entrecerraron los

ojos como lagartijas. El alto retrocedió despacio y desapareció entre los pasajeros, con su amigo detrás. El guardia del barco los siguió a una distancia cobarde. Jahi se limpió una pátina de sudor de las sienes.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté—. No he entendido una palabra de lo que has dicho.

—Ellos sí. —Me rozó la entrepierna con los nudillos—. Esto sí lo entiendes, ¿a que sí?

Asentí y, cuando el ferri atracó, nos colamos en uno de los botes salvavidas atados al flanco y retozamos en la proa.

El sábado siguiente me llevó a la zona nudista de Rockaway Beach, donde una panda de gordos mirones perseguía a mujeres feas. Tipos con el pelo perfecto paseaban desnudos en pareja. Me acordé de lo que dijo mi abuela de una revista *Playgirl* que mi hermana me enseñó unas Navidades:

—Igualitos que en la granja —dijo—. Como las fuentes esas antiguas con los mangos colgando.

Jahi escogió unos metros cuadrados de arena sucia rodeada de condones y colillas. Siempre he odiado la playa, salvo en invierno. El sol pega demasiado, el agua está muy fría y la presencia de humanos arruina cualquier belleza natural que todavía ronde la arena. Jahi se negó a desvestirse porque decía que ya estaba lo bastante morena. Nunca habíamos hablado de su origen y yo no quería abochornarme con la estupidez de preguntarle si se bronceaba. Insistió en que me desnudara. Como no pensaba tumbarme bocabajo y ofrecerme al desfile continuo de tíos, me tumbé bocarriba. El sol me chamuscó los testículos en cinco minutos.

Jahi estuvo días cachondeándose. En el metro, ladeaba la cabeza y alzaba la voz para llamar la atención:

—¿Todavía tienes los huevos quemados, Chris? Te deben de escocer como brasas. —Se volvía hacia el extraño que tuviera más cerca—: Se los achicharró en la playa. Si no fuese un fanfarrón, se quejaría.

Nuestro tiempo en la calle era un duelo constante diseñado para

cabrearme, ponerme celoso o avergonzarme. A medida que se le acababa la munición contra mi indiferencia, sus improvisaciones se fueron volviendo más estrafalarias. Mientras esperábamos un tren, le preguntó a un extraño qué opinaba de mis ojos. El tipo no tardó en arrimarse para inspeccionarme la cara. Estuvo de acuerdo en que los tenía un poco bizcos, sobre todo el izquierdo.

—Sí —dijo ella—. Ese va a haber que quitarlo. ¿Tienes una navaja? Sácaselo. ¡Tú, tú, eh, tú!

Cada día nos pasábamos horas en el metro: era el método empleado por Jahi para preparar su carrera como actriz ante una miríada de extraños como público. Consideraba que sus bufonadas eran un correctivo necesario por mi origen rural. En plena travesura, se volvía hacia mí con una sonrisa, ávida de aprobación. Una vez robó un paquete de folios y lo abrió en una acera, al viento.

—¡Ay, Dios! —gritó—. ¡Mi manuscrito!

Observamos cómo doce samaritanos perseguían páginas en blanco por toda la avenida.

En un bar de toples, en otra ocasión, se quitó la camiseta para limpiar las mesas y apiló los vasos sucios en el regazo de un borracho que había estado magreando a las bailarinas. Un segurata con los hombros como una mesa de pícnic se acercó a nosotros. Me quedé en mi silla, consciente de que si me levantaba me reventaría la cabeza, y confié en que Jahi evitara el problema.

—Oye, encanto —le dijo el segurata—. ¿Buscas trabajo? Tus redaños nos vendrían bien.

—Ya tengo trabajo —dijo, y me señaló—. Cuido de él. Es un actor famoso.

El segurata ayudó a Jahi con el abrigo; luego se volvió hacia mí.

—Eres un tipo con suerte, colega.

Aquella tarde nos apalancamos en su apartamento mientras la polución del ocaso trazaba rayas naranjas por todo el cielo. Había cesado el ruido de obras en el edificio de al lado, en el que los futuros inquilinos pagarían un extra por la brisa fétida del río. Jahi se había pasado el día intentando sin éxito ponerme celoso. Enfadada consigo misma, me dijo que mi carrera como actor era un chiste.

Que pasaba demasiado tiempo observando sin más, escribiendo en mi diario.

No le había hablado de mi única audición, de los sesenta tipos que abarrotaban la sala, todos con una carpeta de currículums en la mano. Todos parecían conocerse, como los miembros de un club. Toma y daca en una sucia pelea verbal hasta que una réplica lenta lanzaba un directo letal. El vencedor sonreía y deseaba buena suerte al perdedor.

Cuando dijeron mi nombre, pasé por una puerta y crucé el escenario a oscuras hasta un parche de luz ovalado. Alguien me plantó un papel mecanografiado en la mano. Una voz nasal gimoteó desde la oscuridad:

—Empieza donde la flecha roja.

Veinte segundos después la misma voz me interrumpió para darme las gracias. Confuso, asentí y seguí leyendo.

—He dicho que gracias —dijo la voz—. Por favor, puede alguien…

Una mano me cogió del brazo mientras otra me quitaba el guión. Me sacaron igual que a una pieza en la feria del ganado, un cabestro recalcitrante que se resiste ante el estrado de los jueces. Decidí ser actor de cine y saltarme lo de tontear con el drama legítimo.

Jahi se había quitado las bragas subrepticiamente por debajo del vestido. La prenda fina le colgaba del pie. La lanzó de una patada y las bragas trazaron un arco perfecto hasta mi cabeza.

—¿Escribes sobre mí? —dijo.

—Puede ser.

—Deberías.

—¿Por qué?

—Porque estoy viva.

—Yo también, Jahi.

—Sin mí no lo estarías. Eras joven, tonto y rebosabas lefa. Ahora solo eres joven.

—Me alegra que pienses que ya no soy tonto.

—Oh, sí que lo eres, Chris. Te he vuelto lo bastante listo como

para que lo sepas, eso es todo. Escribe eso en tu libretita.

El diario era mi zona de combate, el último refugio de privacidad en una ciudad de ocho millones de habitantes. Cada día podía ver unas dos mil caras distintas, un hecho que disfrutaba hasta que caí en la cuenta de que la mía figuraba entre las dos mil que cada una de ellas veía. Mis cálculos se desmoronaron por la presión exponencial. Jahi no aparecía en mi diario. Sus páginas estaban llenas de mí. Algunas contenían mi nombre completo y mi lugar de nacimiento en cada frase para recordarme que estaba vivo.

—Escribe todo lo que yo te diga —dijo—. Dame la vida eterna.

—Venga ya, Jahi. Ni si quiera escribo buenas cartas.

—No sabes, pero ya sabrás. Llegará el momento en que no te quede otra.

—Ya, y también puedo llegar a presidente.

—Puedes hacer lo que te propongas. Eres blanco, tío y estadounidense.

—Cierto.

—Y yo una puta negra que se acuesta con blanquitos.

—¡Hostia puta, Jahi!

—¿Ves? —murmuró con una sonrisa—. Sabía que podía chincharte.

Di un pisotón en el suelo.

—Me da igual lo que hagas en la calle. ¡Ve desnuda! ¡Busca bronca! Eres la única amiga que tengo, recuérdalo. En mi tierra igual me conocen unas cincuenta personas. A ti, en Brooklyn te conoce todo el mundo, y en medio Manhattan.

¡El don nadie soy yo, no tú!

—Ya cambiará. —Su voz se atenuó y sonó monocorde—. He viajado por tus sueños.

Se quedó rígida, como catatónica, los ojos empañados, los dedos entrelazados sobre el regazo. Tensó la mandíbula para detener el castañeteo de los dientes.

—Convertirás el plomo en oro, la ceniza en flores. Corta las costras y acuchíllalas. Corta las costras…

—Déjalo ya, Jahi.

Me planteé abofetearla, pero nunca había pegado a una mujer y no estaba seguro de si era distinto de pegar a un hombre. Sus murmullos cesaron antes de que pudiese salir de dudas. Jahi se deslizó del sofá al suelo, con las extremidades flojas como cuerdas. El pulso le latía muy deprisa en el cuello. Abrió los ojos y se frotó la cara con el dorso de los puños, mirando a su alrededor, como si se hubiese perdido.

—¿Esto te ha pasado antes? —dije.

—Muchas veces —dijo—. Nunca me has preguntado por mi familia.

—Y qué. Tú no me has preguntado por la mía.

Se arrastró por el suelo hasta mis pies y me acarició la pierna con delicadeza. Tenía ojos de vieja. Le advertí unas canas en el pelo.

—No conocí a mi padre —dijo—. Mi madre era una *obeah* de las montañas. Murió antes de que pudiese enseñarme a controlar sus enseñanzas. Me fui a Kingston a sacarme las castañas. Me vine a Brooklyn a los dieciséis, era demasiado mayor para trabajar por allí. No puedo evitar ser lo que soy.

—¿Y qué eres?

—En Jamaica decían que era una puta y una bruja bastarda. Aquí solo me dicen que estoy loca.

Suspiró y acercó su cara a la mía.

—Noto la cana nueva —dijo—. Quítamela.

Obedecí. La apartó con los dedos y el pelo se sacudió, tenso como un cable.

—Claro —murmuró—. Esta noche lo veo claro.

Se recostó sobre mis piernas y cerró los ojos. A través de la ventana y por encima de las azoteas de los edificios, la luna llena relucía como la coronilla de una calavera. Sin duda, Jahi estaba un pelín chiflada, pero no había conocido a nadie en la ciudad que no lo estuviera. Nueva York parecía un manicomio voluntario al que huían todos los chalados y los sociópatas de pueblo; nadie a quien yo conociera había nacido ni se había criado allí. La mitad de la población estaba loca y la otra mitad eran terapeutas.

La luna desapareció en el resplandor fluorescente. Jahi se quedó

dormida. Me pasé al sofá y abrí mi diario. Lo había empezado como una demostración de mi identidad, pero, tras la arremetida de Jahi, mientras me fijaba el tímido objetivo de convertirme en un escritor de verdad, empezó a transformarse. Lo habitual era escribir sobre algo que conocieras, pero pensaba que lo que conocía no valía nada. Lo único que era capaz de escribir con cierta confianza era un registro concienzudo de los hechos cotidianos.

Jahi me encontró en el sofá, vestido del todo. El plan de montar a caballo el sábado siguiente la tenía entusiasmada. Quería estar lista cuando el unicornio viniera a por ella. Yo alardeaba hasta el escándalo de lo bien que montaba. Tras dos meses deambulando pegado a ella por la ciudad, estaba ansioso por hacer algo conocido.

Cogimos el tren a Prospect Park. Jahi estrenó unos pantalones de montar que le había regalado su *sugar daddy*, un término que no entendí. Nos encontramos con un puñado de chavales subidos a yeguas viejas con sillas desconchadas. El encargado era un culturista llamado Tony que llevaba botas, un Stetson y camisa con flecos. Cuando le pregunté de dónde era me dijo:

—D'aquí al lao.

Tony guio a su cuadrilla variopinta hasta el parque por una senda de tierra. Los caballos avanzaban en perezosa fila india. Media hora después seguían caminando con la cabeza gacha, cumpliendo con su cometido como máquinas. Sentí pena por los animales, domesticados hasta el ridículo.

Tony salió de la senda hacia un camino amplio y asfaltado que trazaba una curva alrededor de un estanque. Los caballos pasaron a un trote ligero. Por instinto, tensé las riendas en torno al pescuezo del caballo y me encorvé. Montar a galope era mucho más fácil. La yegua, ya vieja, levantó la cabeza y, por primera vez desde que se jubilara en Brooklyn, echó a correr. Sus cascos resonaron extraños al golpear el alquitrán. La guie hasta sacarla del asfalto y rodeé a los demás. Jahi lanzaba vítores tras de mí.

Tony gritó que me detuviera, gruñendo y con la cara roja, por fin con pinta de ser del barrio y no de Montana. Yo flotaba por encima del pavimento, bien sentado y moviéndome al ritmo que

marcaba la yegua. Busqué a Jahi y vi que un caballo me seguía a toda velocidad. Alguien gritó. Refrené y un caballo me adelantó como una bala, el jinete balanceándose despacio de un lado a otro, como un centauro que se quebrara por la costura. El caballo viró hacia el borde del camino. El jinete resbaló de la silla. Dio de cabeza contra una farola y su cuerpo dio vueltas como un molinillo; la sangre que despedía salpicó la calle.

Varios cientos de personas formaron un círculo cerrado en torno al chaval. Unos adolescentes se retaban a pisar la sangre. Tony estaba cabreado y quería bronca, pero Jahi tiraba de mí y gritaba que los iba a demandar. Me sujetaba del brazo con mucha fuerza y apretaba la ingle contra mi pierna. Tenía las palmas de las manos calientes.

Volvimos a su apartamento en taxi. Corrió escaleras arriba y, cuando entré, me estaba esperando reclinada en el respaldo del sofá, con el pantalón de montar por los tobillos.

—Chris, por favor —suplicó su voz extracorpórea.

Me desabroché el pantalón de manera maquinal. Mientras me lo bajaba, oí el sonido de la cabeza del chaval al dar contra el poste de acero, como quien tira una bota a un bidón metálico. Tragando bilis, di media vuelta y bajé corriendo las escaleras. El sacrificio público había sido demasiado grande, demasiado inesperado. Fui incapaz de fundirme con la sacerdotisa para recuperar la vida.

Deambulé por Flatbush en un revoltijo de estupor. Lo sucedido durante el día se desplegaba en mi cabeza a varias velocidades. Contemplaba la escena desde arriba, a cámara lenta, y me veía en un caballo diminuto. Me convertía en el chaval que resbalaba de la silla durante kilómetros, a la espera del impacto. Tony, boquiabierto y horrorizado, tenía ganas de bronca. Yo era el caballo, era Jahi, era el médico apático. Era todo el mundo menos yo.

Falté una semana al trabajo; me quedé en la cama como un cerdo rebozado en el barro cálido y húmedo de la tristeza. Cuando por fin regresé al almacén, Jahi me llamó, malhumorada e indulgente. Colgué al oírla reír y no volví a verla.

Una semana después, en mi vigésimo cumpleaños, me uní a

unos tipos que jugaban al fútbol americano en Riverside Park. Yo era rápido y bueno con las manos, e hice una recepción espectacular a un pase de treinta metros. La pelota iba muy alta y en espiral, lanzada con mucha fuerza por encima de mí. Salté y giré en el aire para pillarla al vuelo, y desde mi cénit vi las chimeneas de Nueva Jersey reflejadas en el resplandor del río. Aterricé con el pie izquierdo en una dirección, pero el impulso me empujó hacia la contraria. Un placador me arrolló en una tercera trayectoria.

Al día siguiente fui cojeando al hospital, de donde salí con la pierna izquierda escayolada. Me había reventado los ligamentos de la rodilla, pero estaba feliz. El yeso me brindaba una excusa legítima para volver a casa. Subí a un avión por primera vez en mi vida y mi madre me recogió en Lexington. Hicimos dos horas de coche hasta las colinas orientales, donde la comunidad aceptó mi regreso como un héroe herido. Mi familia consideró que se había impartido justicia: el cosmos se había cobrado el peaje por la simple audacia de haber abandonado la tierra. Mi padre y yo bebimos cerveza juntos, un ritual que nunca habíamos llevado a cabo. No paraba de repetir:

—A los caballos, en tu estado, les pegan un tiro.

La escayola me la quitaban a las ocho semanas, pero la cosa se alargó hasta las diez porque el médico local tuvo que pedir una herramienta de corte especial que no tenía. La escayola neoyorquina le causó tal impresión que me la pidió para conservarla. La pierna se me había quedado blanca, mustia y sin pelo. Todas las tardes llenaba un monedero de piedras, me lo ataba al tobillo, me sentaba y levantaba la pierna. Entre repeticiones, quitaba garrapatas a los perros o contemplaba la caída de la noche. El aire oscuro rezumaba de las colinas y fusionaba tierra y cielo en una negrura que no existía en la ciudad.

Mi carrera como actor había fracasado, pero había conocido todos los museos y muchas galerías. Los cuadros me subyugaron. Solía pasarme horas sentado delante de un lienzo, examinando la tonalidad de cada trazo, buscando comprender no la pintura sino al pintor. El efecto de las galerías era el de una ducha rápida y helada. Los museos me dejaban exhausto. Cojeando por las entrañas de las

colinas, decidí hacerme pintor sin haber pasado nunca un pincel por un lienzo. Primero, necesitaba un trabajo para costearme el material. Segundo, necesitaba ropa rara. Y, tercero y más importante, necesitaba inspiración.

Pensé en Jahi ofreciéndose como premio por la violencia. Había rechazado el ritual como si estuviese hecho de piedra. La madurez debía de significar algo más que sexo: tenía que independizarme de las mujeres. La palestra tradicional del deporte me había dejado con una pierna incapaz de tolerar cualquier tipo de movimiento indispensable. Podía quedarme en casa y talar árboles, trabajar la tierra y matar animales, pero el uso de la naturaleza como campo de pruebas no iba a demostrar nada. Los bosques estaban llenos de hombres lisiados. La naturaleza siempre ganaba.

Los sauces florecen a lo largo de la ribera y las crías de los pájaros ya cantan en los nidos. Rita ha pasado bien el primer par de meses. Se levanta tarde, se echa la siesta y solo ha vomitado una vez. Hasta entonces, nos había acojonado que, como no tenía náuseas matutinas, algo pudiera estar yendo mal. Su estropicio me llenó de orgullo.

Últimamente ha empezado a pasearse del armario al espejo.

—¿Tengo pinta de embarazada? —pregunta.

—No —digo, porque creo que su intención es ocultar su peso.

Se acurruca en la cama y llora. Me acerco, le acaricio el pelo y poco a poco me doy cuenta de que ha estado escogiendo ropa para realzar la tripa, no para disimularla. Rita quiere que todo el mundo lo sepa. Desde que está embarazada, echa hacia atrás los hombros y se frota el estómago; parece alguien que se ha dado una buena comilona y no una mujer que lleva un bebé dentro. Ahora por fin se le nota.

Si quitamos la violencia sin tapujos, lo peor que puede hacer un hombre es abandonar a una mujer embarazada. Aun así, no es algo infrecuente. Ahora entiendo que el motivo es un miedo incontrolable, más que un deseo de libertad o de buscarse a otra. El terror masculino aumenta a medida que a la mujer le crece la barriga. Ella cambia, él no. El cuerpo y la mente de ella se alteran cada día de manera drástica, pero él sigue siendo el mismo zopenco de siempre.

La perspectiva de pasar la vida con Rita me empuja a examinar hasta el más nimio de sus atributos, y eso me fastidia más que un grano en el culo. En el bosque, especulo sobre cuál de sus costumbres me sacará de quicio cuando llegue a los sesenta: que no

cierre bien la tapa del bote de kétchup o que deje la ropa esparcida por la casa como si fuese polen. Ella preferiría que yo contestara al teléfono con amabilidad y que me cambiara de ropa más a menudo. En toda relación de pareja, el compromiso está en aceptar las manías personales que antes no se aceptaban.

En Kentucky hay dos asociaciones juveniles: la 4-H y la Future Farmers of America[7]. Me apunté a las dos por las excursiones, y con una fui a la feria estatal. En autobús, recorrimos los trescientos y pico kilómetros hasta el recinto: un espectáculo enorme, mayor que el de la ciudad más cercana a las colinas. Entre otras cosas, exponían una vaca viva con un cristal de plexiglás en un costado. La habían despellejado, le habían quitado la carne, y pude ver los meneos de su sistema digestivo, las regurgitaciones y cómo la comida se desplazaba de un estómago a otro. Estuve un año sin tomar leche.

Si, de alguna manera, pudiese ver a Rita por dentro, me sentiría menos incómodo con respecto al bebé. Los libros de la biblioteca dicen que hasta la octava semana es un embrión; en ese momento, todos los órganos están ya formados y el feto es del tamaño de un pulgar. Las fotografías me recuerdan a una ballena diminuta, con el corazón justo detrás de la boca, una máquina de comer. Rita no tiene una mirilla en la tripa, pero acepto que ahí dentro hay un bebé. Igual que con Dios o con los agujeros negros, uno se guía por las evidencias que lo rodean.

Ayer, los de Protección Civil del condado nos alertaron de que se avecinaban crecidas. Nos ofrecieron arena gratis, pero los sacos tendríamos que llenarlos nosotros. Me pasé la noche bebiendo café, recorriendo el jardín con una linterna cada media hora. El agua crecía más deprisa que la tripa de Rita. Me sujeté fuerte a un poste, como si la corriente del río fuese a engullirme. Nos imaginé a Rita y a mí en el bote, con la máquina de escribir y el bebé, en busca de un montículo. Los árboles caían al río, las crecidas devoraban rápidas el suelo en el que habían enraizado. La tormenta duró toda la noche.

Hoy, al amanecer, la superficie del río discurre con la densidad de la leche. Ha rebasado nuestra orilla más de medio metro. A unos cincuenta metros, me fijo en un ganso solitario, con el cuello negro y

un parche blanco en la garganta, como el barboquejo de un casco perdido. Lleva dos horas sin moverse. Un rayo ha quebrado una rama de un árbol y el fuego ha hecho mella en el tronco. Los chamanes de Siberia hacen tambores con esos árboles, pero este no está lo bastante reciente. Pasadas doce horas, la energía eléctrica se desvanece. Bajo el ramaje, una garza que asoma desde la orilla, el cuello largo ensortijado, levanta las alas despacio, como un ave prehistórica. Una vaca hinchada flota a su lado: los cuervos le han vaciado las cuencas.

El ancla de mi bote es una taza de café rellena de cemento. La amarra es demasiado corta para una subida tan repentina del agua. Tiene la proa por debajo de la superficie y el cabo del ancla es un falso cordón umbilical. El motor se eleva desde la popa y el depósito de combustible flota entre los asientos. El río anega el bote. La corriente se ha llevado los chalecos salvavidas.

Unos gansos vuelan en fila río abajo, cambian de dirección en grupo, siguen la telepatía del vuelo. A los cuervos se les puede enseñar a imitar el habla humana, y supongo que, si yo tuviera la lengua bífida, podría hablar con las aves. Me revelarían los secretos de sus huesos huecos, y yo podría hablarles de la suerte que tienen de que su reproducción se ciña a la puesta. Un cobertizo pasa flotando, una construcción de madera levantada demasiado cerca de la orilla como para no correr peligro. Una ardilla se agazapa en la parhilera. De un clavo cuelga todavía un rollo de alambre.

Rita está en el trabajo. Me acercó a casa después del chequeo mensual. Nos sentimos muy afortunados por la médica que tenemos; es honesta y sincera. Es como visitar a tu hermana favorita. Me deja echar un vistazo por encima del hombro cuando, con su linterna, ilumina las entrañas de Rita. Dentro está todo rojo. No sé qué veo, y prefiero no preguntar. Tras la revisión, la médica dice que Rita tiene un «útero fácil». Si eso lo dijera un hombre, podría sentirme ofendido.

Embadurnó con grasa la tripa de Rita y pegó un micrófono a la parte izquierda de su ombligo. El cable llegaba hasta un altavocito. Escuchamos los latidos fetales amplificados en el cuartito. El bebé

marcaba un ritmo rápido que armonizaba con el pulso más lento de Rita. Pregunté si podíamos escucharlo con las luces apagadas. Con un gesto, Rita le dijo que sí a la médica; me concedían pequeños momentos como ese, participaciones leves. Los sonidos entrelazados de las pulsaciones me recordaron a la noche de la tormenta. El bebé es la lluvia. Rita es el torrente constante del río. Yo estoy solo en la oscuridad de la ribera.

Después de la crecida, el río duele como la sangre de un hombre cuando se le muere un hermano. Restos de plásticos cuelgan de las ramas y marcan el nivel del agua. Los castores roen los árboles muy cerca de la copa y, cuando el agua haya retrocedido, habrá pruebas de la existencia de castores gigantes: las marcas ahusadas de sus dientes muy por encima de mí. Tengo la necesidad de creer en los gigantes porque los de verdad ya no existen: los perezosos tridáctilos, los búfalos, pronto el elefante. Durante la crecida, las crías de castor se pueden ahogar en sus madrigueras, atrapadas por la corriente. El cuerpo de Rita está cargado de líquido. Frente a un niño no hay sacos de arena que valgan, ni evacuación ni alertas por aborto.

Desde el pueblo, una mesa de pícnic flota bocabajo cerca de mi orilla. Ato un ladrillo a una cuerda y sigo la mesa casi un kilómetro antes de echarle el lazo al primer intento. Enrollo la cuerda a un árbol. Cuando cese la crecida arrastraré la mesa hasta nuestro jardín. Haremos pícnics y tallaremos nuestros nombres en la madera. Me ejercito en el papel de proveedor. Tengo las botas rayadas y embarradas.

La corriente es más lenta en la zona inmediatamente posterior a un recodo, y observo a un cormorán valeroso que intenta pescar ahí. Su cuello flaco sobresale por la superficie como una serpiente. Migran dos veces al año, y este ha debido de perderse durante la tormenta, separado de su bandada. Los cormoranes carecen de la grasa impermeabilizante de los patos, de ahí que puedan bucear para pescar. Tras un millar de años, eso les ha proporcionado unas patas palmeadas enormes y lo bastante separadas del cuerpo como para servirles de aletas. Esto los hace muy pesados. Cuando un cormorán

intenta caminar en tierra firme, cae de pecho como un perro sobre el hielo.

Ahora siento una torpeza similar, inseguro de lo que he hecho, de lo que debo hacer. No me da miedo envejecer, sino cómo se supone que se comportan los viejos. La ciencia afirma que la superioridad humana es la consecuencia de una infancia y una niñez prolongadas; a mí me parece cuestión de suerte. El cormorán sabe nadar y volar, como el bebé en el vientre de Rita. Yo no paso de algo tan sencillo como caminar. La crecida no es nada comparada con la avalancha que se avecina.

Una canoa destrozada ha encallado en la ribera, alzada como una lápida que señala el futuro del pasado. Su proa oscura y reluciente me recuerda a esos peces que hace eones intentaron alcanzar tierra firme. Se encaramaron a las piedras caldeadas por el sol y se quedaron el tiempo suficiente como para perder las branquias y echar de menos el mar. Muchos peces huyeron a zonas seguras, pero quedó una avanzadilla. Poco a poco, se convirtieron en focas sin orejas, varadas para siempre en los márgenes de la arena y el agua. Me pregunto si la paternidad será lo mismo.

Dejé Kentucky en cuanto el médico me dio el alta, un diagnóstico acertado solo en lo físico. Recorrí el país a pie y buscaba trabajos temporales y habitaciones baratas. Siempre era una cara nueva: el que pedía en la parada de camiones, el que dormía en un banco, un vagabundo cansado y maltrecho con apenas veintiún años. Cada vez que mi vida se simplificaba, que algún jefe me ofrecía un ascenso o una mujer me pedía compromiso, por miedo a caer en la trampa, cogía la mochila y dejaba atrás esa vida, en busca, como Daniel Boone, de espacio vital.

Recorrí Estados Unidos a las bravas y cogí más trabajos —haciendo mudanzas, recogiendo fruta, alquitranando tejados, de camionero—, todos despreciables. El esfuerzo de trabajar me recordaba a las resacas. Si logras sobrevivir a las primeras horas, las dos cosas se pasan. Lo jodido es asumir la espera hasta que puedes comer y beber otra vez.

En otoño, un camionero me dejó en Mineápolis, ciudad fría como una palanqueta. En la oficina de empleo, un joven *chippewa* me ofreció alojo. A través de los tubos de vidrio suspendidos por encima de la ciudad, Marduk me condujo hasta un barrio de edificios en ruinas, y no a los tipis de piel de bisonte que había esperado. Señales de humo emanaban de las fábricas de Saint Paul, al otro lado del río.

Daniel Boone había abandonado la civilización por una vida más sencilla, cazó su primer búfalo en Kentucky y los *shawnee* lo capturaron. Se hizo llamar Sheltowee, que significa «Gran Tortuga». El rito de adopción de Boone implicaba rasurarle meticulosamente la cabellera hasta dejarle un único mechón de pelo. Después lo desnudaron y le rasparon la piel en un río para quitarle la

sangre blanca. Mi amistad con Marduk empezó con mejor pie.

Tenía mi edad y estaba atrapado entre la rebelión contra las tradiciones de su pueblo y el odio a los caucásicos. Me dijo que en el país había más indios desenterrados y en museos que vivos. Su tatarabuela se exhibía en una vitrina en Chicago. El padre de Marduk regentaba un lavadero de coches y quería que se asociara con él; su madre era bailarina *powwow* y activista por los derechos tribales. A Marduk no le interesaba ninguno de aquellos modos de vida. Algún día, quería internarse en la selva sudamericana y ser un «indio de verdad». Atenazado por los dos extremos de su propia cultura, vivía entre el grupo de inmigrantes más reciente de la ciudad: los hispanos.

Nuestros compañeros de piso eran unos gemelos ecuatorianos que pensaban que Kentucky era otro país. Todos éramos extranjeros en la tierra de la libertad. Cuando bebíamos ron, Marduk se encerraba en su cuarto a fumar hierba y gritaba desde detrás de la puerta:

—¡No pienso ser un indio borracho!

Luis y Javier eran de esos hombres escasos que ya habían cumplido el sueño de su niñez: ser gánsteres de poca monta. Vivían mejor que en su país de origen. De acuerdo con la media estadounidense, allí todos éramos pobres como ratas, pero los gemelos no aspiraban a más que a la vida tranquila de un forajido, una capacidad que yo envidiaba. Mis ambiciones eran vagas como la niebla. Me pasaba la mayor parte de los días en el museo, estudiando los bordes de los lienzos, feliz de encontrar acabados chapuceros. Llenaba mi diario con mis opiniones sobre el arte. Mis futuros trabajos mostrarían al mundo los errores de la pintura contemporánea.

Por la noche, los tres nos zambullíamos en las calles heladas, el viento que nos sajaba las piernas y nos empañaba los ojos. Nos movíamos de bar en bar, repartiendo lotería ilegal y, en ocasiones, el dinero del premio. Mi presencia ayudaba en el trato con los camareros blancos. Dados a las bravuconadas, Luis y Javier me contaban mentiras extravagantes sobre nuestra actividad, pero,

cuando transportábamos grandes sumas, un silencio tenso me ponía alerta. Si entraban en un cuarto trasero, yo me apostaba en la puerta a modo de vigilante. Nunca me aconsejaron qué hacer si había problemas.

Una misión especial nos llevó hasta un bar vacío con pocas mesas, un club privado más que una cantina. Los muchachos iban a entregar una mordida por la lotería amañada, mordida pactada, de hecho, una recompensa para alguien a quien habían dicho qué número escoger, en qué bar, qué día en concreto. Le estaban devolviendo el favor. Formábamos parte de una plantilla de intermediarios, y así hacíamos que el dinero fuese imposible de rastrear.

Entró un poli que me preguntó dónde estaba el camarero. Me encogí de hombros, con la esperanza de que la poca luz evitase que se percatara de las gotitas de sudor que me bajaban por la frente. Empecé a preguntarme qué clase de castigo me impondrían Luis y Javier si no lograba avisarles.

—Echo de menos Kentucky, colega —dije—. Ayúdame con el estribillo, anda.

Me puse a cantar *My Old Kentucky Home* a gritos y desafinando. El poli arqueó las cejas y el camarero se dio toquecitos en la sien mientras ponía los ojos en blanco. El poli asintió. Seguí cantando. El camarero le pasó un sobre grueso al poli y este se fue.

Mi actitud enorgulleció a Luis y Javier, que me prometieron recomendarme a su jefe. El camarero nos invitó a una ronda tras otra, y al caer la tarde habíamos cantado *My Old Kentucky Home* tantas veces que los parroquianos se nos habían unido o se habían ido a un sitio más tranquilo.

Llegamos dando tumbos a casa, donde los gemelos encontraron a Marduk dormido en la bañera llena y una pipa de marihuana en el suelo. Corrieron a mi habitación y me pidieron con susurros que fuese a ver. Yo me negué, pero se pusieron agresivos y me llevaron a rastras hasta el baño. A Marduk le colgaban los brazos por el canto de la bañera. Tenía la cabeza apoyada contra el reborde de atrás. Entre sus piernas flotaba el *lingam* más grande que había visto en mi

vida. Me quedé mirando, anonadado, y recordé que por encima de la superficie del agua solo se ve la décima parte de un iceberg. Javier tiró un rollo de papel acabado a la bañera. El *lingam* de Marduk se meció como una ballena en el oleaje e hizo que el tubo de cartón quedara en poca cosa.

Luis susurró que Marduk nunca había estado con una mujer. Lo había intentado dos veces, con resultados desastrosos que habían hecho que las chicas huyeran despavoridas. Los gemelos sacudieron la cabeza, decepcionados ante el Monstruo Desaprovechado, como lo llamaban.

—Las mujeres tienen suerte —dijo Luis— de que el Monstruo lo tenga el indio y no yo. Si fuese mío se iban a enterar.

—Te matarían —replicó Javier—. Algún marido te pegaría un tiro y te cortaría el Monstruo.

—Las mujeres se pasarían una semana llorando.

—Dos semanas.

—¡Un mes!

Unas noches después, recaudaron cincuenta y cinco dólares entre los estafadores y matones que tenían por colegas en apuestas por el tamaño de los genitales de Marduk. Yo guardé el dinero, no porque confiaran en mí, sino porque, como la mascota blanquita que era, sabía bien que no debía largarme con el botín. Daniel Boone, el cuáquero honrado, demostraría que era de fiar. Ocho de nosotros caminamos por la nieve hasta nuestra covacha en el tercer piso, en cuya salita formaban los apostantes como un grupo de guerrilleros.

Llamé a la puerta de Marduk y entré. Estaba dormido bocabajo.

—Despierta —dije—. Tienes que conocer a unos tipos.

—Mm-hummm.

Lo zarandeé por el hombro, pero la noche de marihuana lo había dejado sedado. Anuncié que Marduk estaba sumido en su sueño de fumeta y que nada iba a despertarlo. Luis y Javier se miraron ansiosos. Los demás fruncieron el entrecejo y un tipo bajito y enérgico dio unas zancadas hasta la puerta. Cruzó unos brazos gruesos y me miró ceñudo. En un grupo, siempre culpan al de la raza en minoría.

—Será mejor que hagamos algo —dije.

—Qué —dijo Luis.

—Lo que sea, pero ya —dijo Javier—. ¿Qué lleva a un tío a salir corriendo de la cama?

—Una pesadilla.

—Que te muerda una rata.

—Fuego.

Luis trotó a la cocina a por los pertrechos mientras su hermano apaciguaba a los demás. Los gemelos encendieron un fuego en un cubo de basura metálico y desde la puerta soplaron el humo al interior del cuarto de Marduk. El olor que despide una huevera de poliestireno es especialmente repugnante. Oímos el ruido sordo de los pies al dar contra el suelo.

Todavía dormido, Marduk salió de su cuarto con una enorme erección urinaria. Se dio un rodillazo contra el cubo de basura y esparció las ascuas por el suelo. El Monstruo guio a Marduk hasta el baño como un bauprés de roble y todo el mundo suspiró mientras escuchaba el fuerte chorro de orina. Regresó con el Monstruo colgando a media asta. Marduk pisó un rescoldo y brincó aullando por el aire ahumado. La melena negra le azotaba la cara. El *lingam* se le balanceaba como una palmera en medio de un tifón, golpeándole el vientre y los muslos, lo que nos llevó a todos a huir en desbandada. A medida que el dolor remitía, Marduk cesó su baile enloquecido y volvió tambaleándose a la cama.

Durante la media hora siguiente, se discutió largo y tendido sobre qué sacrificaría cada uno con tal de hacerse con el Monstruo. La charla se convirtió en una competición, hasta que un tipo grande como un cobertizo dijo que daría la vida por que lo enterraran con una herramienta como aquella. Eso silenció al resto, ya que nada podía superar a la muerte.

El invierno de Minnesota remoloneó hasta bien entrada la primavera y recubrió el cielo de un gris carente de sol. Cuando Marduk se acercaba, los tíos nos cuadrábamos, como si fuese un coronel condecorado entre reclutas. Las mujeres le ponían ojitos o se daban la vuelta enseguida. Marduk no se enteraba de nada.

Trabajaba a media jornada en el lavadero de coches y por las tardes grababa cintas con las lecciones de su madre sobre vida tradicional. Empezó a hacer buen tiempo. La nieve derretida discurría negra por los desagües.

Un corredor había ascendido a Luis y a Javier a cobradores, y ahora compartían una pistola. Era una H&R del .22 con ocho balas. Hacía tanto que habían limado el número de serie que azuleaba por encima. Llevaban el arma por turnos, pero se negaron a incluirme en la rotación, argumentando que como vigilante tenía que estar limpio.

El corredor era un tipo robusto que llevaba una lotería fraudulenta y aceptaba apuestas de caballos en Omaha y Chicago. Todo el mundo lo llamaba señor Turf[8]. Operaba desde el cuarto trasero de un bar. Cuatro teléfonos no paraban de sonar durante toda la mañana. Nunca había visto un peluquín, y el suyo era tan descarado que me reí sin querer la primera vez que lo vi. El señor Turf se cabreó bastante, hasta que supo de dónde era yo. Asumió que tenía un experto a mano, y desde entonces se refirió a mí como su kentuckiano, un término que impresionaba a los gemelos.

El señor Turf odiaba la ciudad de Mineápolis porque lo había traicionado al iniciar las obras de un hipódromo cerca de un suburbio. El juego legal lo iba a arruinar. Antes de que eso sucediera, tenía intención de ahorrar pasta suficiente como para abrir un club de lucha femenina en el barro.

Seguía a Luis y a Javier como un hermano pequeño tocapelotas y hacía todo lo que me pedían, que en su mayor parte era esperar junto a una cabina telefónica e impedir que la usaran. Después de dos timbrazos, descolgaba, decía «perro rojo» por el auricular y colgaba. Si el teléfono sonaba otra vez, contestaba y anotaba el mensaje susurrado: una serie de números en clave. Uno de los hermanos cogía la nota y se la llevaba al señor Turf. Como hacía falta lápiz y papel, tenía libertad para escribir en mi diario, una práctica que poco a poco fue apoderándose de todos los aspectos de mi vida. Siempre que pudiera recopilar los hechos, mis lamentables circunstancias no importaban. Empecé a hacer comentarios

disparatados a los transeúntes con tal de provocar una reacción digna de ser registrada.

Los gemelos y yo bebíamos cada noche y disfrutábamos de comidas gratis en varios bares. Probé lengua, perro, caballo y millones de alubias negras. Planeamos otra *fiesta del Monstruo*[9], pero la placidez de nuestras vidas se vio interrumpida por la llegada repentina de la prima de Luis y Javier, María.

Tenía dieciocho años, carecía de papeles y se iba a quedar con su tía, al otro lado de la ciudad. La tía Tiamat había sido una prostituta de éxito en Quito, pero fue lo bastante avispada como para jubilarse pronto. Desde su llegada a Estados Unidos, había ayudado a los miembros de la familia que habían seguido sus pasos. Los gemelos le debían su estatus de bandidos. Los dos, junto con aquellos a los que había traído a Estados Unidos, le pasaban un porcentaje de sus ingresos.

Los hermanos estaban decididos a que me casara con María. Mi negativa, estupefacta, no significó nada. Me aseguraron que era virgen. Esa noche me atiborraron a alcohol de la más alta graduación. ¿No me habían aceptado como a un hermano? ¿No estaba bebiéndome su ron?

Les expliqué mi devoción por Jennipher, la de Kentucky. No me creyeron y lanzaron insinuaciones veladas sobre mi racismo oculto. Saqué la foto arrugada de Jennipher para demostrarlo. Era de cuando estábamos en sexto y nos pasábamos notas en las que ponía: «¿Te gusto? Marca sí o no». Su aspecto joven aupó mi masculinidad menguante. Parecían frustrados, hasta que Luis sonrió y de un manotazo tiró a su hermano de la silla. Habló deprisa, en español, y después cambió al inglés.

—¡Esto no es Kentucky! Una cosa es que te cases en este país. ¡Que tengas mujer en otro país es distinto!

—No, Luis —dije—. Kentucky está en Estados Unidos.

—Eres un mentiroso, Chrissie. Nos has contado historias sobre tu país. Hace calor y está en las montañas. Está muy lejos. La gente se mete bajo tierra y fabrica carbón.

—Entendemos que estés nervioso —dijo Javier—. Un hombre

siempre lo está antes de su boda.

—Mañana Chrissie conocerá a María —dijo Luis a su hermano mientras lo ayudaba a levantarse—. ¡Hoy, a beber!

A la mañana siguiente, desperté resacoso y cagado de miedo. Los muchachos me iniciaron en las costumbres ecuatorianas, que yo estaba decidido a transgredir, eludiendo así el matrimonio por pura grosería. Casi al anochecer, hicimos a pie varias manzanas hasta la casa de la tía Tiamat. Luis y Javier estaban tensos, intimidados ante la perspectiva de visitar a su tristemente célebre tía. Yo estaba tranquilo: sabía que mi estancia en Mineápolis tocaba a su fin.

La tía Tiamat era alta, elegante y se movía con una gracia depredadora. Era gruesa, pero estaba bien proporcionada, y llevaba el peso con la nobleza con que el veterano luce sus medallas. Vestía con una sensualidad osada y a la vez respetaba los límites del decoro. El escote era un recordatorio, no una invitación. Todo el mundo charlaba en español y yo asentía como un imbécil. La tía Tiamat me hizo una reverencia y salió de la habitación.

—Vas a conocer a María —susurró Luis.

—Es nuestra prima.

—La tía Tiamat es nuestra tía.

—¡Eres imbécil! —dijo Javier—. Chrissie no es tonto. Sabe quién es quién.

Fuera, un tren de mercancías cruzaba la ciudad; su silbato sonó a lamento. Me sentía atrapado y sin un desfiladero de Cumberland[10] a la vista, atado, como Boone, a una mujer india del lugar.

La tía entró en la habitación volando al ras de manera majestuosa y presentó a María como si fuese un valioso arcabuz con tacones rojos de aguja. Era pequeña y tostada, tenía un busto cuyo declive desafiaba la gravedad. Los tobillos eran finos como una arruga de expresión. María estaba en la cúspide de su soltería, y supe cómo se había sentido Daniel al ver la pureza de la tierra intacta.

Luis y Javier se quedaron erguidos como caballeros sureños hasta que la tía Tiamat los despachó con un gesto leve de muñeca. Salieron con paso lateral y me guiñaron. Luego, la tía Tiamat se llevó a María y, al regresar, sirvió dos brandis. Tras dar un sorbo,

habló:

—María dice que se ha enamorado de ti.

—¿Qué?

—Porque te vas a casar con ella.

—Ni hablar.

—Es tu deber.

—¿Por qué?

—Porque se ha enamorado de ti.

Durante unos segundos barajé la idea, mientras pensaba en aquellos tacones rojos de aguja. En Kentucky podría hacerla pasar por una *shawnee* y viviríamos a base de arroz y alubias. Mi familia lo entendería. En las colinas somos flexibles. El hermano de Daniel era el padre de uno de los hijos de Rebecca Boone, un castigo por las excursiones del marido.

La tía Tiamat rellenó los vasos. No importaba lo guapa que fuese María, yo no quería un matrimonio de conveniencia. Luis y Javier eran hombres de negocios, entenderían mi negativa, pero la considerarían una traición al decreto de su tía, un riesgo que sobrepasaba su propio honor. Llegó el momento de poner en práctica las lecciones que me habían enseñado.

—Marduk le conviene más —dije—. Está aprendiendo español.

—¿Quién?

—El indio. Ya sabes.

Separé las manos para indicar el tamaño. Ella entrecerró los ojos y el vaso tembló ligeramente en su mano.

—*El Monstruo*[11] —dijo.

—Sí.

—¿Es verdad?

—Sí.

—Sería excesivo para María.

—Pero no para ti. Podría casarse con María y vivir aquí. Obtendría la nacionalidad. —Di un paso hacia ella, mareado por su perfume, y, despacio, me saqué el as de la manga—. Marduk nunca ha estado con una mujer.

La tía Tiamat se agarró al respaldo de una silla, los ojos abiertos

como castañuelas. Una leve costura de sudor le relucía por encima del labio superior.

—Llévame con él —dijo—. Esta noche tienes que distraer a mis sobrinos.

Pidió un taxi por teléfono y no habló durante el trayecto. La dejé en nuestra covacha. Me entregó un fajo de billetes y me echó de allí. En un bar cercano, Luis y Javier bebían con un par de putas del barrio. Los gemelos me recibieron en la puerta.

—Arreglado —dije—. La tía Tiamat me ha dado dinero para celebrarlo. ¿Cuánto piden?

Miramos a las putas, al otro lado de la sala mal iluminada.

—Veinte —dijo Luis.

—La mía cuesta treinta.

—Pues creo —dijo Luis— que la mía cuesta cuarenta.

—La mía pide cuarenta y cinco.

—Quedaos aquí los dos —dije.

Por cien pavos y una botella de ron, las mujeres me prometieron que los retendrían hasta el mediodía siguiente. Luis me abrazó. Javier me abrazó y me dio un beso en la mejilla. Luis apartó a su hermano de un empujón, me cogió en brazos y me besó en las dos mejillas. Javier hizo ademán de agarrarme. Corrí hacia la puerta y me limpié la baba cervecera de la cara. Puede que Boone besara a su sabueso favorito, pero jamás a otro hombre.

En la calle, me di cuenta de que no tenía dónde pasar la noche y de que tendría que dejar la ciudad. Me colé en nuestro apartamento a por mis cosas. La cama de Marduk resonaba al compás de los gemidos de su canción *chippewa*, Geb abría por fin la matriz de Nut. Llené la mochila y recorrí la ciudad bajo una luna llena plana como una tortilla en un cielo sin nubes. María abrió la puerta.

—*Mi novio*[12] —dijo.

La abracé y nos magreamos en el sofá. O María había mentido a los gemelos o ellos me habían mentido a mí: no era virgen. Encajamos como dos piezas de Lego. Cuando acabó la calamidad y María se acurrucó a mi lado, me puse a pensar en agua y en movimiento. Al día siguiente, Minnesota y su millar de lagos serían

otro lugar al que nunca regresaría.

Daniel Boone volvía a casa una vez al año a descansar, y el resultado fueron dieciséis hijos. El mismo año en que Kentucky lo homenajeó poniéndole su nombre a un condado, dos *sheriffs* expropiaron ochocientas hectáreas de sus tierras para solventar deudas con la administración. Dejó el estado en 1799, agobiado por la aparición de un nuevo vecino a treinta kilómetros. A los ochenta y cinco, tuvo la muerte del héroe: murió atragantado con un boniato.

Me levanté al alba, me vestí y me preparé una taza de café. María me encontró en la cocina atándome las botas. La luz del sol pulía su piel de caoba y le titilaba en los rizos bajo el vientre plano. El aire fresco le almidonaba los pezones. Se acercó, me abofeteó, me dio un beso rápido y salió corriendo. El fantasma de Daniel Boone me susurró que debería irme. Al no ser cuáqueros como Boone, los métodos de venganza de Luis y Javier podrían incluir ocho balas de la pequeña .22. Salí al albor de las calles y caminé hasta el mercado de carne, desde donde un camión me llevó hacia el oeste.

Para mí, el verano siempre ha sido época de hibernación, una estación alucinatoria en la que toca aguantar. Este está transcurriendo con una cólera de fotosíntesis e intimidad. Rita no ha dejado de trabajar para no perder el seguro; mientras, la tripa le crece. Me han aceptado un relato corto en una revistita y me han enviado un cheque de cincuenta y cuatro dólares. Es la tercera vez que publico, la primera que me pagan. Rita está contenta. El cheque valida su decisión de tener un hijo conmigo, demuestra que mis días como vagabundo son parte del pasado. La llevo a cenar al pueblo. Nos sale barato, porque Rita está haciendo cinco comidas ligeras al día, en lugar de tres copiosas.

Con el resto del dinero compramos unas telas para hacer las cortinas de la habitación del bebé. Tras pedir prestada una máquina de coser, me las apaño para fabricar dos tiras con dobladillo que no cuadrarán con ninguna de las ventanas de la casa. Cuelgan torcidas. La luz del sol bordea los laterales; el bajo queda veinte centímetros por debajo del alféizar. Estoy más orgulloso de ellas que de haber publicado.

Cada mañana, me llevo el café al río y me siento en la silla en la que acabé la noche previa con una cerveza. Apoyo los pies en un saco de arena que ha quedado de la crecida. Ahora, a finales de julio, la sequía está matando el maíz, y el río ha menguado hasta convertirse en un arroyo. Solo la sinfonía de las aves que reclaman su territorio y mi vecino, que revisa los aparejos para los siluros en su bote, rompen la quietud de la mañana. Para él, el río es una herramienta. Lleva dos décadas cazando y pescando aquí.

Hace dos mil quinientos años, Heráclito dijo: «No puedes bañarte dos veces en el mismo río». Bajo a la ribera y me quito los

zapatos y los calcetines. Noto el río templado en la piel, un flujo continuo que desaparece de inmediato pero permanece. El agua que te rodea una pierna no es la misma que te rodea la otra. Los sedimentos pasan a flote y se me ocurre que ni siquiera puedes pisar dos veces la misma ribera. Cada pisada altera la tierra.

A Heráclito se lo conoce como el Oscuro porque ninguno de sus escritos sobrevivió. A mi vecino sus ideas no le dicen nada. Para él, el río siempre es el mismo, discurre por delante de su casa, provee de alimento. Se adentra en él todos los días. Calibra dónde echar las cañas por la textura del cieno bajo sus pies. Separo las piernas tanto como soy capaz. Un pie es Heráclito, el otro, mi vecino. Yo floto en algún punto intermedio. El viento en las ramas altas hace que las hojas revuelvan el agua y produce un susurro lejano. Huevos de peces cuelgan de las piedras a lo largo de la orilla.

Los óvulos de Rita tienen treinta y cuatro años. Quería que la amniocentesis acabara con la preocupación de parir un bebé menos que perfecto. Sus tíos, tías, primos y abuelos murieron en la Segunda Guerra Mundial; unos en combate, otros en los campos de exterminio. Rita no está del todo segura de qué rarezas genéticas predominan en la familia. Tiene los pies planos y es disléxica. Yo tengo hipermetropía en un ojo y miopía en el otro. De niño, tenía las paletas tan grandes que me sacaron cuatro muelas para hacerles sitio.

De pie en el río, imagino el ADN como algo ancho y visible que se extiende desde la garganta hasta el ombligo, repleto de marañas desmadradas que generan labios bovinos, estrabismo y zoquetes. Yo me opuse a la prueba, tenía miedo de que, si nuestro niño padecía alguna lesión, significara que yo también la padecía. Peor todavía: si los resultados mostraban que el bebé tenía síndrome de Down, aun así querría tenerlo. La prueba es solo para echarse atrás.

Rita se impuso y hace dos semanas fuimos al hospital. Le dijeron que bebiera medio litro de zumo. Media hora después, una enfermera la ató a la camilla con unas correas. Por encima de Rita había una pantalla de sonogramas para monitorizar la exploración de sus entrañas. La enfermera levantó la camisa de Rita, le bajó los

pantalones y le embadurnó la tripa con gel transparente. Hizo un gesto con la cabeza a la médica, que pegó un transductor al estómago de Rita. Una imagen húmeda, móvil, que no se parecía en nada a un niño, colmó la pantalla de sonogramas. Las zonas blancas eran tejido, las negras, fluido. La columna vertebral parecía una cremallera. La médica midió el cráneo y el fémur. Comprobó el corazón, que marchaba bien. Flotando por encima de la imagen se veían las capas horizontales de la pared uterina y la placenta, que me recordaron a un atardecer de verano, variables según la luz del corazón.

La médica manipuló el sonograma hasta que dos imágenes verticales bisecaron la pantalla. Pausó una, amplió la otra y sacó fotografías.

—Eso es una mano —dijo, y señaló una mancha pálida—. Vemos al bebé como si estuviese sentado en una silla y nosotros estuviésemos debajo. Nos está enseñando el trasero. Tiene las piernas cruzadas, así que no podemos verle los genitales. Es tímido.

Miré la pantalla, intentando ver lo que veía la médica, pero no hallaba más que un paisaje cambiante en blanco y negro, un hoyo burbujeante de alquitrán que reflejaba la luz y contenía huesos.

—Se lo ve bien —dijo—. Estás de quince semanas y poco. —Apretó varios botones y la imagen cambió a un cono que representaba una sección tridimensional del interior de la tripa de Rita. A medida que la médica movía el transductor, la imagen del cono fue cambiando. Iba en busca de un espacio amplio, alejado del feto, próximo a la pared amniótica—. Ahí hay una —dijo—. Perfecto. —La pantalla mostraba un hueco oscuro rodeado de gris y blanco, como una fotografía astronómica. La enfermera le pasó una jeringa. La aguja era muy larga, el pico de un ave. Usó las dos manos para insertarla en un tubo guía que después pegó con fuerza a la tripa de Rita. Rita cerró los ojos. La médica observaba el monitor, movía las manos de memoria, empujaba la aguja hacia la oscuridad —. Tienda —dijo, y la enfermera repitió la palabra. Le pregunté qué significaba.

La enfermera me explicó que el amnios era lo suficientemente

duro como para resistir la aguja; era como presionar con un palo el lateral de una tienda de campaña. Tras varios intentos, la médica perforó el amnios. La jeringa se llenó de un líquido pálido, y sentí el impulso súbito de bebérmelo. Noté que me temblaban las rodillas. Una niebla gris me emborronó la vista. La enfermera me cogió del brazo, me llevó hasta una silla y me aconsejó poner la cabeza entre las piernas. Limpió el estómago de Rita. La última imagen del monitor mostraba una sección del interior de Rita con forma de cornucopia, el cuerno de la abundancia.

Volvimos a casa en coche y Rita se acostó. Durante dos horas la observé dormir. Al bebé ya le faltaban varios mililitros de vida, un vaso de chupito de líquido amniótico, y temí que pudiera resentirse. Le habíamos arrebatado agua, como sucede con una sequía. Me senté en la cama y me disculpé con la tripa de Rita por nuestra invasión.

Las dos semanas de espera transcurrieron deprisa. Con el correo de hoy deberían llegar los resultados. Salgo del río y remonto la ribera hasta mi silla. La ribera opuesta está repleta de arces; la falta de lluvia ha teñido de amarillo sus hojas. El jardín se ha agostado y pienso en la exuberancia de los veranos en las colinas de mi hogar. El pasto siempre es más verde donde la gente muere joven. Nuestro niño es un manantial subterráneo que puja en la confluencia entre Rita y yo. La amniocentesis nos dirá si está contaminado.

El río se hunde como un continente perdido, un extravío con el que todos sufrimos. Ayer salí con el bote, pero una brisa ligera me retuvo en un compás de espera entre la corriente y el viento. Tuve que vadear hasta casa, tirando del bote con un cabo, preguntándome hasta qué punto el río sería capaz de engullirse a sí mismo. En los mapas aparece como una línea delgada y azul, del color de una vena hasta que el oxígeno le devuelve el tono del barro. Si la sequía acabara con toda el agua, el otro lado del río sería este lado. Las garzas perderían en seguridad y los puentes no tendrían sentido. Si los cursos de agua se extendieran secos hasta el mar, el océano retrocedería hasta las riberas vacías, restregando con sal las heridas abiertas de la tierra. Sequía y crecida, ese lento sabotaje del alma,

dejarían de importar. La presa que nada contiene se convierte en la lápida del río.

A las dos de la tarde lleno una cantimplora de agua y hago a pie el kilómetro escaso hasta mi buzón, junto a la carretera. El camino de tierra biseca un maizal que, como dicen los granjeros, está «muerto en vida». A cada paso levanto una nube de polvo bajo mis pies. Me detengo tres veces a beber agua bajo el calor opresivo de la pradera en verano. Me quemo la mano con el tirador del buzón. Dentro hay dos facturas, un periódico de Kentucky y un relato rechazado. Los resultados de la amniocentesis están en un sobre marrón, que sostengo con cuidado, a distancia, como una serpiente. Al llegar a casa, el correo está empapado de sudor.

Cuando Rita vuelve del trabajo me hace abrir el sobre. Hay una fotografía de diez por diez de los cromosomas del bebé separados en pares como lombrices a juego. La carta adjunta dice que, tras la prueba, se ve que están bien a nivel estructural. El chaval tiene buenos cimientos. Si acaba siendo un terrorista, la culpa será ambiental, no genética. Rita y yo nos abrazamos durante lo que me parecen horas. Tiene los ojos empañados. Me entran ganas de llorar, pero algo en mi interior me lo prohíbe, como el seguro de un rifle o un tapón antiniños. No reúno el coraje para soltarlo.

Voy al cuarto que hemos preparado para el bebé. En el centro hay un moisés con patas, el mismo en el que dormía yo cuando era un recién nacido. Mi madre insistió en enviármelo a la pradera desde las montañas. Dijo que lo había conservado para este momento. El moisés es curvo, con la forma ovalada de un huevo. Hay poca luz. Todo se ha dispuesto con mimo. El cuarto entero tiene un aire etéreo, expectante, como el de una catedral en la que se rumorea que acontecen milagros.

Yo fui el primer hijo de mis padres, y se me ocurre que mi padre debió de contemplar este mismo moisés con una inquietud similar. De repente, me doy cuenta de que llevo toda la vida interpretando mal el mito de Edipo. Beber la leche de la madre no produce sed de sangre paterna. Es Layo, el padre, quien sufre la tragedia. Edipo no consuma su destino, sino que sobrevive a la violencia de su padre.

Salgo a sentarme junto al río, bajo el arrebol torrencial del atardecer de verano. Los mosquitos están atareados. He colgado calabazas viejas de un bastidor para atraer a los vencejos porque se comen los mosquitos, pero los pájaros muestran poco interés por la estructura. Un búho suelta un alarido que acalla los bosques pantanosos. La llovizna cae río abajo, cuatro gotas que pasan enseguida como confeti al viento.

Estamos en el cuarto mes de embarazo, casi en el quinto. Rita dormita en el sofá. El embrión ya ha apartado células para su propio retoño, como el granjero guarda semillas de maíz para la cosecha del año siguiente. Hembras de mosquito aterrizan en mi piel, necesitadas de sangre fresca para sus crías.

Las entrañas de Estados Unidos se desplegaban en todas direcciones a medida que recorría el torrente sanguíneo de la interestatal, esquivando los glóbulos blancos de pervertidos, polis y forajidos. Hacer dedo suscitaba una peculiar forma de libertad vinculada al terror. Podía ir a cualquier parte, dormir en cualquier parte, ser asesinado en cualquier parte. La mía era la vida indiferente del percebe: unido temporalmente a un objeto más grande al ritmo que marque el trayecto. Sin planes ni destino, por fin era feliz. Trabajar era tan intrascendente como la comida o el cobijo, una necesidad monótona.

Vagaba con mis correligionarios, la caterva de vagabundos y bandidos que recorrían la nación. En ocasiones coincidíamos en algún cruce de carreteras. Después de un primer vistazo, con el que cada cual intentaba parecer peligroso por si el otro era un preso fugado, nos adjudicábamos un puesto en la autopista. La existencia se reducía a una mochila, la autopista y la benevolencia de unos perfectos desconocidos. Llevaba mi diario escondido bajo la camisa abotonada. La mochila y cuanto contenía se podían abandonar.

Hago eslalon por el pasado, en busca de una base genética que justifique mis vagabundeos. Mi padre se había criado en una cabaña de troncos de las de verdad y había heredado su ración de chaladura. Las hostias que me daba con el mundo demostraban que cargaba con una parte de las tinieblas familiares de mi generación. Cuando yo tenía doce años, mi padre dejó su trabajo como viajante y se quedó en casa definitivamente. Se dejó barba y empezó a llevar *dashikis* africanos que compraba por correo. Sintonizaba emisoras lejanas, le pegaba al *bourbon* y veía a la familia de pasada. Nuestro padre ausente se convirtió en un extraño que nunca salía de casa.

Mi hermano y yo pasábamos las horas jugando al béisbol fuera, donde usábamos platos a modo de bases. No tardamos en quedarnos sin platos, un hecho que mi madre aceptó con la ecuanimidad que años de hacer frente a las crípticas «cosas de chicos» habían nutrido. Como no tenía hermanos, carecía de experiencia con niños varones. Era como un capataz de trabajadores inmigrantes: no hablaba nuestro idioma y consideraba que lo mejor era pasar por alto nuestras extrañas costumbres. Mi madre prefería no contar a mi padre lo de la falta de platos hasta que estuviese de un humor receptivo, una espera que podía requerir el paso de toda una estación. Él le echaba la culpa a ella, y no teníamos dinero para comprar platos nuevos.

La gran solución de mi madre fue que usáramos platos de papel. De algún modo, se había hecho con una docena, puede que a través de la gente de VISTA, que rondaba las colinas regalando peines, llaveros y cepillos de dientes. Para que duraran, los usamos una y otra vez hasta que se pusieron duros como tapacubos. Todos los sábados comíamos pollo frito, la comida favorita de mi padre. De postre, rompía los huesos y chupaba los tuétanos. Por último, levantaba el plato unos segundos y lo que había en el fondo caía como por una trampilla, con su provisión de huesos esparcida por la mesa. Uno de esos días me acusó de haberle trampeado el plato.

—No —dije—. El mío está igual.

Levanté mi plato y un pegote de puré de patata resbaló por la abertura. Mis hermanos hicieron lo propio, en un intento de desviar la portentosa e impredecible ira de mi padre. Cuando se cabreaba, algo que no era infrecuente, en casa se mascaba más tensión que en una sala de oncología, hasta que todo el mundo se disculpaba. Evitábamos aquellos momentos horribles uniéndonos para sostener una ilusión de normalidad a toda costa.

Mi padre encorvaba el cuerpo huesudo, preparándose, o bien para una perorata de diez horas, o bien para la carcajada que guardara las apariencias. Su mayor miedo era repetir la epifanía de César en su lecho de muerte, y cada uno de nosotros era un Bruto, un Judas o una Dalila en potencia. Todos mirábamos a mi madre.

Las cosas no siempre llegaban a tanto, pero, cuando se daba el caso, su reacción era crucial. Odiaba elegir bando. Su postura habitual se movía entre el equilibrio de ser leal a sus hijos y a su marido. Ella nos criaba, pero era mi padre quien nos controlaba. Bastaba con que un perro le negara vasallaje para que desapareciera al estilo sudamericano y no se mencionara más.

Mi madre volcaba con calma un cuenco de melocotones. El zumo espeso se derramaba por la formica vieja. Mi padre pescaba un melocotón de la mesa y se lo comía. Yo me echaba al gaznate un puñado de alubias y terminábamos comiendo como romanos.

Era de madrugada y estaba tumbado en la cama cuando decidí ahorrar dinero e internarme en el mundo.

Una década más tarde me encontraba en él, encarando el final del otoño. Durante los meses de frío, los vagabundos y las aves nos dirigíamos al sur, y pasé el invierno en el oeste de Texas, pintando casas que habían construido rápidamente durante el *boom* del petróleo. Junto a los pozos petrolíferos se materializaban pueblos enteros. Los camiones traían montantes y travesaños, pretaladrados para la instalación eléctrica. Arboles jóvenes esperaban sus hoyos con los cepellones envueltos en estopilla. Sobre las plataformas de los camiones llegaban alfombras de césped húmedo. En cuanto acababa el trabajo de interior, una familia se mudaba a la casa.

Pintar la fachada era el último paso; trabajaba para un contratista llamado Bill, antiguo sargento de Artillería en Vietnam. En la cuadrilla, la mitad eran mexicanos y el resto, exconvictos o delincuentes marginados. Bill nos pagaba en metálico al final del día.

—Tenéis dos opciones, chavales. Ahorrar para un descapotable o gastarlo en un casquete. Yo solo pago la fianza una vez. Solo una vez —decía.

Bill siempre llevaba alguna prenda militar: un día una gorra, otro unas botas, otro un cinturón. Era propenso a llorar en silencio y sin motivo. Nadie lo mencionaba. Era guapo y amable, muy popular entre las mujeres cuyas casas coloreábamos. Tras un incidente en el que una mujer me enseñó los pechos mientras estaba subido a una

escalera de mano, le pregunté si alguna vez había mojado en el curro.

—El problema está en qué haces con las brochas húmedas —dijo—. Si las dejas encima del bidón, se secan. Y, si las metes en el bidón, la pintura llega al mango y echa a perder las cerdas. —Miró el paisaje lúgubre más allá de la hierba, regada con esmero—. En interior lo mejor es trabajar con látex.

La mujer a la que íbamos a pintarle la casa no se decidía con el color. Teníamos varios bidones, y nos dijo que pintáramos muestras gigantes en el frontal de la casa. Después del almuerzo, los de la cuadrilla nos apoltronamos a la sombra mientras las mujeres de la comunidad se congregaban para dar su opinión. Tenían en brazos a sus hijos, a los que trataban con el mismo desapego que a los parches de color de la fachada.

—¿Sabes?, Judy ya ha sacado a su bebé al sol —dijo una madre —. Hoy sacaré al mío.

—No logro que el mío deje de llorar el tiempo suficiente como para vestirlo —dijo otra.

—Cógelo y métele medio paracetamol por el ojete. Al mío eso lo tranquiliza enseguida. De los normales, no de los extrafuertes.

Los maridos se interesaban poco por sus casas; limitaban sus preocupaciones estéticas a la ropa. Las puntas de las botas alcanzaban cotas asombrosas, como si las hubiesen diseñado para aplastar una araña contra un rincón. Llevaban los sombreros más grandes de todo el oeste, decorados con plumas enormes. En los bares del lugar, los hombres se pasaban la mayor parte del tiempo acusándose unos a otros de haberse «tirado la pluma». En Kentucky, semejante insulto conllevaba que te amenazaran con pegarte un tiro; en Francia, la bofetada en la cara de los mosqueteros; era, también, el equivalente neoyorquino de atreverte a mirar a alguien a los ojos más de diez segundos.

—¡Eh! —gritaba alguien—. Me has tirado la pluma.

La gente se apartaba de la víctima, que acariciaba su pluma mientras fulminaba al responsable con los ojos. El acusado sostenía la mirada. Ambos ensanchaban el cuerpo al máximo, entrecerraban

los párpados, proyectaban la mandíbula, calibraban sus opciones, por si acaso las cosas terminaban como en los wésterns. Tras mirarse un minuto, los dos hombres se daban la espalda con reticencias fingidas. Después de presenciar aquel rito, hablé con los implicados. Ambos afirmaron que eran descendientes de los primeros colonos. Uno era dentista. El otro trabajaba de contable. Los dos estaban un poco molestos por no haber encontrado petróleo en sus tierras.

En las ocasiones en que de verdad había bronca, esta era del tipo forcejeo por el suelo, hasta que uno de los hombres se rendía exponiendo los genitales. Segundos después los dos estaban bebiendo juntos. En Kentucky, la camorra se parecía al estilo *berserker* vikingo: todos fuera, se usaba lo que se tuviese a mano y se apuntaba a la garganta y a la entrepierna. Al parecer, los texanos consideraban que todo lo que no acabara en tiroteo no pasaba de deporte. Como no me veía capaz de seguir las normas locales, me pasé la mayor parte de los cuatro meses evitando las plumas.

Un viernes después del curro, Bill y yo fuimos a una taberna a beber cerveza y jugar al billar. Un tipo sin cuello y con el cuerpo como una cuña llamó tiraplumas a Bill. Bill se dio la vuelta. El tipo continuó y dijo que se veía a leguas que Bill era un gallina y un cagón. Tenía a tres tíos en la retaguardia. Como quien no quiere la cosa, cogí una jarra de cerveza vacía con cada mano. Bill me vio y negó con la cabeza. El tipo se acercó más, gritando con tanta rabia que la saliva rociaba el aire. Bill se inclinó hacia él, sus pechos casi tocándose, y empezó a hablar en voz baja. Luego regresó a la mesa de billar y acertó con una carambola, como si en ningún momento hubiese perdido la concentración en la partida. El otro tipo se quedó inmóvil un par de minutos antes de regresar al taburete en la barra.

Le pregunté a Bill qué le había dicho.

—Fácil —dijo—. Le he dicho que si nos peleábamos no íbamos a pasar de rompernos la ropa, y las mujeres no se fijan en los tíos con la camisa rota. Le he dicho que lo de pelearse está muy bien, pero que hoy no me apetece.

—¿Ha bastado con eso?

—No —dijo Bill—. Lo he tenido todo el tiempo agarrado

amablemente de las pelotas, sin parar de apretar.

Después de la guerra, Bill se pasó tres años borracho; luego probó a montar toros en los circuitos de rodeo. Lo describió como si te enrollaras en el brazo una cadena atada al parachoques de un coche, con el conductor desembragando todo el tiempo. Los primeros dos segundos eran los peores. Nada comparado con la euforia del combate, eso sí, pero al final había encontrado una actividad que se le parecía.

Dos veces al mes, Bill hacía caída libre. Se ofreció a correr con los gastos si lo acompañaba, e hicimos una hora de coche hasta un pequeño aeródromo cerca de un rancho de ganado. Había otros dos clientes. Como nosotros, uno era un aficionado y el otro, un novato. Un instructor nos proveyó de botas y monos, y luego empleó dos horas en enseñarnos a aterrizar y rodar.

Los cuatro despegamos con el instructor. Yo llevaba el paracaídas principal abrochado a la espalda. Uno auxiliar en el pecho hizo que me diera cuenta de hasta qué punto había abrazado por fin lo irracional. La avioneta se enderezó a los tres mil pies, trazando círculos por encima del prado cubierto de maleza. El ruido imposibilitaba la conversación. El viento entraba torrencial por la compuerta abierta. Bill me guiñó y abandonó el aparato a casi un kilómetro del suelo. Sencillamente, ya no estaba. Al instante supe que aquella era la idea más estúpida que había tenido en mi vida. Resolví quedarme en la avioneta, y me cambié de sitio para ir el último y que los demás no se percataran de mi decisión. En cuanto saltaran, fingiría un calambre, dolor de cabeza o que me había dado un vahído.

El segundo hombre hizo el gesto del pulgar arriba a su compañero y saltó. El otro reculó en la puerta. Forcejeó con el instructor, soltó patadas y arañazos, y se agazapó al final del fuselaje, con la cara llena de lágrimas. El instructor me miró, se encogió de hombros y puso los ojos en blanco. Me di cuenta de que tenía que saltar. No tenía tanto miedo como el otro tipo, pero el gesto de desprecio del instructor me colocaría en la misma categoría. Muy despacio, me acerqué a la compuerta.

Diez millones de años de condicionamiento genético se quejaron con gritos de furia. Cada una de mis moléculas se oponía al salto. Me agarré a una manilla que había junto a la puerta y cerré los ojos. La avioneta se sacudía y mis rodillas también, pero me acojonaba demasiado quedar como un cobarde. Me incliné hacia la abertura. Abajo, los campos pasaban como fogonazos. La caída libre apenas dura cuatro segundos, pero fueron los más largos, con una aceleración hacia la tierra de casi diez metros por segundo. Grité y la ráfaga de aire me impidió cerrar la boca. El paracaídas se abrió en seco, con un fuerte ruido sordo, y apreté las cuerdas tanto como pude. Durante un breve e intenso momento de euforia advertí que el único modo de incrementar la sensación era saltar desde una altura mayor. Deseé haberlo hecho. Me encontraba a mitad del descenso y, en lugar de planear como una hoja, me pareció que caía a una velocidad increíble. Un mecanismo inmenso empujaba la tierra rápidamente hacia mí.

Di contra el suelo, rodé tal y como me habían enseñado y me levanté cubierto de lascas de boñigas del año anterior. El paracaídas se infló con el viento y las cuerdas se me enrollaron. Bill cruzó el campo a brincos, con la cara llena de estiércol.

—¿Te has meado? —gritó. Me sentía tan agradecido de estar sentado en la arena que no entendí a qué se refería. Me echó una mano con las correas. Me llegó un olor a polvo y orina—. Sabía que te mearías —dijo, y señaló la cremallera húmeda de mi mono—. Hay tíos que se cagan en los calzoncillos. Ocurre con el impacto. Un par de saltos más y se te pasa.

Un camión nos esperaba para devolvernos al aeródromo. Cuando la avioneta aterrizó, el tipo que se había quedado a bordo salió cabizbajo. Nadie lo miró. Su presencia era un recordatorio del miedo que ninguno admitía.

Bill me dio una palmada en el hombro.

—Por eso hay que pagar por adelantado —dijo—. La próxima vez lo haremos desde más altitud.

Me habló de su primer encontronazo con el enemigo, una experiencia que lo había empujado a alistarse de nuevo. Iba detrás

del soldado que guiaba la patrulla de reconocimiento, el que conducía al pelotón a través de la jungla. El hombre a la cabeza hizo la señal del Vietcong e indicó a Bill que avanzara. Seis enemigos caminaban hacia un estanque en un claro al pie de una pequeña colina. Todos llevaban un cubo en la mano y un arma en la otra.

«Cúbreme con disparos sueltos. Voy a rocanrolear», susurró el cabecilla a Bill.

Cuando los hostiles estuvieron más cerca, el cabecilla empezó a soltar ráfagas con su arma automática. Bill hizo lo que pudo. Su último pensamiento, me dijo, fue que ojalá hubiese sido él quien hubiera usado la automática. Parecía más divertido. Después de aquello, se ofreció como voluntario para ir en cabeza.

Un mes después, Bill no apareció por el trabajo, un hecho sin precedentes. No contestaba al teléfono y ninguno de nosotros sabía dónde vivía. Un coche patrulla apareció en la obra. El poli nos dijo que la noche anterior Bill se había quitado la ropa y la había dejado bien doblada. Después se había bebido medio litro de queroseno y se había llevado un mechero a la boca, invirtiendo el método de protesta preferido de los monjes vietnamitas contra la guerra. No dejó nota.

Una vez me contó que, cuando un hombre moría en combate, los supervivientes nunca lo elogiaban. En su lugar, lo insultaban durante días, hablaban de lo a gusto que estaban sin su presencia, sin importar lo íntimos que hubiesen sido. Me planteé quedarme con su brocha, pero decidí que habría sido una afrenta. Los sentimientos, había dicho Bill, solo te hacían vulnerable.

Me dirigí al norte, un movimiento peliagudo, sin las ventajas de las interestatales. Cinco días después, un negro gay me recogió en una salida aislada paralela al río Platte del Norte, en Nebraska. Me aseguró que comía muchachos blancos como yo. Le dije que yo no era comestible. Se rio y dejó mi *lingam* en paz; se acurrucó y tiritó hundido en su abrigo de piel. Que me encularan en la carretera era lo que más miedo me daba, prefería que me mataran. Dijo que su único pesar era haber nacido negro en el sur y no indio en las praderas, porque los indios aceptaban la homosexualidad de manera

más civilizada. Luego se rio y dijo que en realidad no importaba, porque a unos y otros los jodían por igual.

Me dejó cerca de Omaha, donde encontré curro en un matadero, arreando cabestros enormes por una rampa estrecha y letal. Avanzaban a un ritmo constante, sin curiosidad ni entendimiento. Un tipo les plantaba una picana eléctrica en la frente y los dejaba literalmente tiesos. Era aburrido y profesional; en mi tierra usábamos un rifle. Después de una jornada repleta de pestilencia, lo dejé y caminé hasta la pradera vacía a las afueras del pueblo, con la esperanza de oír algún coyote. Solo había pulgas. Las constelaciones colmaban el firmamento. La luna se descomponía como un hueso roído. Doscientos años atrás, alguien preguntó a Boone si alguna vez se había perdido. Contestó que no, pero que una vez anduvo tres días despistado. Supe exactamente cómo se había sentido.

Enterrados bajo mi saco de dormir, yacían huesos de dinosaurios mezclados con otros de bisontes, antílopes y siux. La inteligencia se mide por la capacidad innata de adaptación, de mansedumbre ante el conquistador. Quizá lo mejor era morir libre, como los bisontes, Caballo Loco[13] y los lobos. Observé el cielo y me pregunté si estaba viviendo al límite de la adaptación, acariciando los residuos de la muerte.

Pensé en la creencia de Bill de que las mayores contribuciones de Estados Unidos a la cultura mundial provenían del oeste.

—Los restaurantes veinticuatro horas —decía—. Y las vallas publicitarias. Puedes pedirte un café y charlar a la hora que te apetezca. Las vallas publicitarias siempre te dicen dónde estás.

—Tiempo y espacio. Ciencia *cowboy*.

—Eso es lo que me gusta de ti, Chris. Eres tan tonto que no tienes ni pajolera idea de que eres listo. Como los Charlies en Vietnam.

Volvía levemente la cabeza, lo justo para que supiera que tenía que apartar la mirada. Las lágrimas le caían por la cara. Su respiración era normal y jamás sollozaba. Era como si tuviese la cabeza tan llena de tristeza que hubiesen brotado un par de gotitas.

Cuando se le pasaba, me miraba con unos ojos severos y antiguos como los de un trilobites.

—El Oeste nunca lo amansaron —dijo—. Lo cercaron para masacrarlo.

Madrugué y me puse en marcha, despreciando a las gentes de Nebraska por su afabilidad cultural. No podías comprar un paquete de tabaco sin que te ofrecieran fuego, te desearan los buenos días o, en general, te hicieran sentir inferior porque tu buen humor no era lo suficientemente arrollador. Nebraska tenía la simetría de una ecuación: era el resultado patético de vivir en una tierra huérfana de búfalos. Las poblaciones de perritos de las praderas se habían reducido a atracciones turísticas.

Me demoré un tiempo en el oeste, ansioso por encontrar casa. Los chavales estadounidenses crecen sabiendo que un caballo entre las piernas y una pistola en una cartuchera holgada son garantía de masculinidad. A Billy el Niño le funcionó, disparó a diecisiete tipos por la espalda antes de alcanzar la mayoría de edad. Montana es un estado bonito, pero no había trabajo. Conocí a un tío con título universitario que se sentía afortunado porque curraba reparando cercados. Una camarera me dijo que, si planeaba instalarme allí, debería traerme a la mujer de fuera. Tampoco fui capaz de encontrar trabajo en Wyoming, y eso hizo que quisiera quedarme, creyendo que sus ciudadanos compartían conmigo una tendencia a la libertad. La diferencia estaba en que ellos tenían un lugar donde dormir. La gente era abierta con los extraños, quizá porque no veía muchos. En lugar de mirarme con ese ceño fruncido del oeste o con la desconfianza sureña, me identificaban como lo que era: más o menos un tonto de cojones.

En Colorado, conseguí curro picando el mortero de los ladrillos con martillo y cincel. Me sentaba en el suelo, junto a una pila de ladrillos, y creaba una nueva, en una forma primitiva de reciclaje. Pagaban catorce centavos por ladrillo. Tras dos días acuclillado al sol, las manos me dolían con solo sujetar las herramientas y tenía costras en los dedos de fallar con el martillo.

Cobré mi paga y me marché al sur, zigzagueando por la

Divisoria Continental, en un intento de dar con la auténtica frontera. En un lado los ríos discurren hacia el este, hacia el oeste en el otro. Mi objetivo era montarla a horcajadas. Como tres cuartas partes de lo que somos es agua, supuse que el remolque simultáneo de ambos océanos abriría un agujero en mi alma para que entrara algo que mereciera la pena. Alce Negro[14] dijo que la montaña central se encuentra en todas partes. A solas en mi otero de las Rocosas, la centralidad siempre parecía estar en otra parte. Cada vez más dependía de mi diario. Creía que era orgánico, sensible incluso. Llegué a considerar el registro de una vida como el único material digno de ser escrito. En algún lugar de las Rocosas, esto mutó en la creencia de que el diario era mi vida y el resto de la existencia, solo una ficción.

Tras dos días de caminata hacia el sur, tuve la suerte de que me llevaran a Flagstaff; poco después, encontré curro como lavaplatos en el Gran Cañón. El personal de administración me sacó una foto y me mandó a una cabaña sin luz ni agua. Cada mañana me unía al resto de trabajadores en las duchas públicas al fondo de nuestro camino sin salida. Por las noches, bebíamos en el bar de empleados.

El de lavaplatos era el trabajo ideal de la libertad: no requería concentración, salvo la limpieza inmediata de una olla moteada o de un plato. También era fuente de comida. El puesto era de una categoría tan miserable que nadie me molestaba. Los cocineros trabajaban a más de treinta y cinco grados de temperatura y los mozos daban tumbos bajo cargas enormes. Los mejores camareros eran capaces de cambiar de comportamiento a una velocidad tremenda. Segundos después de enfrentarse a un cocinero o de rebajarse delante de un jefe tiránico, tenían que ser amables y comprensivos con el cliente. Los camareros de barra disfrutaban de un rango ligeramente mayor, pero el trabajo implicaba empalmar contratos temporales y mimar al círculo privado de alcohólicos de cada uno. Solo el lavaplatos, con su perpetuo aspecto aguanoso y salpicado de comida, podía permanecer leal a sí mismo.

En la tienda de *souvenirs* del cañón trabajaban mujeres *hopi* que vendían muñecas de plástico cobrizo vestidas de fieltro con flecos.

Todas llevaban estampado un «Made in Japan» a tinta en la peana hueca. A unos metros de distancia había un agujero en el suelo de kilómetro y medio de profundidad y quince y pico de ancho. Una vez al mes alguien se tiraba. Todas las semanas algún turista extranjero corría entre los pinos cámara en mano dejando tras de sí un pestazo a mofeta. Por lo visto, en el Viejo Mundo no hay turones. Son criaturas adorables, gráciles, blanco de fotografías. A veces rociaban a familias enteras.

Después de cenar, veía el atardecer desde el borde del cañón, sentado en el trozo de roca más estrecho que sobresalía por encima del agujero. Allí escribía en mi diario, oteando las nubes, intentando entender el impulso extraño de dar un paso hacia el vacío. Lo que me atraía no era la muerte, sino el cañón en sí. Saltar manifestaba un deseo de llenar el espacio. Un día, justo antes del ocaso, presencié una tormenta eléctrica desde arriba: veía la ignición de los rayos y olía las descargas. Una súbita lanza de fuego restalló en las entrañas del cañón y desapareció. El aire olía a ozono. Eso me quitó las ganas de saltar.

Los fines de semana bajaba a pie hasta el nivel más bajo, donde el río Colorado fluía y cortaba el camino. Lo cierto es que el río no ha perdido caudal y conserva su curso, surcando el suelo a la vez que la tierra se rebela contra el agua. Mis caminatas eran como un viaje en el tiempo, un descenso entre capas milenarias en la geología de las paredes del cañón. Cada color marcaba una era. El rojo de la parte superior se volvía rosa, marrón, de un verde delicado y, por último, al fondo, adquiría tonos pizarra y violeta. Cómo no, junto al río había un bar y un restaurante. Todos los domingos, ascendía de regreso al trabajo.

Era el único lavaplatos que no era negro, mexicano o indio. Trabajábamos por equipos, apostados a cada lado de un fregadero colosal con enjuague automático. Uno daba de comer a la bestia mientras otros dos apilaban los platos limpios. Un cuarto secaba los cubiertos. Como era nuevo, mi tarea era la peor: rascar las sobras en bidones de plástico. Separaba lo que estuviera en buenas condiciones para repartirlo más tarde entre el personal. Willie, el jefe de cocina,

me ofreció trabajar con él durante los desayunos. Lo rechacé: prefería la sencillez del agua y los platos. Willie no acabó de entenderlo. Cada día me preguntaba si ya había cambiado de opinión. Al final, me ofreció una subida de sueldo, pero yo me mantuve fiel a mi libertad.

En el restaurante cambiaron de encargado, un patán desdeñoso llamado Jackie Jr. Como muchos habitantes del oeste, se las daba de *cowboy*, con botas repujadas, sombreros caros y camisas a medida con broches perlados. Acostumbrado a llamar «chico» al lavaplatos, Jackie Jr. disfrutaba refiriéndose a mí como «el paleto», un término que hasta me quitaba el hambre. Así era como la gente de la ciudad nos llamaba en mi tierra; eso y cosas peores: catetos, trotacerros, palurdos, endógamos desagradecidos y, mi favorito, follacerdos. Mi madre es mi prima lejana. Mi hermano y mi hermana también son primos míos, pero en mi familia nadie ha seducido jamás a un cerdo.

Decidí dejarlo tras una semana con Jackie Jr. como encargado. En mi último turno, se paseó por la cocina haciendo chistes sobre nuestras condiciones de miseria. Apagué el lavaplatos y le dije que se había roto.

—Qué pasa, puto paleto —dijo—. Hasta los panchitos saben encender esta mierda.

Cuando pulsó el interruptor mecanizado, abrí la trampilla metálica de los chorros de jabón. Jackie Jr. chilló como un gato al que hubiesen dado una patada. La espuma y el agua arruinaron sus ropajes. Pasé junto a él y salí por la puerta trasera, donde mi mochila me esperaba junto a un contenedor rodeado de mofetas y cuervos. Willie me siguió. Me volví, con los brazos extendidos y hacia abajo, sin saber bien qué esperar. Tenía la cara estriada como una tabla de lavar. Miró la mochila que llevaba al hombro, sacó la cartera y me tendió dos billetes de veinte.

—Vete ahora que puedes, chaval. Lo entretendré un rato.

—No me hace falta dinero, Willie.

—No seas tonto, chaval. Estás hecho una piltrafa, no lo rechaces. —Sacudió la cabeza, sonriendo—. Yo fui un puñetero vagabundo en su día.

Esperó hasta que acepté el dinero y regresó a la cocina.

Intenté imaginar al canoso Willie de joven. Era más fácil que verme a mí de viejo. Había empezado a viajar con la creencia vaga de que iba tras algo tangible. Ahora me preguntaba si en realidad no estaría huyendo de algo más que yendo hacia algo. El legendario Oeste, con sus vastos espacios vacíos, se había reducido a eso, a una cosa vasta y vacía llena de gente que intentaba a la desesperada rellenar el hueco con trabajo.

Cargué con mi mochila hasta la única carretera que salía de la cornisa sur del cañón. En otro tiempo, Bill podría haber sido uno de esos *rangers* de Texas que se enfrentaban a los comanches o uno de esos montaraces que recorrían las Rocosas. Las gentes del oeste padecen un mal histórico parecido al delos pueblos de los Apalaches: despojados de los viejos medios, no superan la necesidad de estar a la altura de su patrimonio.

Mientras esperaba a que algún coche me sacara del parque, decidí vivir en el oeste —instalarme, más que andar de paso—, pero más adelante. Todavía era un explorador del *yo*. Sabía que si me quedaba me convertiría en un ermitaño asilvestrado que, como el último de una especie, treparía a terrenos más altos. No quería que encontraran mi esqueleto en un saliente rocoso a escasa altitud. Por explorar aún quedaba California, el borde del continente.

El verano se ha terminado de diluir en el otoño, los días se desmoronan en la oscuridad circundante. Bajo las hojas cambiantes, troceo leños y recojo ramitas. Rita tiene el pelo lustroso, las uñas fuertes. Mi barba de invierno se está espesando. Llegada la primavera, me la afeitaré durante otros seis meses. Ayer vi un arrendajo apisonando maleza encima de una provisión de bellotas, como quien brinca sobre una tumba para allanar la tierra. Hoy una ardilla ha encontrado el escondite. El río está plagado de gansos que poseen la terquedad de los bisontes que orientan sus cuerpos a favor del viento. Hay ganado que muere así.

He leído todos los libros sobre embarazo de la biblioteca, todos dirigidos a mujeres, como es natural. El más progresista incluía un capítulo corto al final sobre el papel del hombre. Invariablemente, hay una foto de un tipo con aspecto viril y bigote que cambia un pañal. Una mujer sonríe detrás.

Una osa peleará a muerte por sus oseznos mientras su pareja deambula por la montaña. La hembra del águila es más grande que el macho y, en su pasión, es capaz de matarlo durante la cópula. Un venado no duda en enviar a su harén en avanzadilla como señuelo para garantizar que viaja con seguridad. A mí todo esto me parece bien, pero Rita *y yo* hemos evolucionado. No es una recolectora. Yo ya no cazo. Lo cierto es que paso en casa la mayor parte del tiempo, metido en mi cueva privada, aventando almagre sobre páginas en blanco.

A los futuros padres se les anima a limpiar la casa, cocinar y decir a sus mujeres lo guapas que están con esos veinte kilos de más. Uno de los libros me exhorta a no apremiar a Rita para tener sexo tras el parto. Otro me sugiere que renuncie a dormir toda la noche

hasta que el bebé lo haga, un periodo que puede durar un año. Es para ayudarme a estrechar lazos con mi hijo, lo que implica que un niño nacido antes de dicho libro no estaba lo bastante unido a su padre. Los padres tienen la culpa de todo; hasta Dios dejó morir a su hijo.

A las mujeres de la generación de mi madre las drogaban durante el parto. Cuando mi madre se despertó, el médico le entregó un fardo conmigo dentro. A mi padre lo mantuvieron al margen hasta que una enfermera fue en su busca con esa frase imperecedera: «Es niño». La primera vez que me vio fue a través de un cristal. Desde entonces, mi padre dice que era de un color rojo brillante y gritón, y que preguntó a la niñera si no podía quedarse mejor con el callado. Mi madre dice que tardó un par de días en acordarse de algo.

Para Rita y para mí, la decisión de tener hijos a los treinta y tantos implica el método Lamaze, que los dos invirtamos nuestros papeles. Tengo que mostrarme sensible y positivo, mientras que el objetivo de Rita es un machismo sucinto. Nuestras clases de Lamaze se imparten en la sala de espera de un hospital, y hay tan pocas sillas que las embarazadas se ven obligadas a sentarse en el suelo. Los celadores entran con pisadas fuertes a comprar bebidas de la máquina. La actitud de la monitora da a entender que formamos parte de un selecto culto al parto y que deberíamos estar orgullosos de nuestra inclusión. Una y otra vez, pone énfasis en el dolor del parto; dice que se parece a que te arranquen los labios por encima de la cabeza. No puede hacer demostraciones de las técnicas de relajación porque lleva vestido.

—Antiguamente, en Iowa —nos cuenta—, las mujeres se iban a caballo a tener el bebé solas. Unas horas más tarde, llegaban a casa con el recién nacido. No me quiero ni imaginar el trayecto de vuelta, ¿y vosotras? —Suelta una risita petulante—. Lo entenderéis cuando hayáis parido.

Separa a las parejas y pide a los hombres que hagamos una lista de los aspectos negativos de nuestras mujeres durante el embarazo. Semejante tarea nos suscita recelo y resentimiento. A la mayoría nos

preocupa el dinero y ninguno está dispuesto a criticar a su mujer. Pasados diez minutos, la monitora pide un voluntario para leer las listas.

—Nuestras mujeres —empieza nuestro portavoz— son gruñonas, dormilonas, están atontadas, contentas, retraídas y estornudan. —Hace un gesto hacia el marido de una neuróloga—. Su mujer es médica.

—Muy bien —dice la monitora—. Cuando hayan nacido todos los bebés, organizaremos una reunión.

La monitora apaga las luces, pone una cinta con reclamos de apareamiento de ballenas y nos insta a meditar.

En el coche, de camino a casa, Rita se echa a llorar. Siente que la monitora la aterroriza en lugar de sosegarla. No le gusta que hablen de su cuerpo como de un edificio con planta baja, sótano, cuarto para la caldera, subsótano y pasadizos. Rita cree que lo del método Lamaze es un timo diseñado para demostrar lo correosas que deberían ser las mujeres. Se las anima a someterse a un dolor tremendo, como si fuese un deber ganarse la feminidad y el derecho a parir. El método Lamaze se centra en lo exterior y separa a Rita del acontecimiento. Ella prefiere enterarse del parto. Estoy de acuerdo en todo.

Al día siguiente, Rita llama al hospital para cambiar las clases, pero no hay hueco en ninguna y no nos devuelven el dinero. La vida familiar se ha cobrado su primer peaje. Sacamos unos libros y una película de la biblioteca. Relleno unas fichas con dibujos de las fases del parto y sus letreros de advertencia correspondientes. A la mañana siguiente, dejo a Rita con la película y me voy al bosque.

Soy incapaz de caminar sin que el lecho de hojarasca cruja. Las aves y los animales se alejan. Las hojas aplanadas señalan un paso común y las que se comban húmedas indican rastros recientes. Río arriba me topo con una garza que posa inclinada como un pescador esquimal tras horas de espera con su arpón, como si la espera fuese más importante que la caza. Un helicóptero en busca de plantaciones de marihuana bate el cielo. Sobresaltada, la garza se eleva con desmaña desde la orilla, las patas de palillo que le cuelgan

como estelas gemelas. Los árboles de la ribera están tan salpicados del color del otoño que imagino que el piloto ha arrojado pintura desde el helicóptero.

En la antigua Mesopotamia, las sociedades agrícolas veneraban a las diosas. Las sacerdotisas usaban serpientes a modo de símbolo. El hábito de mudar la piel era una prueba física de un nacimiento y un renacimiento, de los ciclos lunares, de la siembra y la recogida de cosechas. Finalmente, llegaron los fieros nómadas del desierto, tribus cazadoras dirigidas por hombres con deidades masculinas. Se apropiaron de la tierra y crearon el mito de la Caída para castigar a las mujeres por su poder. Desde entonces, matamos a las serpientes. La Madre Tierra se convirtió en Papá Sol. Cristo llevó a término el sueño de muchos hombres: rompió un himen desde dentro y se juntó con una fulana. Las mujeres quieren que su pareja sea su amigo. Los hombres queremos una virgen en la calle y una puta en la cama, y que las dos se llamen María, claro está.

Mi madre crio a sus hijos y se ocupaba de la casa, igual que la de Rita. Nuestros padres iban al trabajo, sacaban la basura, cortaban la hierba. La vida era muy sencilla. Y nuestras madres eran infelices.

Me niego en redondo a llevar a mi hijo a una guardería, pero sé que perderé, porque Rita no va a abandonar su carrera. Lleva quince años volcada en ello, ocupándose de enfermos mentales. No quiere ser como su madre, y yo no quiero ser mi padre. Esto abre la posibilidad de que yo me quede cuidando al niño. Puedo llevarlo a la espalda por el bosque, dormir menos, dejar la bebida y escribir mientras se echa la siesta. Para conservar la leche materna se usan bombas eléctricas que se ajustan al pecho. Llenaremos el frigorífico de leche a la espera del deshielo de un llanto infantil.

Hace poco hicimos de canguros de una niña de un año, a modo de ensayo para el futuro. Durmió de lado, los brazos y las piernas colocados como en un bajorrelieve de una personita corriendo. En cuanto despertó, manchó el pañal con tal vehemencia que me dieron arcadas. He visto a hombres llenarse las venas de heroína. He presenciado un accidente con un *bulldozer* en el que un tipo perdió un brazo y las consecuencias escalofriantes de una herida de bala.

Nada me ha revuelto tantísimo como el goteo del pañal en torno a las piernas regordetas, cómo oscurecía los genitales y veteaba la tripa. Rita cambió al bebé tranquilamente y bromeó con mi susceptibilidad.

Las mujeres son más fuertes, más despiadadas en la batalla. Los griegos temían incluso a los fantasmas de las guerreras amazonas y construyeron santuarios para controlarlos. Las mujeres inventaron el lenguaje con la aplicación de sonidos a los significados. Los escritos más antiguos son de mujeres, recibos de la venta de tierras en la actual Irak. Si la crianza se hubiese dejado a los hombres, nuestra especie se habría descompuesto, porque los varones jamás nos habríamos acostumbrado al dolor. Apenas somos capaces de aguantar una resaca y un partido de fútbol.

Un martin pescador suelta su reclamo en pleno vuelo por encima del río. Observo cómo se zambulle a por un pez sol que escapaba de un pez más grande después de quedarse inmóvil al ras de la superficie. El ave y el pez grande atacan al pez sol al mismo tiempo. El pez grande abre la boca y el martin pescador lo ensarta por el paladar. El ave cae al agua y, tras un revuelo fugaz, el pez la arrastra a las profundidades. Un minuto más tarde el ave reflota hasta la superficie, todavía viva pero tan desorientada que se ahoga. Sé que los carroñeros irán primero a por los ojos.

Los humanos hemos evolucionado tan deprisa que ya nadie sabe qué es natural. Rita trabaja. Yo me quedo en casa. Ella compra y cocina. Yo corto leña y me ocupo del coche. Ella es una profesional y yo soy lo que se dice un manitas. No somos marido y mujer, no somos nuestros padres ni otra camada de las parejas posmodernas. Somos un par de mamíferos con un gran margen de tolerancia mutua.

El río discurre a media asta para recalcar el final del otoño. La hojarasca cubre la unión entre el agua y la tierra, desdibuja sus límites. Los hombres del Paleolítico consideraban que las mujeres eran divinas debido a su inexplicable capacidad para procrear. Hoy sé que yo he tenido algo que ver, pero eso no me hace sentir mejor. La actividad rutinaria ha traicionado al martin pescador, así como el

embarazo es una traición del sexo. Entiendo la incredulidad del ave. Cambiaría mi imaginación por sus alas.

La quietud del desierto por la noche ejercía presión sobre cada uno de mis poros. En el silencio inexplicable, podía oír cómo la sangre me recorría las venas, el ritmo constante de mi corazón como una grúa prospectora que trabaja sin descanso. No tenía ni idea del calor que haría, de lo estúpido de mi proyecto. Tras dos días, el pelo se me había aclarado y tenía la piel enrojecida. Me había comprado una cantimplora, pero era demasiado pequeña, de un litro escaso. Decidí viajar de noche y dormir durante el día, envuelto en mi saco de dormir, que acababa empapado y pesado por el sudor. En un restaurante, robé sobrecitos de sal y empecé a comérmela a palo seco para reponerme.

Paraban pocos coches, pero por lo general recorríamos buenos trechos. La gente conducía a velocidades increíbles. Muchos llevaban agua, un rifle, una pala y una radio. Dos conductores me llamaron cebo para buitres. Un tipo me dijo que el mejor lugar para dormir era el poniente de las enormes rocas rojas que se alzaban desde el suelo como monstruos petrificados. El calor de la tarde, dijo, era unos doce grados mayor que el de la mañana, una diferencia que podía matarte en un visto y no visto.

Después de tres días atravesando lechos de pantanos secos, crucé el paso de Tehachapi y empecé a descender, zigzagueando por fin hacia el norte, a través del valle de San Joaquín. Desperté de la siesta en una zanja. Sin nubes ni polución, el sol que parecía refulgir desde la tierra. Los trinos se derramaban por el aire como una cascada. Me tumbé bocarriba y masqué un hierbajo, observando a las abejas, que ladeaban sus alas difusas hacia mi bandera amiga. Formábamos una alianza contra el calor, que iniciaba su machaque vespertino. No importaba si nadie paraba.

Dormité hasta que un coche se detuvo traqueteando en la cuneta, un descapotable blanco sucio con las esquinas rayadas. Mi mente avanzó a tientas por ese curioso estado entre el sueño y la vigilia que deforma la realidad, igual que una alucinación menor. El conductor tenía la cara gris e hinchada como masa pasada. Se tapaba la calva con mechones largos peinados de un lado a otro de la cabeza como finas líneas negras. Unas gafas enormes le ampliaban los ojos. Subí al coche y le pregunté por qué había parado.

—¡Así lo ha querido Dios! —dijo—. Pareces inofensivo, eso es todo.

Los rescatadores de carretera eran un género habitual, gente pía que cumple con su deber para con los oprimidos. El conductor me echó miradas largas de estimación antes de ir al grano: ¿era yo un joven espiritualmente iluminado o no? Mencioné un pecado o dos, admití mi turbación y la necesidad de mejorar. Este patrón estándar animaba a los conductores a discutir sobre su fe. Los devotos se digerían bien, previa palabrería, predecible como una diarrea. De vez en cuando me daban dinero.

Al era un misionero que llevaba años buscando el lugar ideal y descartando cada uno por motivos varios. En algunas comunidades el mal estaba tan arraigado que le venían grandes. Otras eran demasiado puras, más apropiadas para un novicio. Lo que más frustraba a Al eran las zonas en las que había una misión rival.

—Está en alguna parte, esperándome. Quizá hoy. Estarás conmigo, Chris. ¡Piénsalo! Dios ha querido que tú y yo nos encontremos hoy.

Le pregunté por qué había iniciado su expedición.

—¡Por el Armagedón, claro! Las profecías se están cumpliendo, amigo mío. Hombres y mujeres viven en pecado y el sexo inunda la televisión. En los supermercados hay máquinas eléctricas que leen números invisibles. El Anticristo vive en Nevada.

—¿Tienes miedo, Al?

—¡Claro que no! —gritó—. Yo estoy salvado. Solo quiero vivir lo suficiente para ver cómo el Señor calcina a los pecadores allá donde los haya. A los demás nos llevará al cielo. Rezo por que

acontezca antes de morir, para que mis prójimos sepan que no soy un pecador. A la gente que ya está muerta la saca directamente de la tumba y nadie se entera de si son pecadores. Pero, si estás vivo cuando llegue el Armagedón, ¡todo el mundo lo verá!

Dio unos manotazos al mapamundi que había entre los dos; luego lo blandió como el escudo de un guerrero. íbamos dirección norte, a través de huertos de limoneros. En el aire flotaba un olor dulzón.

—Adán y Eva nos trajeron la ruina y la culpa fue de Eva. Era débil y por eso todas las mujeres son débiles. No lo pueden evitar. Deberías aprender de Adán y no fijarte en las mujeres. ¡Mira lo que le pasó con Eva!

—Ah, ¿el qué, Al?

—Sexo, enfermedad e insectos.

—¿Insectos?

Solemne de pronto, se lamió la saliva de los labios. El viento le azotaba el pelo como un metrónomo.

—¡En el cielo no hay insectos! Todo lleno de flores y nada de esmog. Frutas y verduras frescas. ¡Un paraíso! Todo tan puro que nuestro cuerpo es capaz de digerir las pepitas, el tallo y el corazón. Por eso no existe la orina ni las defecaciones. Los lavabos no hacen ninguna falta. ¡Piénsalo!

Pregunté a Al por el diablo y borboteó durante kilómetros sobre sus costumbres. En cuanto un hombre encontraba a Dios, el viejo Lucifer se lo curraba el doble con él, dedicándole una atención especial. Con rezar antes de acostarte espantabas al diablo igual que a un mosquito. Hacía que la pintura de tu casa se desconchara y te mandaba albañiles borrachos. Si antes no rezabas, te cortabas todas las mañanas al afeitarte. Me enseñó pruebas: una red de diminutas cicatrices blancas en el cuello del tamaño de la tiña.

Según Al, los insectos eran el grupillo terrorista privado de Satanás. En el Edén no existían los bichos hasta que Eva la jodió, pero ahora el diablo repartía picaduras de abeja y de mosquito. Las moscas fornicaban en la formica. El día en que Al se convirtió, una pandilla de termitas se zampó los travesaños de su buhardilla, que se

rompieron por la mitad, y el tejado alrededor de la chimenea se desplomó. A modo de contraataque, empezó a criar arañas.

—Se comen los insectos como si fuesen golosinas. Tengo algunas con un pedigrí de seis generaciones. Las mejores las llevo en el asiento trasero.

Eché un vistazo atrás. Encajados entre panfletos religiosos desvaídos había varios frascos. Miré por la ventana hacia los frutales, el olor a limón mezclado con el del estiércol. Franjas de cielo asomaban entre la neblina gris. Examiné el mapa y le pedí que me dejara en el río San Joaquín, unos kilómetros más adelante.

—Después del Armagedón —dijo—, ¡la tierra será negra y humeante! Gran parte del paisaje se reducirá a cenizas. Todos los insectos muertos. Dios, amigo mío, es como un gigante exterminador que solo salva a las arañas y a los cristianos. ¡Piénsalo!

—¿Algún superviviente, Al?

—¡Ninguno! No pretendo acojonarte, Chris, ¡pero Dios no da tregua a los pecadores!

En el río, Al me pidió que rezara con él. Inclinamos las cabezas hacia el salpicadero. El relleno raído rezumaba por una grieta en el plástico.

—Soy yo, Señor. Tu siervo, Al. Quiero pedirte mi favor semanal. Haz que un coche recoja a este hombre. Que no espere más de cinco minutos. Y, otra cosa, Dios: por favor, envía el Armagedón lo antes posible. Te suplico que lo envíes antes de que me muera. Ahora me viene bien, Señor. Amén.

Bajé del coche, sorprendido por aquella maravilla de oración. Al echó mano de una caja de cartón y me pasó un frasquito con una araña purasangre. En la tapa metálica había hecho agujeritos para que respirara.

—Gracias —dije.

—No te fíes de los hombres que fuman en pipa.

Metió primera y el cacharro se alejó dando tumbos por la autopista, deslizándose veloz entre las trémulas ondas de calor hasta desaparecer en una curva. Abrí el frasco en la hierba polvorienta. La araña avanzó hasta el borde y sacó una pata. Encaró el mundo

durante unos segundos, antes de retroceder a la seguridad de su capilla de cristal.

De repente me encontraba a solas con la tierra, fuera del valle y frente al río. Las sombras oscurecían los árboles conforme el aire se enfriaba. El vello del pescuezo se me erizó más que el lomo de un gato. Los primeros grillos sonaron agoreros, como alarmas antiaéreas. Una sensación limosa en la piel hizo que me tambaleara, que moviera la cabeza en todas direcciones. Por todas partes había insectos.

Exactamente cinco minutos después, un camión de alquiler espurreó grava por la cuneta y se detuvo de lado. La puerta naranja se abrió de golpe y regurgitó a un gigante barbudo vestido de negro. Llevaba un chaleco de cuero encima de una camiseta estampada con una bandera estadounidense descolorida; una silueta imponente con voz de rastrillo oxidado.

—¿Adónde vas, muchacho?

—Al norte.

—¿Sabes conducir un camión?

Cuando asentí dio media vuelta como un soldado y trepó a la cabina. Lo seguí. Blasfemó, estudió mi reacción y blasfemó otra vez a modo de presentación.

—Me llamo Chris.

—Wi'er.

—¿Cómo invierno y verano?[15] —Como perdedor.

Un cercado discurría junto a la ventanilla y acaparó mi atención. Tendría que haberme quedado con la araña. Tras unos kilómetros, Winner blasfemó y habló:

—Llevo dos días despierto después de un casquete.

—Hum.

—En una mesa de pícnic del jardín de atrás. Con la hija del párroco. —Winner rio, una motosierra al dar contra un clavo incrustado—. Tuve que atarme un tablón a la espalda para no desfallecer. Se pasó toda la noche trabajándome el sable.

Winner se había largado al amanecer con medio gramo de metanfetamina cuyo efecto, después de treinta y ocho horas,

empezaba a remitir.

—¿Qué carga llevamos? —dije.

—Mi *scooter*. Voy a casa, a cuidar de mi madre. La *scooter* se cayó el mismo día que ella se rompió la cadera. Tengo que dejar el camión en las afueras del pueblo y coger la moto. Quedaría mal que apareciera por casa en un camión. Tiene que ser en mi *scooter*.

—Claro, Winner. Como yo, que tengo que hacer dedo.

Sonrió y una dentadura maltrecha quedó a la vista.

—¡Afirmativo, cojones! —gritó, y me soltó un revés en el esternón.

Mientras batallaba por coger aire, Winner sacó un revólver de debajo del asiento y disparó por la ventana. El estruendo me rugió en los oídos. Me guiñó, besó la culata de madera reluciente y guardó la pistola. La cabina del camión apestaba a cordita. El sudor me resbalaba por los costados y respiraba hondo y despacio. El disparo había inflamado las últimas motas de Molly que le cosquilleaban por el cuerpo. Lo siguiente fue un largo monólogo, difícil de seguir a veces, repleto de carcajadas y algún revés ocasional contra mi pecho. Cuando veía venir uno, exhalaba antes del impacto.

Winner se había pasado los últimos seis años «en el campo», guardando armas bien engrasadas en cajas de aluminio. Había escondido alijos en cuevas y en pozos, y otros los había enterrado sin más. Por todo el país, las armas y la munición yacían acurrucadas a la espera de la Tercera Guerra Mundial. Winner era uno de los muchos soldados que ponían cerco a un futuro horrible. Informaba a sus superiores sobre los escondites dos veces al año, una en Ohio y otra en un pueblo pantanoso de Luisiana.

—Tenemos gasolina y agua, comida y armas —dijo—. ¡Con una ametralladora no van a mamonear!

—¿Quiénes, Winner?

—¡Los putos rojos y los mutantes, esos! Si tienes comida y armas, todo el mundo las querrá. Los mutantes, los primeros, porque los putos rojos tardarán un tiempo en llegar aquí. Y tendrán que esperar a que la cosa se calme. El primer par de años será un pifostio.

—Pero tú no.

—¡Afirmativo, cojones! Soy un patriota. Tengo mi máscara antigás y mi M-16. Estoy alerta.

—¿Por los rojos?

—¡Por las mujeres! —rugió, y me machacó el pecho.

Winner se lanzó a una diatriba anticomunista que englobaba al mundo entero. Todos los países estaban compinchados contra nosotros. Querían nuestro dinero, a nuestras mujeres y nuestras motos. Un día de estos nos arrasarían con varios centenares de cohetes, una bandada de pájaros letales de camino al oeste para pasar el invierno. Solo se librarían las tiendas de motos y las colegialas.

—Son más listos que nosotros, esos cabrones. El enemigo siempre lo es. Es lo que tienes que pensar, ¿entiendes? Nos la endiñarán primero, y solo habrá un lugar seguro.

—¿Kentucky?

—¿Qué coño? Crujirán Fort Knox como quien revienta un condón. El único estado más o menos libre de bajas será Idaho. Lo han averiguado los expertos. Y Idaho —bajó la voz hasta un susurro carrasposo—, Idaho es el hoyo madre. Tenemos tíos allí todo el tiempo. Una ciudad subterránea.

—¿Preparándose?

—¡Afirmativo, cojones! ¿Quieres ser un mutante con media cara y el pelo verde?, ¿que los niños te nazcan ciegos y sin pito?, ¿vivir como viven los cerdos? ¡Pues yo no! —Winner acarició el cuchillo que llevaba al cinto—. Mira qué hoja, hermano. Tiene el mango hueco. Dentro llevo un par de Pirulas Salvadoras para la radiación. Si me veo enmierdado, lo único que tengo que hacer es jalármelas. No hay deshonra si la piel se te está cayendo. Morirse no es malo, lo malo es cómo te vas. Es mejor hacerlo en la batalla, porque, si mueres fuerte, en la otra vida eres más fuerte. Si palmas como un mariposón, vuelves peor. Es un hecho demostrado. Lo dicen los científicos. Tienes que estar siempre listo, porque igual es hoy cuando golpean. Cuando lo sepamos, será demasiado tarde, ¡pero más les vale esperarse a que vea a mi madre, cojones!

—Eh, Winner. ¿Quiénes estáis en todo esto?

—Para empezar, mis hermanos y yo. En el este son todos granjeros. ¿Por qué cojones eres tan cotilla?

—Igual tenéis sitio para uno más.

Su brazo derecho serpenteó por el asiento y me agarró del mentón. Con el pulgar me apretó la mandíbula mientras me hundía los dedos en la mejilla. Me sacudió la cabeza y me miró entrecerrando los ojos.

—¿Cuál es tu apellido? —dijo.

Se lo dije.

—¿Y el de tu madre?

—McCabe.

—¿Estás dispuesto a jurar sobre la bandera y la Biblia que eres blanco del todo? ¿Ni una gota de negrata, de judío, de mexicano, de moro, de espagueti ni de indio?

Asentí hasta que me dolió la cabeza y sentí que se me rajaba la mandíbula. Me soltó.

—Lo siento, chico —dijo—, pero es justo de lo que va la cosa.

—¿De qué?

—Nosotros.

Esta sigue siendo la palabra más espeluznante que he oído pronunciar tras toda una vida conversando con extraños. Uno podía eludir los calificativos, encogerse de hombros ante la escatologia. Pero ese «nosotros» era escalofriante. Nosotros significaba linchamientos y violaciones en grupo, quema de libros y genocidio. Nosotros era sinónimo de control, la satisfacción nefasta de la veracidad reflejada en un espejo corroído. «Nosotros» implicaba un «ellos», y todos los ellos eran carne de cañón. Aristóteles sentó el precedente: «Hay griegos y hay esclavos».

Tan de repente como había empezado, Winner se quedó callado. La meta se había esfumado y le había refrenado la lengua y dejado encorvado. Estábamos en las montañas, muy arriba. Kilómetros de nubes apelotonadas, panzas que el sol poniente teñía de escarlata. El aire se volvió púrpura hacia el este.

—Mutantes, espías y rojos —murmuró Winner—. Un tiro nada

más verlos. Quemas los huesos. Te pones a barlovento.

—Ya.

—¡Afirmativo, cojones! Tienen satélites que sacan fotos a miles de kilómetros de altura. Te ven hasta los pelos del culo.

La metanfetamina estaba en las últimas. Winner giró hacia la cuneta y cambiamos asientos. En menos de un minuto estaba durmiendo el sueño inquieto del enganchado a las anfetas y examiné los tatuajes de sus brazos. Un ojo en la cúspide de una pirámide posada sobre una calavera. Telarañas extendidas entre los nudillos. El número trece arrugado en la base del pulgar. Grabada en la piel tenía la frase «Nacido cadáver».

Me asomé por la ventanilla y dejé que el viento me restregase la cara. Las estrellas salpicaban el cielo nocturno como una impresión hecha al azar por un ordenador. La luna llena abrazaba las montañas. Cadáveres de insectos pringaban el parabrisas, y eso me recordó a Al. Tal vez él y Winner tuvieran razón: el mundo estaba condenado a la extinción. La aniquilación global era mejor que llegar a viejo; el cielo y la reencarnación garantizaban lo mismo. Nadie surcaba la laguna Estigia.

Winner me dejó a las afueras de un pueblo llamado French Gulch y seguí la autopista 299 dirección oeste hacia la costa. Durante una semana, deambulé por el borde de lo que en un principio los exploradores españoles creyeron que era una isla. Años más tarde, las caravanas de pioneros lo perdieron todo en sus viajes hacia el oeste, siguiendo rodadas de casi dos metros de profundidad. El desierto achicharró a los más viejos y a los más jóvenes. En primavera, los colonos dejaban atrás cuerpos en descongelación. En Los Ángeles, hoy se hablan setenta idiomas y, si California fuese un país, estaría en el sexto puesto mundial de productividad. El estado parecía el extremo de un embarcadero atestado de pescadores con los sedales enredados, todos a la espera de pescar uno grande.

La primera noche dormí en un banco. Dos niños en bicicleta me robaron la mochila. Fui a un albergue para mendigos donde una fila de catres tras otra cubría un suelo sucio. Para evitar que me robaran mientras dormía, metí un brazo por una manga de la chaqueta y

enrollé el resto de la ropa a modo de almohada. En lugar de intimar con mis iguales, me sentía como un paria que hubiera invadido sus posiciones. Eran tipos sin suerte, perros viejos, no nos parecíamos en nada. En el albergue había hombres que se prostituían por la noche y ahorraban para un cambio de sexo, hombres que escupían sangre tuberculosa, hombres que habían perdido sus casas por culpa de la especulación inmobiliaria, sus trabajos por culpa de la automatización.

Todos negábamos que en realidad fuéramos unos sintecho. Cada conversación empezaba rememorando éxitos pasados y luego saltaba al futuro. El presente no se mencionaba. La situación en la que nos encontrábamos era temporal, y todos creíamos que la nuestra lo era más que la del resto. Los cigarrillos funcionaban como moneda de cambio. Hablar era una forma de defensa. Yo no paraba de parlotear y los raritos me dejaban en paz.

Pasaba los días en la playa, comiendo tacos y mirando mujeres en bañadores ligeros. Se rasuraban el vello del *yoni* para enseñar más carne. Ninguna me miraba a mí. Yo era invisible, una no entidad. Deseaba a todas las mujeres que pasaban, pero entendía que no podía hacer nada salvo fantasear. Los surfistas me echaron dos veces de zonas concretas de la arena.

Empecé a dibujar, a firmar y a fechar cada boceto, que dejaba delante del paisaje bosquejado. Imaginaba que un marchante me seguía los pasos y que guardaba cada dibujo. Finalmente, contactaba conmigo y me ofrecía espacio en un estudio y material a cambio de convertir mis bocetos en pinturas. Mientras tanto, las entradas en mi diario devinieron argumentos prolongados en contra de la escritura y a favor de las artes visuales, esfuerzos por convencerme de que el dibujo tenía más fuerza que la escritura. Finalmente, el arte ganó mi feudo privado. Había usado con éxito el lenguaje para disuadirme de usarlo.

Observé a un hombre que había encontrado uno de mis bocetos encajado entre los tableros de secuoya de una mesa de pícnic. Iba bien vestido y llevaba maletín. Me acerqué a él, a la espera de sus felicitaciones. Arrugó el papel y lo tiró a una papelera.

—Eh —dije—. Es mío. Lo he dibujado yo.

—Hostias —dijo—. Encima voy a tener que lavarme las putas manos. Los vagabundos ya sois plaga suficiente como para ir dejando vuestras porquerías por ahí.

La percepción que tenía de mí mismo sufrió un abrupto desplazamiento sísmico: dormía en un albergue para mendigos y me montaba historias. Robaba lápiz y papel para dejar mi impronta. Nadie me conocía ni sabía dónde estaba. De repente, comprendí que la mortalidad era trivial. Me mareé, me tembló hasta la médula. Un extraño me consideraba basura generadora de más basura. Juré que jamás volvería a dibujar. Me convertiría en dramaturgo. Sería fácil. El teatro no era más que charla, escribiría cada palabra que entreoyera y después las soldaría. La vida me había llevado a aquella decisión. En los límites de la Tierra hallé mi verdadera vocación.

Sin embargo, California era mal sitio para empezar mi nueva carrera, así que abandoné la costa a la mañana siguiente. En el autobús hacia las afueras de la ciudad, llené tres páginas con retazos de las conversaciones que me llegaban desde los asientos cercanos. Esas notas servirían de base para mi primer trabajo, una obra de un solo acto sobre un trayecto en autobús. Estaba de nuevo en movimiento. Tenía un plan. El futuro era de oro.

Hoy no hay sol, solo una luz gris que se filtra a través de una gasa aérea. Árboles desnudos enjaulan el cielo. El suelo está espolvoreado con una pizca de nieve, una torva rezagada. Suficiente para transformar el bosque. La temperatura ha subido hasta los siete bajo cero y el calor ha atraído a los pájaros a las ramas de los árboles. El herrerillo es el más valiente y el chochín, el más alegre. Lo extraño es que son las criaturas más pequeñas las que me conceden mayor proximidad antes de huir. Las más grandes —ciervos, zorros, los osos de mi tierra— desaparecen en cuanto me acerco. Con los humanos pasa lo mismo. Cuando somos pequeños dejamos que los demás se acerquen, luego, poco a poco, empezamos a apartarnos, algo que suele dejar a los mayores en completa soledad.

En el bosque hay un arce viejo, muerto hace mucho pero todavía en pie, con un tronco del tamaño de un coche pequeño. El árbol está podrido, tiene las tripas huecas. En la cepa hay una abertura lo suficientemente grande como para entrar. Me ha dado por sentarme dentro del árbol. Nadie sabe que lo hago.

Me dirijo al arce cuando mi nariz da con un olor antes de que mis ojos perciban su origen. Es ese aroma de dulzor nauseabundo que, una vez lo conoces, ya no puedes olvidar. Olfateo en todas direcciones y valoro el viento. El olor viene del oeste. Tomo ese rumbo. Rastros animales conducen hacia el lugar con líneas serpenteantes que me recuerdan al trazado de una telaraña. En el centro hay un montículo de bolsas de plástico claras, varias abiertas y desgarradas. Son bolsas térmicas que contienen osamentas despellejadas de caza menor. Han hecho un trabajo muy minucioso. Cada pata muestra un corte limpio por encima del tobillo y la zarpa conserva pelaje. Parece que los animales llevaran pantuflas. Una cola

sin pelo yace en la nieve como una culebra. Recuerdo haber leído que el uno por ciento de los neonatos humanos posee una cola diminuta que enseguida le cortan y tiran a la basura.

El viento rola y empuja el olor hacia mí; tengo la sensación de que se me pega a la cara. La bolsa térmica más cercana parece un amnios con un feto dentro. Me marcho deprisa. La mitad de los embarazos no llegan a término, y a veces el feto muere en el vientre durante el segundo o el tercer trimestre. En tal caso, se induce el parto. La mujer lo sufre sabiendo de antemano que va a dar a luz a un bebé muerto.

Dejo de caminar, con el estómago revuelto, enfadado conmigo mismo por pensar esas cosas, por ser incapaz de quitarme esa imagen de la cabeza. Una franja pálida horizontal bulle a la altura de la cadera allá donde miro. Cuando me concentro en ella, desaparece. La curiosidad sustituye a la náusea, y me pregunto si no me habré vuelto demasiado solitario, si no habré pasado demasiado tiempo solo en el bosque. Mientras lo sopeso, la franja regresa. No está en el aire, sino en los troncos de los árboles. Mis ojos se han limitado a dar continuidad a la franja a través del espacio vacío. Más cerca, la marca es débil, casi invisible, una mancha en la ribera. Si mantengo la mirada fija y vuelvo la cabeza, la veo claramente en todos los árboles. Es la marca del nivel del agua durante la crecida de la primavera pasada.

En el arce hueco, me acuclillo y entro a gatas. La luz se cuela por arriba, donde la horcadura se ha roto y desprendido. La primera vez que entré había huellas de animales, pero la presencia horrible del hombre basta para mantener alejados a los intrusos. Me siento en cuclillas, como los viejos de mi tierra, el peso sobre los talones, un codo en cada rodilla. La corteza interior del árbol está tan acartonada como el lodo seco del río en verano. Desde aquí puedo espiar el bosque sin que me vean. Un picapinos trabaja en un árbol cercano, parpadeando cada vez que da un picotazo a la madera. Si no lo hiciera, los ojos le saltarían del cráneo por el impacto.

Existe una diferencia sutil entre sentirse solo —ese peligro interno de la mente— y la simple falta de compañía que me hace

estar solo. Rita quita hierro a las dos cosas. Puede que el bebé reduzca aún más la soledad, que logre que necesite menos el bosque. Reparo en que estoy pensando hacia atrás, en que es el bebé quien dependerá de mí. Puede que nunca seamos amigos.

Ecos de disparos al otro lado del río, un cazador con un ciervo en la mirilla. Si traes un arma al bosque, tu percepción se transforma; dejas de pisar terreno justo, de compartir tiempo y espacio. La lanza de la caza por necesidad ha dado paso al rifle de la caza deportiva. He probado carne de zarigüeya, que está prohibida, de serpiente, de mapache y de caballo, además de la de liebre, ardilla y ciervo. Todo lo que sale del bosque es bien recibido en mi mesa. Sin embargo, últimamente prefiero que mi idilio con la naturaleza se rija por la paz.

Quitar la vida está tan arraigado en lo biológico como darla. Todo animal mata para sobrevivir. Comer fruta, verduras y grano no es excusa; las plantas son seres vivos. Tienen género y hogar, sienten dolor e intentan curarse. Los tocones de los árboles rebrotan cada año; los vástagos que generan las raíces siguen absorbiendo agua. Creo que, como un amputado al que le duele la extremidad perdida, el árbol sabe cuándo le falta una rama.

Salir del arce es más complicado que entrar. Me tumbo de espaldas, apoyo las botas en las paredes interiores y me impulso bocarriba hasta el bosque. El picapinos ladea la cabeza y me mira. Cuando me levanto, se marcha aleteando, festoneando el aire con su vuelo delator.

Me cuido de evitar la pila de animales, luego decido no huir. Un padre debe enfrentarse a todo. Intento abrir los ojos del mismo modo que me ha permitido ver la marca del agua en los árboles. Pienso en los picapinos que debieron de acabar ciegos antes de que la especie aprendiera a parpadear.

Los animales vivos se alimentan de los muertos, y se me ocurre que esto no se trata de una fosa común ni del augurio de un aborto. Son solo los residuos de días pasados. Un trampero ha limpiado la nevera para hacer hueco a una pieza mejor, quizá un ciervo. Los inviernos en la pradera son severos y así ayuda a los animales a

sobrevivir. El trampero ha ganado dinero con las pieles, el ciervo le ha proporcionado alimento y él le ha devuelto el favor al bosque. A nuestra manera, Rita y yo, al entregarnos al mundo, nos implicamos en un ciclo similar. Después de que el bebé nazca, el paso del tiempo se reflejará en las etapas de la niñez, y no en las estaciones.

Me vuelvo hacia el arce hueco y hago un gesto de afirmación con la cabeza, feliz de que no haya nadie que pueda presenciarlo. Salgo del bosque, mis pisadas bisecan rastros de animales en una geometría extraña. Tras de mí, el picapinos se afana en busca de larvas para sobrevivir a la estación. Más adelante, Rita espera, con mucha calma, espera. Ella también tiene una marca de crecidas que observar. La nieve, el color de la sal, el olor a vida no tardarán en desaparecer.

La capacidad para dormir bajo la lluvia es propia de soldados, de animales y del autostopista consumado. Una habilidad que yo nunca llegué a adquirir. El peso del agua triplicaba el peso de mi mochila. La lluvia se me acumulaba en las cejas y me chorreaba en los ojos al más mínimo movimiento. Cuando uno está aterido y empapado a las cuatro de la madrugada, adquiere una comprensión íntima —una gratitud, incluso— de la desgracia. El amanecer nunca me resultó tan preciado. Los trinos significaban que no tardarías en ver tus ropas despidiendo vapor al sol. De tal guisa, empezó mi verano en Alabama.

El sol colgaba bajo en el horizonte cuando el líder de un convoy se cruzó en mi camino. Estampadas por todo el camión en letras floridas se leían las palabras «Circo Hendley, el mayor espectáculo del mundo». Pasó un camión tras otro; todos anunciaban con estridencia diversos números. Boñigas de caballo caían de uno de los remolques. Una variedad de autocaravanas los seguía, pero ninguna se detuvo y nadie saludó. El último vehículo se perdió de vista entre traqueteos, y me sentí como si hubiese visto un espejismo, una caravana de pioneros fantasma que se burlaba de los ermitaños de carretera.

Del oeste llegó el ruido de otro camión que renqueaba a poca velocidad. Sin detenerse, el conductor abrió de golpe la puerta del acompañante.

—Corre —dijo—. No puedo parar, que Pastelito se cabrea.

Usé el retrovisor para auparme hasta el estribo y trepé al asiento.

—Gracias —dije.

—No hay de qué. Sé lo que es darse a la fuga.

—No es eso.

—Nunca lo es —dijo—. ¿Te sobran cinco pavos para prestarme?

—Estoy sin blanca.

Se llevó una mano al bolsillo de la camisa y me tendió un billete de cinco dólares. Escupió jugo de tabaco por la ventanilla.

—Un regalin para Pastelito —dijo—. Le encanta el tabaco.

—¿Quién es Pastelito?

—Mi mejor amiga desde hace quince años. El circo es mi amante, pero mi mujer es Pastelito.

Por cómo se balanceaba el camión, pese a la lentitud con que avanzaba, supuse que estaba casado con la Dama Gorda de alguno de los números, que no cabía delante. Si prefería meter a su mujer atrás, era asunto suyo.

Barney llevaba toda la vida en el circo, el resultado de que le «entrara serrín por la nariz cuando era un pipiolo». Me ofreció trabajo, argumentando que ya le debía uno de cinco. El salario incluía comida y alojamiento. Cuatro horas después, cruzamos una aldea y nos unimos al resto del convoy, en círculo como una caravana de pioneros en un valle amplio y herboso. Barney saltó de la cabina y me dio un rastrillo.

—Limpia las piedras por detrás del camión y luego abre un camino hasta la carpa.

Barney se subió al parachoques trasero y desenganchó unas cadenas más grandes que las que usan para transportar troncos. Abrió las puertas, que desvelaron los costados grises de un elefante. Habló a Pastelito en un tono dulce: le pidió disculpas por lo largo del viaje y le ofreció agua y heno si bajaba del camión. Una pata se extendió hacia atrás. Me escabullí tan deprisa que me caí. Tras de mí sonó una carcajada ronca.

—¡Vaya caída, vaya caída! ¡Contratadlo!

—Aparta, Rover, que está machacando coles.

Un par de enanos con cabezas gigantes y cuerpos sin cuello me miraban con malas intenciones. Uno dio una voltereta; luego se encaramó a los hombros de su compinche. Avanzaron hacia mí, ahora con mi altura, enseñando la lengua como serpientes. Me protegí con el rastrillo.

—Rover, tiene un rastrillo —dijo uno.

—Tirémoslo desde un castillo.

—No hay ningún castillo.

—¿Qué tal a un pozo?

—No suena mal.

El enano de arriba dio una patada en la cabeza al de abajo.

—Calabozo —dijo el de arriba—. Tendrías que haber dicho calabozo para que rimara.

—No me des patadas.

El enano de abajo mordió a su compañero en el tobillo y los dos rodaron por el suelo. Pastelito apuntó al cielo con la trompa y barritó de alivio al pisar la tierra. Barney la rodeó con un palo largo que acababa en gancho.

—Eh, putos retacos —gritó—. A Pastelito le van los piscolabis como vosotros.

Los enanos se marcharon a gatas y subieron a brincos los escalones metálicos de una autocaravana.

—Me voy a hacer una maleta con ella —dijo uno.

—Macetas con las patas.

—Un consolador con la trompa.

Pastelito me observó con un ojo del tamaño de mi puño. Gruesos tallos de pelo le salían del cuerpo como manojos de maleza. En la pata trasera llevaba un grillete que la encadenaba al camión.

—Ni te acerques a esos retacos —dijo Barney—. Ojo también con los payasos. Y ni se te ocurra mirar a la Dama Papagayo. Ni por la espalda. Se da cuenta. —Asentí; recibía información sin tiempo para procesarla—. Ve donde los camiones y pregunta por Flathead. Dile que eres mi Primero de Mayo.

Crucé el campo, oyendo gritos y palabrotas por todas partes. Nadie hablaba en un tono normal. Todos preparaban sus números, tendían cableado eléctrico, descargaban animales. Una amplia cuadrilla de hombres se afanaba con cuatro camiones cargados de carpas plegadas. Flathead tenía el pelo rizado y muy corto, como si alardeara del hecho de que, en efecto, tenía la cabeza plana. Me dijo que cavara un meadero.

—¿Qué?

—Un agujero para mear. Qué problema hay, ¿tú no meas? Todo el mundo mea. Cava dos agujeros, anda.

Me dio una pala y me mandó a una zona limítrofe con las autocaravanas. Todos me ignoraban. Terminé mi trabajo y me alejé. Un tipo pasó a zancadas por mi lado y orinó tranquilamente en uno de los agujeros.

Regresé con Flathead, que me envió con la cuadrilla de la carpa, a la que le faltaban un par de manos. Los camiones rodeaban el campo y se detenían en puntos concretos en paralelo a unas piquetas de hierro clavadas en el suelo. Varios hombres sacaban a rastras grandes secciones de lona del fondo del camión. A mí me tocaba correr. Cuando se tira fuerte, la carpa se despliega en el aire con ligereza, no pesa tanto y es más fácil de manejar. Otro tipo y yo sujetábamos una esquina de las lonas y corríamos tanto como podíamos para extender el pliegue, regresábamos, agarrábamos la esquina siguiente y echábamos otra vez a correr. La carpa me lijaba las manos hasta hacerme sangrar.

Una vez desplegadas las secciones, las uníamos con cuerdas mientras los más experimentados aseguraban la carpa a travesarlos circulares. Si pisabas la lona, corrías el riesgo de romperla, así que todos reptaban como bichos, incluido Flathead. Luego había que levantar la cúspide, un proceso complejo, una sección tras otra, para mantenerlas niveladas. Mi tarea consistía en sujetar una guía hasta que Flathead me gritaba que la asegurara. Me recordaba al esquí acuático: mantenerse en pie requería un esfuerzo increíble.

Nueve horas después, Pastelito levantaba el último poste con cuerdas atadas a su arnés. La carpa al completo se elevaba en tensión mientras todos observábamos, notando cómo la tirantez aumentaba en las cuerdas. Flathead fijó el poste principal. En la penumbra del interior, montamos tres filas de tribunas plegables, entre los insultos de los electricistas y la gente de sonido. Flathead dijo que habíamos terminado y todo el mundo empezó a preguntar si habían izado la bandera. Salimos dando tumbos al sol de la tarde, tan brillante que tropezamos unos con otros. La masa al completo de hombres

exhaustos se alejó a la carrera y yo fui detrás, adonde fuese la horda. Como no había entendido que lo de la bandera izada significaba que la cena estaba en la mesa, llegué tarde. Lo único peor que las sobras del estofado era saber que en la olla había caído el sudor de todos.

Un cocinero me envió al camión litera a por los chicos de la carpa. Cuatro niveles de catres alineados en cada lateral, con un pasillo estrechísimo que recorría el largo del camión.

Nuestro dormitorio comunitario era un vestíbulo móvil y sin luz en el que hacía un calor extremo y que apestaba a cuerpos sin lavar. Los ronquidos resonaban aquí y allá, entre los tabiques metálicos. Encontré un catre libre y me tumbé en un colchón del ancho de una estantería.

Nos quedamos tres días en el pueblo, suficientes para demostrar una feroz fiabilidad como vendedor de golosinas. Los caramelos venían cortados en tabletas diminutas capaces de sacarte los empastes de las muelas. No pude venderlos con la agresividad suficiente como para satisfacer al jefe de la concesionaria, un cojo amargado. Había sido trapecista hasta que una caída le destrozó el tobillo. Su nombre artístico era Coronel Cometa, pero todo el mundo lo llamaba Coronel Palomita. Mi fracaso clamoroso como vendedor de caramelos hizo que le cayera bien porque el trabajo se me daba peor que a él. El Coronel tuvo la gentileza de darme el menos cualificado de los curros: envolver caramelos en papel encerado.

La jerarquía del circo era tan simple como la del Ejército. Quienes montaban a caballo de pie estaban en la cúspide de la pirámide, seguidos de los trapecistas, los domadores, los payasos y el jefe de pista. Los frikis con números secundarios conformaban el nivel intermedio. Los demás iban a la deriva por la base y constituían su propio orden piramidal, fundado en convencer a sus pares de sus pericias personales. Los muchachos de la carpa estábamos en lo más bajo. No teníamos a quien despreciar, salvo a minorías y a homosexuales. Como la gente del circo los odiaba de por sí, a los muchachos de la carpa no les quedaba otra que afilar al máximo su intolerancia.

Al parecer, los técnicos tenían el curro más sencillo, así que tanteé a Krain, el iluminador, en relación con su trabajo. Me llevó hasta la cabina por una precaria escalera de mano. De las ranuras de una mesa metálica sobresalían varias palancas que controlaban la intensidad de los focos. Krain tiró de un cable eléctrico que había bajo la mesa, separó los dos hilos, se los encajó en los carrillos y los sujetó con los dientes. Poco a poco, accionó la palanca. Los ojos se le abrieron como platos y los labios se le contrajeron en una sonrisa macabra. A un cuarto de potencia, la cabeza y los hombros empezaron a temblarle. Devolvió la palanca al punto cero, se sacó el cable de la boca tranquilamente y me lo ofreció. Me bajé de la escalera.

Ni trapecistas ni jinetes se dignaban a hablar con nadie. Eran europeos, o sea que se consideraban superiores a los demás. Los dos payasos eran hilarantes en escena, y mucho después de haber visto el número todavía me reía. En sus esporádicos días libres, iban de pesca. Una vez los seguí, con la esperanza de hacerme una idea intangible del mundo privado de los payasos profesionales. Los observé desde unos arbustos. Llevaban cajas de aparejos y encarnaban los anzuelos como personas normales. Lanzaban y recogían, y no conversaban. Cuando uno cogía un pez, el otro asentía. La única diferencia con respecto a un comportamiento normal estaba en su método de quitar el pez del sedal. Con un movimiento feroz, arrancaban el anzuelo, llevándose por lo general trozos de las entrañas del pez. A menudo sangraba por las agallas.

Los enanos no caían bien a nadie, porque ganaban más dinero que los demás y rompían la tradición circense de no despilfarrar la pasta. En cada pueblo, se informaban sobre el mercado de valores.

Además de Pastelito, el circo presumía de tres tigres zarrapastrosos que se erguían sobre las patas traseras como mendigos, se subían a taburetes y se apiñaban en una caja grande. Un tipo disfrazado de mujer les daba latigazos en los costados rayados. Desconfiaba de él hasta que el Coronel me explicó lo de sus ropas: al público le asombraba más que el domador fuese una mujer. Por su desdén fulminante, el mayor enemigo del tipo de los tigres

era la Dama Papagayo. Los enanos la llamaban «la élite crustácea».

Formaba parte de un número que incluía a un mago en perpetua borrachera, una morsa amaestrada y a un tipo escuálido que doblaba hacia ambos lados todas las articulaciones y era capaz de hacerse un nudo. Había un forzudo que estaba muriéndose por ingerir tantos esteroides. Su hermano era un tragafuegos que me contó que lo más complicado era controlar los estornudos.

El *show* principal era el de la Dama Papagayo. En sus inicios había sido una simple tragasables, pero, como todos, quiso incrementar sus ingresos diversificando el número. Cinco años después, era la gran atracción. En su tienda no se admitían ni mujeres ni niños. La muchedumbre que congregaba el cartel enorme de SOLO HOMBRES no estaba nada mal, y en las noches flojas se admitían adolescentes varones, que pagaban el doble. Veía su número cada noche. Su carpa siempre estaba abarrotada, llena de humo de cigarrillo, y hacía mucho calor.

Entraba por la izquierda del escenario, con una túnica blanca, de cuello alto y manga larga, que la hacía parecer una aristócrata. El público enmudecía poco a poco bajo su mirada férrea. Tras un largo lapso de silencio, empezaba a hablar en voz tan baja que a todos nos costaba oírla. Cada noche contaba el chiste más guarro imaginable y hablaba de pollas, de coños y de follar de manera tan informal como las mujeres de aquellos hombres podrían conversar sobre niños y meriendas. La lujuria coagulaba una sensación palpable de culpa dentro de la carpa, y los hombres evitaban mirarse unos a otros.

La Dama Papagayo se quedaba muy quieta. Su mirada revoloteaba hasta la izquierda del escenario y se llevaba una mano a la oreja. Por la carpa flotaba una música de cámara suave. Con la gracilidad de una modelo de pasarela, se subía a su taburete y empezaba un *striptease* dolorosamente lento, de dentro afuera. Primero se quitaba una combinación, una enagua, los zapatos, las medias y otras dos enaguas, cada una con más volantes que la anterior. Lo último que se quitaba era el sujetador y las bragas. Nadie se movía. Todo el mundo sabía que debajo del vestido no llevaba nada, lo que resultaba más cautivador que si se hubiese

desnudado de verdad.

Encaraba al público y comenzaba a desabrocharse el vestido: empezaba por la parte alta del cuello de cisne y progresaba a partir de ahí. Se sujetaba la pechera y continuaba hasta el bajo vientre. Los hombres se inclinaban hacia delante, sin reparar en la postura que adoptaban. Cuando los brazos ya no alcanzaban los botones, se ponía de espaldas. La larga cola le tapaba las piernas. No se veía nada salvo su cabeza ligeramente ladeada y el vestido largo que, todos lo sabían, estaba abierto por delante. Así permanecía un buen rato. En vez de ir *in crescendo*, la música se debilitaba hasta el silencio. El haz del foco se estrechaba. Dejaba que el vestido le cayera de los hombros. Los tipos descargaban el aliento como si hubiesen recibido un potente puñetazo en las tripas.

Tatuajes brillantes de aves tropicales cubrían cada centímetro de su cuerpo. En las nalgas tenía dos papagayos, uno frente a otro, los picos que caían en curva hasta la raja, las plumas de las colas a lo largo del dorso de las piernas. Una bandada arremolinada de plumaje brillante le revoloteaba espalda arriba y por los hombros. Había periquitos posados entre tucanes y aves del paraíso. La exuberancia del follaje selvático asomaba entre las aves.

Se volvía despacio y revelaba un *yoni* rasurado desde el que un par de alas doradas se desplegaban hasta las caderas. Sobre cada pecho descansaban dos papagayos enormes y preciosos. De nuevo se daba la vuelta, moviéndose a un ritmo lento, hasta que, una vez más, encaraba a los hombres. Entonces sostenía un largo tubo fluorescente. Por detrás del telón negro se extendía un cable. Se abría de piernas para mantener el equilibrio y echaba la cabeza hacia atrás. Solo se le veía el cuello y la punta de la barbilla. Levantaba el fluorescente por encima de la cabeza y, muy despacio, se lo insertaba garganta abajo. Apartaba las manos y pulsaba el interruptor del cable que encendía el tubo. El foco se apagaba. El cuerpo le resplandecía por dentro e iluminaba las aves con una luz etérea, fantasmal, como de amanecer selvático. Apagaba el interruptor y la carpa quedaba a oscuras, salvo por la luz solar que se filtraba por debajo de los faldones de lona. Las luces se encendían de un modo

hiriente. El escenario estaba vacío. Había desaparecido.

Los hombres salían cegados y dando tumbos, parpadeando ante el sol. Yo nunca me perdía el número y siempre intentaba hacerme un hueco cerca de la primera fila. Tras diez o doce actuaciones, me había familiarizado lo suficiente con las aves como para empezar a mirarla a los ojos. Habría esperado una mirada ausente, pero contemplaba a los hombres con una mezcla de furia y deseo. Al final, vio cómo la observaba. Sentí vergüenza, como si fuese un mirón, una inversión curiosa de la lógica. Al día siguiente, me quedé en las últimas filas, pero me encontró. Su mirada se mantuvo fija en mí durante toda la actuación. Devastado, salí con la multitud.

El curro que más me reventaba era el de sacar picas, una tarea relegada al trabajador más inútil. Las picas eran ejes de coches muy bien clavadas en el suelo. Para sacarlas, antes tenía que ablandar la tierra a fuerza de golpear el suelo con un martillo. A veces trabajaba en un estupor rítmico, agradecido por tan sencilla repetición. Otras, la rabia por mi ocupación me carcomía.

Abandoné mi catre después de que una plaga de piojos que hizo que nos rascáramos como yonquis se extendiera entre los trabajadores. Si teníamos las manos ocupadas, nos retorcíamos y movíamos en un intento vano por aliviar el picor. Herví mis ropas y la visión de las liendres hinchadas entre las costuras me provocó náuseas. Aunque me proporcionaban techo y comida, el sueldo no me llegaba para comprarme ropa nueva. Cuando mi cepillo de dientes se rompió por el mango, decidí largarme.

Se lo conté a Barney, que me dijo que hablaría con Flathead para que me diera trabajo echando una mano como chico para todo con los animales. Durante las dos semanas siguientes viajamos por el sur profundo. En los pueblos más pequeños el público del circo se repartía en una noche para negros y una para blancos. Las mañanas de los domingos eran el único momento de integración, pero los grupos no se mezclaban. Barría estiércol, acarreaba comida y agua, y baldeaba a Pastelito dos veces al día. Barney me adelantó dinero de mi aumento. Me compré ropa y un cepillo de dientes. Por suerte, había guardado mi diario en la guantera de la camioneta de Barney.

Todo lo demás me lo robaron del camión litera.

El nuevo trabajo me dio más privacidad. Dormía debajo del camión y tenía tiempo para escribir en mi diario. Nunca releía una entrada. Representaban el pasado, y mi diario era una prueba de que yo existía en el presente. Mientras un acontecimiento se desarrollaba a mi alrededor, anticipaba cómo escribir sobre ello más tarde. Empezaba una entrada nueva donde había terminado la anterior y continuaba hasta lo inmediato, hasta el acto de escritura presente. Cada marca en la página era un gesto hacia el futuro, una codificación del ahora. De este modo, aprendí a confiar en el lenguaje.

Los domadores eran un grupo extraño; discutían sin parar, fumaban cigarrillos liados y tenían un único amigo: el animal. No tardé en liarme también yo mis cigarrillos. Durante las horas libres nos sentábamos en círculo a debatir los méritos y peligros de varios de los animales. Todo el mundo se burlaba de Arnie, el domador del gorila, por lo sencillo que era su trabajo. Gabe, el gorila, estaba viejo y medio ciego.

Una noche, el espectáculo se canceló a causa de un incendio en el pueblo que destruyó cuatro manzanas. Todo el circo se marchó salvo los domadores, que se quedaron para vigilar a sus animales. Compartimos una botella de *whisky* y empezamos con nuestra gresca habitual.

—Que no se te suban los humos, Barney —dijo el del tigre—. El elefante no es con el que peor se trabaja.

—El mío mata más gente de la que ha matado el tuyo de largo —dijo Barney.

—La cuestión no está en si mata —dijo el tipo—. Haz una temporada con cebras y acabarás echando en falta al elefante. Las cebras son lo más chungo que hay.

—Gilipolleces —dijo Arnie.

—Lo juro por Dios. En África, el peor enemigo de la cebra es el león. Eso la convierte en un contrincante chunguísimo.

Los demás sacaron el labio inferior y arquearon las cejas, el gesto de reconocimiento de los domadores.

—En mi opinión —dijo el de los caballos—, el peor de todos es el camello. Odio a los camellos con toda mi alma. No hay sitio seguro para trabajar con ellos, porque sueltan patadas laterales. No he visto patada lateral que no dejara alguna pierna hecha pedazos. Esos cabrones cheposos son tercos como mulas.

Barney bebió de la botella y se la pasó al siguiente.

—El elefante es el animal que más se parece al hombre.

—Gilipolleces —dijo Arnie.

—Es la verdad —dijo Barney—. Dobla las patas traseras hacia delante, como los humanos. Tiene las tetas delante, no detrás. Se larga para aparearse a solas.

—Los gorilas se parecen a los humanos diez veces más —dijo Arnie.

—Bueno, pues los felinos no —dijo el del tigre—. Eso me saca de la conversación totalmente. Lo único a lo que se parece un felino es a otro puñetero felino.

—Los caballos son más parlanchines —dijo el de los caballos.

—Gilipolleces —dijo Arnie—. Gabe y yo hablamos un montón.

—He oído una cosa de los gorilas que igual nos puedes aclarar —dijo Barney—. Pero te aconsejo que no le preguntes a Gabe.

—El qué.

—Los gorilas tienen harenes, ¿no?

Arnie asintió.

—En estado salvaje.

—Entonces no tienen que currarse demasiado lo de la compañía, ya me entiendes. —Barney inclinó la cabeza hacia mí—. Intento no hablar mal delante del nene.

Todos rieron y el del tigre me pasó la botella.

—Aquí el chaval sabe de qué va la cosa —dijo—. No se ha perdido a la Dama Papagayo desde que está con nosotros.

Todos rieron otra vez.

—Según he oído —dijo Barney—, los gorilas tienen las pelotas más pequeñas que cualquier otra criatura de la Tierra. Como no tenían que ir tras ninguna rajita, se les encogieron.

—Gilipolleces —dijo Arnie—. Son más grandes que las del

hombre.

—El puñetero gato las tiene hechas un gurruño y pegadas al ojete —dijo el del tigre—. Voy a tener que buscarme otro animal si quiero seguirle el ritmo aquí a la peña.

—¿Es verdad? —dijo el de los caballos—. ¿Lo de los gorilas?

—No —dijo Arnie—. Gabe y yo tenemos las pelotas igual de grandes.

—Eso no aclara mucho. —Barney sonrió con malicia a los demás—. Igual hace falta que nos saquen de dudas.

—Hablando de sacar —dijo el del tigre.

Abrió otra botella de *whisky* local, dio un buen trago y se la pasó a los demás.

—Tiene que ser difícil verle las pelotas a Gabe —dijo Barney—. Por pequeñas que las tenga.

—Solo hay que hacer que se ponga de pie —dijo Arnie—. Luego te agachas bien y lo alumbras con una linterna. Tienen buen tamaño, os doy mi palabra.

—Chris, detrás del asiento de la camioneta hay una linterna. Trae también la aguijada del elefante.

Crucé la oscuridad cálida del verano, rebusqué hasta dar con la linterna y volví. Los tipos se levantaron dando tumbos.

—A Gabe no le va a hacer mucha gracia —dijo Arnie.

—No se va a enterar —dijo el de los caballos.

—Claro que sí. Es más listo que cualquiera de tus jamelgos.

—Vale —dijo Barney—. Lo haremos de tal forma que Gabe no se entere de qué nos traemos.

—Mejor que nadie diga nada —dijo Arnie—. ¿Prometido?

—Hecho —dijo Barney.

Los demás asintieron. Fuimos hasta la jaula del gorila, que estaba atornillada a la plataforma de un camión. Arnie ató un plátano al extremo de la aguijada del elefante.

—Gabe —susurró Arnie—. ¿Estás despierto? —El par de ojos diminutos de Gabe aparecieron rojos ante el haz de luz de la linterna. Arnie balanceó el plátano—. ¿Tienes hambre? Te traigo un aperitivo de tapadillo. —Levantó la aguijada del elefante hasta que

el plátano quedó por encima de la jaula, justo por fuera de los barrotes—. Ve a por él, chicarrón.

Gabe se acercó a la parte delantera de la jaula. Nos agachamos en busca de un ángulo contrapicado mientras Barney apuntaba con la linterna hacia la ingle de Gabe. El gorila usó los barrotes para erguirse sobre unas piernas que parecían torcidas de por sí. Sus grandes muslos estaban cubiertos de pelo apelmazado.

—Arriba, Gabe —dijo Arnie—. Casi lo tienes.

El gorila se estiró aún más. Se sostuvo sobre una pierna y sacó la mano por encima de la parte superior de la jaula, a centímetros del plátano. Estiró la otra pierna para mantener el equilibro. Claramente iluminados había un par de testículos del tamaño de unas castañas. Los demás cayeron de cuclillas, riendo y aullando. Gabe se encorvó enseguida y retrocedió hasta las sombras. Los tipos rieron aún más fuerte.

—¡Hostias! —gritó Arnie—. Me prometisteis que estaríais callados.

—Tú ganas —dijo el de los caballos—. De calle.

Le pasó la botella a Arnie, que la tiró a un lado. Se hizo con la linterna y dirigió la luz más allá de los barrotes. Gabe estaba acuclillado en un rincón, cabizbajo. Nos miró apenas con un gesto de humillación horrible; luego se tapó la cara. Los tipos se callaron y se alejaron despacio.

—Hijos de puta —dijo Arnie—. ¡Lo prometisteis!

Siguió maldiciendo en la noche hasta que la voz se le quebró y oímos un sollozo. Empezó a hablar a Gabe en tono suave. Yo me arrastré bajo el camión del elefante para dormir, y me acordé de la preocupación de mis compañeros de piso por el peso del *lingam* de Marduk. La tendencia de los hombres a interesarse por los genitales de otro no es tanto sexual como una simple duda sobre cómo calzan comparados con los demás. La mayoría de los hombres necesitan confirmar que la herramienta de otro es más pequeña que la suya, aunque se trate de la de un gorila.

Después del almuerzo, Flathead siempre recorría las instalaciones para asegurarse de que todo el mundo estaba listo para

el espectáculo de la tarde. A veces los payasos o el mago tenían tal resaca que necesitaban una inyección de sacarosa y Dexedrina. Flathead llevaba una cajita con jeringas preparadas. Esa mañana Gabe se negó a desayunar, sin dejar de dar la espalda a los barrotes de la jaula. Flathead quiso ponerle una inyección, pero Arnie se negó y le prometió que lo tendría listo para la función. Gabe faltó a los dos pases y Flathead se cabreó. Si Gabe no espabilaba, le advirtió Flathead, lo mandarían a un zoológico mexicano.

Los domadores se evitaron unos a otros durante todo el día. Se ocuparon de sus animales y se acostaron sin hablarse. Barney me despertó de madrugada con golpecitos en los pies. Los domadores formaban un corro incómodo. El de los caballos daba pisotones al suelo mientras el del tigre iba de un lado a otro. Barney estaba muy quieto con Arnie a su lado, de espaldas a él.

Barney nos dio un plátano a cada uno. Se encaminó a la jaula del gorila y apuntó con la linterna para iluminarle la cara.

—Lo siento, Gabe —dijo—. Estaba un poco borracho. Cuando estaba casado, engañé a mi mujer. Ahora ya sabes algo sobre mí.

Peló el plátano y lo deslizó con delicadeza al interior de la jaula. Uno a uno, nos disculpamos con Gabe, que permaneció sentado en las sombras. Cada uno le contó algo personal y le dio un plátano. Cuando me llegó el turno, encaré la oscuridad y murmuré mi mayor secreto: el travesti de Nueva York. Gabe no dijo nada.

Arnie fue el último. Estaba llorando. Se abrió la bragueta y dijo:

—Ves, las mías tampoco dan para mucho.

Metió cuatro plátanos en la jaula y se apuntó el tanto de habernos obligado a disculparnos.

Nos largamos y los dejamos para que hablaran en privado. Al día siguiente, Gabe realizó su número de manera extraordinaria. Después del espectáculo, los domadores se sentaron en el corro de costumbre, discutieron sobre las sutilezas del estiércol y cada uno defendió a su animal.

El circo se adentró aún más en el sur y mi diligencia se vio recompensada con un ascenso que, como la mayoría de los aumentos que he recibido, significó mi perdición. Alguien lo había

dejado y Flathead me ofreció el curro debido a mi tamaño; la dieta y el trabajo extenuante del circo me habían costado varios kilos. Era prácticamente un espectro. Flathead me presentó al señor Kaybach, un tipo con el pelo sucio que hacía gala de su hedor. Mientras me pusiera a favor del viento, todo bien.

Me enseñó a embutirme en mi disfraz, un mono de hule con una cremallera oculta. Me aconsejó que si hacía calor llevara solo calzoncillos. Por dentro tenía un relleno andrajoso para ensancharme el pecho. Del torso me colgaban dos aletas que podía mover metiendo las manos con cuidado. La espalda del disfraz se estrechaba hasta un par de aletas de goma casi unidas. Una careta de un realismo sorprendente completaba mi transformación en morsa. Veía a través de dos rendijas diminutas entre dos colmillos. Kaybach me explicó el número y esperé ansioso mi debut dentro de la carpa a oscuras.

El público rodeaba una piscina llena que incluía una banquisa y unas rocas falsas. La giba oscura que veían era la Gran Morsa Amaestrada Louie, directa desde el estrecho de Bering, la más lista de las morsas en cautividad. Para llevar el engaño más allá, Kaybach volcaba una carretilla llena de cubitos de hielo en el agua fétida. Explicaba que Louie se comunicaba con simples meneos de cabeza y que sabía contar aplaudiendo con las aletas.

Decía mi nombre y yo me zambullía desde las rocas y cruzaba el agua poco profunda. Si me acuclillaba dentro del saco de hule, podía lograr que pareciera que Louie se erguía sobre los cuartos traseros.

—¿Eres una morsa hembra?

Yo meneaba la cabeza con energía.

—¡Es un macho, amigos! Fijaos qué colmillos. Perdimos a tres esquimales durante su captura. Una lástima. —Una pausa para que el público sopesara si corría peligro—. ¿Estás casado, Louie?

Otra vez meneaba la cabeza.

—¿Tienes novia, Louie?

Meneaba la cabeza.

—¿Buscas una?

Era la señal para que me lanzara por la piscina hasta la mujer

más próxima de entre el público. Por lo general, ella gritaba y la gente retrocedía. Kaybach me gritaba que me tranquilizara. Fingía desafiarlo durante unos segundos, antes de contonearme hasta el centro de la piscina. A esas alturas, ya se había filtrado agua suficiente como para dejarme la piel limosa.

—Ya saben cómo son los solteros, amigos —proseguía Kaybach con un guiño grosero—. Y todos sabemos lo que pasa con el marisco.

Hacía otras preguntas —en qué estado nos encontrábamos, quién era el alcalde— y presentaba una serie de opciones para que contestara sí o no. Cuando acertaba, me tiraba un pez muerto que yo forzaba por la solapa de la boca hasta que me caía frío y hediondo contra el pecho. Kaybach decía al público que solo sabía contar hasta diez y lo invitaba a dejarme KO con problemas de aritmética. Alguien preguntaba cuánto era cinco más dos. Kaybach me gritaba la pregunta y yo palmeaba las aletas siete veces. Tras varias sumas más, el gancho del circo se abría paso a empujones hasta la primera fila y gritaba que lo había visto en la tele y que era un fraude. Decía que la morsa estaba amaestrada para responder solo a la voz de su dueño, que hablaba en clave. Kaybach aseguraba a todos que aquello no era verdad. Proponía al tipo que hiciera una pregunta, siempre que la respuesta no fuese superior a diez.

—Raíz cuadrada —decía el gancho.

—¿Eso qué es? —preguntaba Kaybach.

—Un cálculo numérico. —El gancho se volvía hacia el público —. Ya sabéis, del instituto. La raíz cuadrada de cien es diez porque diez veces diez son cien. —El público asentía y el gancho se volvía hacia mí—. Vale, Louie, ¿cuál es la raíz cuadrada de nueve?

Se daba media vuelta otra vez y enseñaba tres dedos de manera que el público pudiera verlos pero yo no. Kaybach empezaba a farfullar una protesta. El gancho lo mandaba callar y me repetía la pregunta. Para incrementar el suspense, esperaba treinta segundos antes de palmear tres veces con mis aletas.

El público siempre aplaudía, más por ver a una morsa callar a un bravucón que por la respuesta. Incrédulo, el gancho meneaba la

cabeza. Kaybach me lanzaba un pescado y hacía la última pregunta.

—¿Eres una morsa, Louie?

Yo meneaba la cabeza.

—Oh, entonces supongo que te crees humano…

Yo asentía muy deprisa.

—Lo siento, Louie. No eres más que una morsa. Jamás serás un hombre.

Me hundía en el agua, ejecutaba una desmañada maniobra circular y me escurría tras una roca. Kaybach daba las gracias a todo el mundo y pedía un fuerte aplauso para una morsa tan lista como para conocer la verdadera tristeza: nunca sería humano.

Tenía un descanso de media hora antes de empezar otra vez con un gancho nuevo y una pregunta falsa distinta. Me había convertido en artista de circo o, en la jerga de Barney, en un acalambrado. El término provenía de los efectos de los largos trayectos nocturnos en carreta de antes, tras los cuales los artistas pasaban un par de horas estirando para aliviar los calambres del cuerpo.

Las barracas se apelotonaban en mitad de una feria ambulante tan retorcida como el rabo de un cerdito. Hasta el inofensivo lanzamiento de anillas estaba amañado. Los operarios eran una panda de timadores y dejaban que algunas personas ganaran premios grandes, bien ostentosos. Escogían a los ganadores con cuidado. La mejor inversión estaba en las parejas jóvenes o en una familia que fuese en grupo. Obligados a cargar con el premio lo que durara su visita, los ganadores les hacían publicidad. Al principio del día ganaba mucha gente; hacia el final, nadie.

Como acalambrado hecho y derecho, tenía acceso a la zona restringida: el pasillo de los artistas. Allí, los payasos jugaban al ajedrez, los trapecistas desdeñaban a quienes se limitaban a lo terrestre y los enanos se pasaban la mayor parte del tiempo acosando a la Dama Papagayo. Amenazaban constantemente con desplumarla y comentaban sin tapujos sus presumibles habilidades felatrices.

Un domingo, en una comunidad tan religiosa que no permitió que el circo abriera sus puertas hasta pasado el mediodía, el calor alcanzó los treinta y siete grados. Solo los trapecistas y la Dama

Papagayo tenían remolques con aire acondicionado. Los demás nos sentamos medio desnudos en las sombras disponibles. Los enanos entonaron una canción de amor en la escalerilla de aluminio de la Dama Papagayo, que abrió la puerta tan fuerte que la estampó contra el remolque. Los enanos retrocedieron como plantas rodadoras.

—Más vale pájaro en mano —dijo uno.

—Que matojo volando —dijo el otro.

—Yo tengo aquí un sable que no le va a caber.

—Largaos, mierdecillas —dijo la Dama Papagayo. Se apoyó en la jamba bajo el calor abrasador—. Eh, hombre morsa —exclamó—. Ven aquí.

Todos los acalambrados salieron del duermevela; me miraron entre parpadeos, luego a ella. La ropa se me pegaba al cuerpo.

—Guárdame un sándwich —dijo uno de los enanos.

El aire acondicionado del remolque me enfrió el sudor del cuerpo. Hizo un gesto hacia un sofá. De cada ventana colgaban unas cortinas a cuadros y un retrato autografiado de Elvis Presley descansaba sobre una televisión diminuta. El cuarto era muy pequeño y estaba muy ordenado.

—¿Sed? —dijo—. ¿Quieres beber algo?

Asentí y, de una jarra, sirvió un vaso de un líquido claro al que añadió hielo y una aceituna.

—En verano no hay nada mejor que un martini —dijo.

Como no quería que supiera que nunca había probado una bebida tan exótica, me lo bebí de un trago y le pedí otro.

Arqueó las cejas y me lo sirvió. Me bebí la mitad por educación.

—Lo único que odio más que a los enanos —dijo— es el circo. —Llevaba un largo vestido blanco de cuello alto con unas mangas que le llegaban hasta las muñecas. Ningún tatuaje quedaba a la vista. Una máquina de remos ocupaba un tercio del espacio del remolque. Me llenó la copa y se sirvió otra—. Este es mi cuarto circo —dijo—. He trabajado con mujeres gordas, barbudas, con gemelos siameses, con gente con la piel gomosa y con enanos. Con el hombre trípode. Con un gigante. Engendros por naturaleza, engendros todos menos

yo.

—Menos tú.

Me tendió el vaso para brindar y vacié el mío. Me lo rellenó. Nos sentamos frente a frente. El cuarto era tan estrecho que nuestras rodillas se tocaban.

—Me odian porque no entienden por qué iba a elegir alguien ser un engendro. Tardé cinco años en tatuarme. No puedes hacértelos todos a la vez. Hice que me tatuaran los mejores artistas del país.

—¿Te dolió?

—Ahí está la cosa. El engendro tiene que sufrir, y quise ser uno de verdad. Ahora todos pueden ver que soy un engendro. Al final sufrí para conseguirlo.

Asentí, confundido. Había una fila de muñecas en una estantería fijada con escuadras a la pared. Sirvió más copas y se acomodó en la silla. Se cruzó de piernas con delicadeza y los dedos de los pies le quedaron a la vista. No llevaba joyas.

—Los odio porque son lo que yo era en secreto, antes de los tatuajes. Yo también era un engendro. Pero no os dabais cuenta. Estaba harta de dañarme por dentro, como ellos. Odio mis tatuajes y odio a los hombres que pagan por verlos. Nadie sabe nada de mi interior. Con los demás engendros pasa lo contrario. Por dentro son normales, pero están atrapados en cuerpos de engendro. Yo no.

—No sé de qué me hablas.

—Por eso te lo estoy contando.

—¿El qué?

—No puedo tener hijos.

Di un sorbo a mi copa. Necesitaba un cigarrillo, pero no veía ningún cenicero. No sabía qué decir.

—Ya —dije.

—Es lo más amable que me han dicho nunca.

—Podrías adoptar.

—¡Calla! —dijo—. He visto anuncios de adopción en el periódico. «Llamada a cobro revertido», dicen. «Todos los gastos pagados». No pienso comprar un bebé. Será mejor que te vayas. No cuentes nada a nadie. Que crean que hemos follado como conejos.

Me puse de pie y caí de lado hacia el sofá. Despacio, avancé hasta la puerta y me volví para despedirme. Sus manos pálidas le cubrían la cara. Estaba llorando.

—Adoro a esos enanos —dijo—. Son mis hijos.

Abrí la puerta, alcancé el último peldaño y entonces me caí. El contraste entre las temperaturas fue súbito y fuerte como un gancho de derecha. Alguien me ayudó a levantarme. El polvo en mi piel se tornó barro por la sudoración repentina. Un trapecista me acompañó a un camión y me tumbó a la sombra.

Una hora después, Kaybach me despertó de una patada y me regañó por llegar tarde, aunque conocía el motivo. Lo seguí dando tumbos. Feriantes y acalambrados movían las cejas, guiñaban y sonreían. Una amazona me acarició con la mirada como si fuese el último caballo salvaje de las montañas Bighorn. Apenas tuve tiempo de embutirme en mi disfraz cuando Kaybach empezó a arrear a los pardillos al interior.

Nuestra carpa no tenía ventilación y dentro la temperatura era como cinco grados superior. En la superficie del agua se había formado una costra. Cuando me tumbé en las rocas, el mundo empezó a dar vueltas. Si cerraba los ojos, me mareaba el doble. A lo lejos, Kaybach me dio la entrada, y me di cuenta de que llevaba gritando un buen rato. Me zambullí en el agua fétida.

Me las arreglé para superar los números preliminares porque Kaybach me repetía las frases con paciencia. Como recompensa, me tiró un pescado, que introduje obedientemente por la solapa de la boca. Estaba hinchado por el calor. La peste a pescado se mezclaba con el fuerte olor a ginebra que rezumaban mis poros. Apreté los dientes para contener las náuseas. Mientras Kaybach peroraba sobre mi inteligencia, empujé el pez muerto de nuevo al agua. El olor se me pegó a la barbilla y a la cara. Se había filtrado agua por las rendijas y me había recubierto de un amnios de mugre. Sentía punzadas en la cabeza. Si no me movía, la tripa no se me descontrolaba.

Kaybach me hizo las preguntas de sí o no. Me acuclillé para que la morsa se irguiera sobre los cuartos traseros; cada movimiento

suponía un esfuerzo. Notaba la máscara soldada a la cara. Kaybach me lanzó un pescado que me rebotó contra el torso. La mera idea de cogerlo fue mi ruina. El estómago se me revolvió y sabía que el vómito me ahogaría. Kaybach gritaba. Yo tenía la cara bañada en sudor.

Saqué las manos de los huecos para las aletas, coloqué los brazos en posición y regalé al público la rara visión de una morsa decapitándose. La máscara cayó al agua con un salpicón. Vomité un torrente que salió en arco por el cuello de Louie. Kaybach se metió en la piscina y echó a gritos a todo el mundo. La gente voceaba y exigía que le devolvieran el dinero.

Nadé hasta la seguridad de mi banquisa falsa. El agua había entrado a borbotones en el traje de hule y por un momento temí ahogarme. Dejé el disfraz en el agua, gateé hasta el borde de la carpa, levanté el lienzo y cogí aire. El aire a treinta y siete grados me supo a gloria y a dulce. Las carpas de los números secundarios estaban casi pegadas a la principal, separadas por un espacio pequeño para piquetas y cuerdas. Hui por el pasillo en ropa interior. Ni Pastelito ni Barney estaban en el camión. Me enjuagué el cuerpo en su cuba de agua potable y me puse la ropa que me quedaba. El aparcamiento era un campo ondulado con la hierba apisonada. Los lugareños lo mantenían por pocos dólares y entradas gratis. El tercer coche me recogió. Veinte minutos después me encontraba en un pueblo de cuyo nombre no me acuerdo.

Me orienté de tal forma que el sol poniente quedara a mi izquierda, y caminé hacia el norte. La Osa Mayor apareció al anochecer. De Kentucky salieron Abe Lincoln y Jeff Davis. Como los hombres del Kentucky de la Guerra de Secesión, yo era leal a la ausencia de rumbo. No era un acalambrado ni era un engendro, ni yanqui ni confederado, ni jefe ni mendigo. Y tampoco daba para dramaturgo.

El otoño ha huido en una nebulosa de viento y hojas. La primera helada no acaba de aflojar y afianza el frío en la tierra. Rita salió de cuentas hace unos días. Si el bebé no se presta a nacer pronto, la médica inducirá el parto dentro de una semana. Junto a la puerta hay una maleta con comida, pañales, tabaco, una baraja de cartas y un libro con nombres de bebés que me recuerda a una guía de identificación de fauna. Rita está agotada de tantos andares incómodos, de que yo esté siempre en medio. Nada puedo hacer para reconfortarla. Ella escucha una música interior y yo solo oigo la llamada del bosque.

El cielo es una cúpula de azul macizo, pálido en las lindes, como si el mundo flotara dentro de un globo. Más allá del perímetro yace la eternidad, la ausencia de gravedad y de luz, ese mundo en el que existe nuestro hijo. Se dice que el feto sueña en el útero. Supongo que debe de recordar el breve transcurso de su tiempo: las branquias y la cola de la quinta semana, el periodo posterior, en el cual carecía de miembros, cuando los órganos empezaban a surgir. Los huesos se forman durante la vigésimo sexta semana. Un mes más tarde, el cerebro ha doblado su tamaño, y su capacidad para soñar aumenta.

Anoche soñé que Rita daba a luz un niño que también era mi padre. Yo me convertía en el de en medio, rechazado e ignorado. Esta mañana Rita estaba acostada de lado, con las manos juntas por debajo de la tripa enorme, como si ofreciera su hijo al mundo. Dijo que el bebé se había pasado la noche dando patadas. Avivé el fuego y me fui al bosque.

El viento alejaba a rachas la nieve del río y formaba un polvo que cambiaba como si fuese vapor. Las torvas a ras de suelo dificultan la visibilidad. Parece que uno camine a través de una neblina de tiza.

Como prefiero que sea niño, digo que quiero una niña para no llevarme una decepción. Rita es honesta. Es la primera en asegurar que será niño; ha elegido confiar en su biología. La esperanza normal y corriente no le sirve.

Al año nacen más mujeres porque los espermatozoides X viven un poco más durante la búsqueda del óvulo. Los hombres, con menos posibilidades de nacer, mueren en mayor medida. Soy el primogénito de un primogénito de un primogénito, y quiero dar continuidad al ciclo. Rita dice que será niño. Espero que no se equivoque.

El aire frío me entumece la cara por encima de la barba. Hay días en que los de la radio prohíben beber agua del grifo a las mujeres embarazadas. La compramos en garrafas de tres litros y nos preguntamos cuándo se romperá el amnios. Hace poco, Rita despertó empapada de la siesta, las sábanas frías pegadas al cuerpo. Me llamó a gritos, ilusionada, segura de que había llegado el momento. Corrí a su lado. Las manchas de las sábanas eran de un violeta pálido, un color que me asustó. Se me secó la boca. Froté las sábanas y me olisqueé los dedos: el leve aroma a uvas me sorprendió. Rita se hizo a un lado. Junto a ella, enterrado bajo las mantas, había un vaso de zumo vacío. Hubo risas, siempre con demora, demostraciones de vida.

El mes pasado hubo luna llena, dos en el mismo mes. Fue la más radiante de nuestras vidas, no estaba tan cerca de la Tierra desde 1912. Mareas enormes anegaron las dos costas. Como los humanos somos un sesenta por ciento agua y cargamos a perpetuidad con más de cuarenta litros en nuestros cuerpos, la luna también nos afecta. Pensé que eso sacaría al bebé del vientre, pero Rita ni siquiera tuvo las Braxton Hicks, unas contracciones que se conocen como parto falso. Las madres primerizas tardan más en dar a luz. Los padres primerizos, he descubierto, tardan más en dormirse por las noches.

Rita es el centro de nuestras vidas y su vientre, el núcleo. Siento la inutilidad del trabajador despedido, cómo la sensación de que puedo servir de ayuda se desvanece. Me queda el recuerdo de la última vez que tuvimos sexo, hace dos meses: literalmente, el bebé

se interpuso entre nosotros o se balanceó por debajo. Me sentí como un intruso y esperé no hacer daño a lo que fuese que viviera dentro.

El viento cesa de repente y veo huellas vagas de zorro al pie de una elevación del terreno. El viento ha acumulado nieve en un lateral de las huellas, que me recuerdan más a las de un gato que a las de un perro. Sigo el rastro, consciente de que ver un animal requiere abandonar toda esperanza, así como Rita ha abandonado toda esperanza en conocer el género del bebé. Lo sabe sin más. El viento arroja rocío por los aires y me encorvo, sin apartar la cara del derrotero de las huellas. La nieve me da en la cara, me baja por el cuello. Empieza a dolerme la rodilla mala. El zorro nunca caza con el ánimo de hallar una presa, sino con *yarak*, una palabra árabe que significa «condición cazadora, dispuesto a matar». A medida que perdíamos nuestro instinto animal, lo reemplazamos por los velos de la razón, el amor, la superstición y la esperanza. El zorro nunca espera un género concreto. Solo los humanos lo hacen, y eso nos convierte en la más desesperanzada de las especies.

Cuando nazca, el cerebro de mi hijo tendrá el mismo tamaño que el de un bebé gorila. Mi padre está calvo y no tiene dientes, exactamente igual que cuando nació. Al tener una infancia prolongada, ganamos la capacidad de aprender el alfabeto, matemáticas, el sentido del asombro y la duda, a matar por placer. La palma de la mano de un bebé con síndrome de Down tiene dos líneas en lugar de tres, como la de los simios. Mi padre suele tener la palma de la mano húmeda. De pequeño, cuando cometía algún error, me llamaba cretino, y yo me enorgullecía porque pensaba que se refería a que provenía de la isla de Creta. Mi esperanza es que mi hijo no sea como yo.

Los cardenales rebanan el aire como gotas de sangre. El viento amaina y deja nieve apilada contra un retoño y una pila mayor en el árbol padre. Las huellas del zorro han desaparecido en el suelo barrido del bosque y avanzo en la dirección hacia la que se dirigían mientras trato de imaginar al zorro dando rodeos en torno a montones de matorral, girando hacia el borde del agua. Bloques de hielo flotan en silencio. Una hija tiene más sentido, ya que es

probable que sea más duro con un hijo. Es mi herencia, mi instinto, tan poderosos como las garras de un cárabo en el lomo de una ardilla.

Los troncos de los arces a lo largo de la ribera son demasiado anchos para la altura que tienen; las raíces llevan décadas absorbiendo agua y ensanchan los troncos, pero no las ramas. Se han hiperdesarrollado, como los espartanos, los romanos, los antiguos habitantes de Creta. El viento del sur reviste de nieve el costado de cada arce. En el otro crece musgo. En sus troncos huecos viven varios animales, y de noche dan patadas. Dentro del vientre de Rita crece un niño, y confío en que las esperanzas que tengo depositadas en que sea niña sean ignoradas. Más adelante, el zorro es lo suficientemente listo como para confiar en que voy a irme. Se limita a esperar: sabe que acabaré marchándome.

Sigo el río a través del aire matutino de nieve, que parece humo. Mi hermana fue la primera chica en participar en la Little League[16] de nuestro condado; mi tía, la primera contable pública; mi abuela, la primera de la familia en graduarse en el instituto. En mi familia, a las mujeres les va mejor que a los hombres. Viven más, destruyen menos, son lo bastante listas como para tener esperanzas. Aun así, quiero un niño, el sueño de muchos hombres.

Cerca de la linde de árboles, encuentro huellas recientes de zorro y advierto que ha desandado el camino en mi dirección; como ahora estoy aquí, es probable que haya vuelto a desandarlo. El zorro me observa mientras yo hago lo propio con mis pensamientos. Nada importa: ni el género ni la esperanza, ni siquiera la salud. En cualquier caso, se acabó, todo se decidió hace nueve meses, instantes después de la última gresca celular por la fertilización. El embrión es asexual hasta el cuarto mes, cuando los genitales comienzan a formarse. Las mujeres romanas que no parían un heredero varón eran ejecutadas, pero ahora sabemos que el espermatozoide es quien decide el género. Un hijo cargará con el apellido; una hija carga con el bebé.

Huellas de liebre conducen a una zona de hojas esparcidas del color de unas monedas encontradas entre la grava. Las inmensas

patas traseras de la liebre le impiden caminar hacia atrás. La visión de un picapinos abarca trescientos sesenta grados sin necesidad de girar la cabeza, pero la única especie poseedora de una mirada retrospectiva es la nuestra. Rita dice que no se acuerda de cuando no estaba embarazada. Ya no se acuerda de lo que sueña.

Ayer, un coyote nómada acorraló a un mapache en un árbol; luego continuó con su vagabundeo río abajo, algo raro en Iowa. El viento ha borrado las huellas. Envidio su estilo de vida temerario: el animal solitario que busca diversión, como el soltero romantizado, el casadero perpetuo, el lobo solitario, el *cowboy* de los libros y las películas. La belleza del coyote reside en su incapacidad para ponderar el pasado. Es feliz en manada o a solas, honra a la luna, el ciclo femenino. Pronto mi libertad tocará a su fin. Nadie es perfecto, pero de los padres se espera que lo sean.

Me deslizo por un espacio estrecho entre tres arces que biselan el cielo. A mis pies yacen unas vainas. El sol no derretirá la nieve hasta la primavera. En el siglo V a. C., Píndaro escribió que el hombre es el sueño de una sombra. Rita lleva mucho soñando con un niño. Mi padre sueña con un heredero. En el mundo oscuro del vientre de Rita, el feto sueña con más espacio. Pienso en el futuro, en que mi hijo adulto me saca a hurtadillas del hospital y me lleva a morir al bosque. Los árboles sueñan con que muera el hacha. El copo de nieve sueña con encontrar a su gemelo.

Caminar hasta casa se hace duro y renqueo en el viento. La nieve vieja por debajo de la nieve en polvo de hoy ralentiza mis pasos. Mi mente es el zorro que se mueve en círculos, seguro de su instinto, de camino a su madriguera. En casa, le cuento mis pensamientos a Rita; le digo que nada importa. Disiente.

—Ahora todo importa —dice—. Más que nunca.

Pasé una semana haciendo dedo dirección norte, con el sextante orientado hacia Nueva Inglaterra, tan decidido como Colón. Asalté la región convencido de que encontraría un nivel más elevado de civilización, ausente en el resto del país. En vez de eso, lo que encontré fue una habitación en Salem, Massachusetts, con un desertor polaco llamado Shadrack. A todas las puertas de nuestro piso les habían robado los pomos. Ninguna cerraba. La habitación individual que compartíamos era una cocina amplia y sin ventanas llena de platos sucios. Sobras desperdigadas rodeaban el cubo de la basura como nieve aventada.

La noche que nos conocimos, Shadrack me confió que dos tetas tiran más que dos carretas. Su vida tenía cuñas en todas las junturas y ya había empezado a calzarlas. Durante el invierno, dormía en una tienda de campaña verde lima que montaba en la cocina. A cambio de hacer de vigilante de seguridad, Shadrack disponía de un estudio de pintura en una fábrica de tizas abandonada junto al río. Polvo de tiza le cubría el cuerpo como a un cadáver surgido del limo. Para mí era el amigo perfecto: estaba tan ávido de compañía que hablaba con los ratones de su estudio.

Yo había dejado la pintura por la escritura y él era un poeta que ahora pintaba. Éramos siameses inversos, unidos por el intelecto. Nunca terminaba los cuadros; en eso me sacaba ventaja, porque yo no me había puesto todavía con ninguna obra. A su debido tiempo, escribiría un único texto que no solo acabaría con la necesidad de más, sino que anularía el teatro imperante. Una obra que incrustaría mi masculinidad en un muro.

Mi adhesión al diario entró en un terreno extraño en el que veía mis interacciones directas como una forma de vivir para él. Si

montar en bicicleta en mitad de una nevada me parecía buen material para una entrada, pedía que me prestaran una durante una ventisca. El trayecto en sí no importaba. Lo que hacía era intentar observarme del modo más meticuloso posible mientras me imaginaba escribiéndolo todo más tarde.

El proyecto de Shadrack consistía en montar una escultura con objetos que robaba a sus amigos. Cuando algo no aparecía, me limitaba a ir a su estudio y lo recuperaba sin que me viera. Si me pillaba, se quejaba de que estaba profanando la santidad de su trabajo. Todo acababa con una larga discusión en la que le ofrecía cambiárselo por otro objeto de mi propiedad. Su actitud con respecto al dinero era un poco más evolucionada; de hecho, nunca lo robaba. Si tenía efectivo, Shadrack me exigía una parte. Vacilé hasta que me di cuenta de que no solo acababa por devolvérmelo, sino de que aquella práctica me autorizaba a coger su dinero. Una vez vivimos dos meses de los mismos diez pavos que nos pasábamos el uno al otro. Saber que me debía dinero o que me prestaría algo atenuaba el hambre y la desesperación.

En el circo le había cogido el gusto a trabajar al aire libre, y rápidamente pasé por tres trabajos: en un lavadero de coches, de jardinero y vendiendo flores con un carrito. Así conocí Salem, fundada en 1626 y ahora en descomposición y envuelta para regalo como el vientre de una momia. Tras el fracaso de sus muelles y sus acererías, la ciudad se encomendó a su vergonzosa historia para sacar dinero del turismo. Los equipos de baloncesto de instituto se llamaban las Brujas. Hacía poco que habían convertido una iglesia en un museo de brujas. Los visitantes metían la cabeza en cepos holgados y se sacaban fotografías para enseñárselas a sus familiares.

Los primeros colonos de Salem estaban tan moldeados por el calvinismo que veían a los nativos como demonios o como la tribu perdida de Israel. Al parecer yo formaba parte de la primera categoría. Como en Nueva York, mi acento me delataba, no tenía referencias locales y mi currículum no impresionó a nadie. Solicitaba trabajos para los cuales mi falta de cualificación resultaba grotesca solo por crear un teatro para la posterior entrada en mi diario.

Cuando el flujo de dinero entre Shadrack y yo se desequilibró, concebí una historia falsa e intenté conseguir mi primer curro profesional. Me compré una camisa blanca en una tienda de la beneficencia y con un espray de pintura negra hice que un par de zapatos marrones quedaran aceptables para una entrevista. Me contrataron en un bar restaurante como camarero.

Entre proyectos artísticos, Shadrack perseguía mujeres y leía libros de ciencia; se consideraba un físico profano. Mi ineptitud con las mujeres lo dejaba perplejo, fenómeno que observaba con la misma curiosidad que sentía por la mecánica cuántica. A modo de experimento, me presentó a varias niñas pijas que hablaban sin mover los labios, preocupadas por las futuras arrugas en la cara que un exceso de expresividad podría causarles. Esa rigidez de mandíbula por defecto me recordó a un niño de mi tierra al que había mordido un perro rabioso. El padre del chaval mató al perro, le cortó la cabeza y la envió a Frankfurt para que analizaran el cerebro. En el transcurso de una estación, al niño le pusieron un centenar de inyecciones en la tripa para curarlo. Me preguntaba qué encontrarían los científicos en una muestra tomada del córtex desgreñado de aquellas mujeres costeras.

Shadrack las llamaba truchas y consideraba un deporte seducirlas. Se declaró mi profesor de pesca y me guio por los bares de solteros sin rostro entre nebulosas de cocaína. Sentía una envidia enorme por la ballena azul, portadora de un *lingam* de casi tres metros que podía empinar a voluntad. Aunque era un alumno pésimo, Shadrack nunca se cansaba de aleccionarme. Según él, la física de la pesca era fácil.

—Tienes que maximizar tus opciones con una matriz de sedales —dijo—. Confía en el cebo y olvídate de la materia. Recuerda las leyes del movimiento de Newton. Tienes que comportarte como una onda de partículas. Mantente alejado de los bajíos, las gigantes rojas y los pulpos. No tengas miedo de dejar que las truchas se paseen. Y, recuerda, Chris, jamás des tirones a tu caña.

Cinco noches a la semana largábamos redes en las diversas corrientes del barrio y las recogíamos a la hora del cierre. Las mías

siempre llegaban vacías. Mis esfuerzos por ligar eran, a lo sumo, absurdos; ni siquiera era capaz de decidir qué andaba buscando, y asumía que las mujeres lo sabían. La danza de cortejo me parecía arcaica, estúpida y cara.

Para cumplir con Shadrack según sus costumbres, una noche pasé al sexo anónimo subatómico. La chica y yo estábamos bastante borrachos. Dimos un paseo hasta su casa. Me hundió en una butaca y mi bragueta se abrió como las fauces de la vida. Subió a bordo y se empaló, inmovilizándome contra la butaca en un ángulo raro. Tenía la cara tensa y hacia arriba, los ojos cerrados, las venas del cuello le palpitaban. Su sudor y su saliva me goteaban en la camisa. La butaca daba contra el cristal de la ventana a un ritmo frenético. Me dolía todo y me sentí mareado. Por fin, su cuerpo se combó entre sacudidas y temblores, en un colapso gradual. Habíamos acabado nuestro encuentro más vestidos que desnudos.

Se despegó de mí y abandonó mi *lingam*, que, duro como el basalto, latía pidiendo alivio. Fue hacia la cama. Pensé que igual íbamos a cambiar a una postura más cómoda, pero cuando me tumbé a su lado estaba llorando. Eso me desconcertó del todo.

—No me mires —dijo.

—Qué más da, está oscuro.

—Esto no está bien.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —dijo.

—No es fácil acostarse con alguien a quien no conoces.

—Para mí lo era.

—Vamos mejorando.

—¿No estás cabreado? —preguntó.

—¿Por qué iba a estarlo?

—El tipo de la semana pasada se cabreó.

—Será mejor que me vaya.

Me atrajo hacia sí con delicadeza. Llevaba un collar con una pequeña mazorca de oro, un *shibboleth*. Procedí a cosechar en silencio. Como diría Shadrack, nuestros electrones compartidos generaron un breve vínculo covalente, y enseguida me escabullí.

Despertar resacoso y abrazado a una desconocida era peor que la trena.

Unos días más tarde, mencioné la sordidez del lío a Shadrack, que me sugirió pasar a la siguiente categoría de garitos. Había empezado a merodear por los bares de turistas en busca de mujeres ricas para criar una prole de niños atléticos con los ojos azules. Su futura mujer debía tener los lóbulos de las orejas pegados a la cabeza. Se citaba con herederas de viejas y de nuevas fortunas, con hijas de políticos y de empresarios. Nunca acabó de entender que muchas mujeres disfrutan los rollos breves con artistas. Abrían las piernas como tijeras ante la oportunidad de agraviar a papá introduciendo a un canalla en el acervo genético. No había familia que quisiera a uno de los nuestros en la leñera, y menos un tarugo recién cortado como yo.

Shadrack me acompañó a una taberna de postín con un trío *de jazz* en un rincón. Los músicos y los camareros iban de traje. Shadrack me había prestado una corbata, pero me sentía como un fugitivo cuya historia conoce todo el mundo. Pidió un cóctel de un color y un olor extraños y me dijo que le ayudaba a camuflar una halitosis motivada por unos dientes podridos que se le mellaban como perlas. Se había fijado en una mujer con unas narinas perfectas. Le sugerí que se presentara.

—No sé —dijo—. Cada vez que la miro me acuerdo de mi exnovia. Eso hace que me acuerde de la anterior, y luego me acuerdo de mi madre. Y, cuando me acuerdo de mi madre, me acuerdo de la Virgen María y luego de que san José no echó un polvo en su vida. O sea que igual hablo con ella en nombre de san José.

Se alejó a zancadas, un hombre con la altura de un palo de escoba y el porte magnífico de un oficial de carrera. Coronaba su paso natural con unos saltitos de puntillas que le daban unos centímetros de altura extra. Escruté la fila resplandeciente de botellas que había detrás de la barra y pedí un chupito de triple seco. El camarero me echó una mirada peculiar que me agradó; solo los auténticos privilegiados lo tomaban solo. Pedí otro y luego otro.

Varias horas después, abandoné la barra dando tumbos y me fui

a casa a pie. Desperté bocarriba, sobre una blandura que me recordó a la de la hierba. Las gaviotas soltaron sus tristes graznidos. Me dolía la cabeza. Cerré los ojos ante lo que era sin duda un sueño y más tarde desperté en el mismo sitio. Poco a poco me di cuenta de que aquel azul agradable en realidad era el cielo y de que estaba al aire libre. Tenía la ropa empapada por el relente. Volví la cabeza y vi que la hierba se extendía por un espacio inmenso sin árboles. Entré en pánico ante la idea de haberme desmayado en el jardín de algún ricachón. Me puse de rodillas y tragué saliva para contener las arcadas. Notaba la tripa unida al cerebro por un cable. Un pequeño montículo de tierra se alzaba a lo lejos. Estaba en el campo de béisbol del Instituto Salem. Gateé hasta la línea de *foul* y me dormí a la sombra de un puesto de perritos calientes cerrado con llave. No he vuelto a beber triple seco.

Unas semanas más tarde llegó una carta de mi hermano en la que me anunciaba sin ambages que iba a ser padrino de su boda. Hace veintinueve años, mis padres se mudaron al interior de las colinas para criar a su camada en privado. Quitaron las ganas de visita a sus respectivas familias, quebrantando así la premisa de la cultura de los Apalaches. Mi madre y mi padre nos explicaron que era por nuestro bien. No tuve más historia que la de mi padre, no tuve más amor que el de mi madre. De adultos, ninguno escribía ni llamaba. Lo que había empezado como un claustro muy unido ahora servía de barricada. Nos habíamos convertido en esas personas de las que nuestros padres buscaban protegernos: parientes lejanos.

Llamé a Dane a cobro revertido y le dije que haría autostop hasta allí, con la esperanza de que retirara la propuesta. En vez de eso, se ofreció a recogerme, y yo accedí de mala gana, aterrorizado ante la idea de que diera testimonio de mis circunstancias. El miedo se convirtió en enfado con mi hermano por casarse antes que yo. Era el mayor, estaba en mi derecho. El enfado dio paso a una tristeza lúgubre, al darme cuenta de que nunca había estado en una boda y de que no conocía a nadie que estuviese casado. Casarse era algo que hacían las personas adultas hechas y derechas; yo todavía batallaba con una prolongación de la adolescencia, como un Colón perdido en

la niebla. En cambio, mi tocayo, hijo único, se había ahorrado los peligros de un hermano. Lo más probable era que Dane se sintiera igual.

Dane y yo estuvimos muy unidos hasta que mi comportamiento viró hacia la ilegalidad. Nuestra ruptura llegó cuando robé un juego de fútbol eléctrico para limpiar las semillas de cien gramos de marihuana. La vibración suave me venía de perlas, pero Dane no compartía mi orgullo por aquella ingenuidad. Montó en cólera ante las semillitas que se colaron por la zona de anotación.

Unos meses después el *sheriff* del condado llamó a la puerta con una orden para detener a Dane. Mi madre lloró y mi padre palideció tras un rictus de incredulidad. Yo vigilaba desde el cuarto de baño, consciente de que en la orden figuraba el nombre equivocado. Fui a la puerta con decisión y me entregué con el que sigue siendo mi gesto más heroico hasta la fecha. Mi padre se cabreó conmigo menos que con la insensatez de tener que presentarse en el juzgado a las siete de la mañana.

Varios años más tarde, la noche antes de que abandonara Kentucky, Dane y yo estábamos tumbados en nuestras camas pegadas. Dijo que estaba preocupado por mí y le pregunté por qué.

—No tienes objetivos, Chris. Te quieres ir y listo. Ni miras dónde pisas ni ves adonde te diriges. Si uno no justifica la respuesta, la cosa se va al garete. ¿Entiendes lo que te digo?

Mientras digería la verdad de sus palabras, empezó a roncar. Dane era matemático y su vida progresaba por una fórmula avanzada de líneas rectas, exponentes entre corchetes, funciones congruentes y el objetivo último de la simetría. Mis patrones aleatorios de alegre entropía oblicua no le entraban en la cabeza. Dane era capaz de demostrar que la Tierra era redonda sin salir del cuarto. Yo necesitaba viento, un buque insignia y mar abierto.

Cuando pedí días libres en el trabajo para asistir a la boda, el encargado del restaurante me dijo que no volviera. Recibí a Dane con la noticia de que me habían despedido por su boda para forzarlo a empatizar con mi estilo de vida. No pudo reprenderme, como hacía en el pasado. Me sentí pagado de mí mismo, como si tuviese

el bolsillo lleno de monedas con mi cara.

Shadrack acababa de aprender la palabra *hodad*[17] en un crucigrama y organizamos una fiesta *hodad*. Él y un amigo con una cresta verde pintaron un mural playero en una de las paredes.

—¿Son buena gente los chavales? —preguntó Dane.

—Sí. Son artistas.

—No son maricas, ¿no?

—No. Son amigos míos. La fiesta va a ser genial, Dane.

—¿Qué cojones es *hodad*?

—Un tipo que se pasea por la playa fingiendo que es surfista.

—Como tú con el arte.

Encendí el equipo de música. Unas voces cabreadas berrearon desafinadas. Dane puso una cinta de *bluegrass* y diez segundos después alguien la pisoteó. Prometí a Dane que le compraría otra y le presenté a una mujer con un *piercing* en la nariz. Nuestra única ventana cayó hecha añicos a la calle y liberó una nube acre de cannabis. A medianoche llegó una segunda oleada de gente con otra descarga de energía histérica. La cocaína corrió como dos vías de tren blancas e idénticas.

De vez en cuando echaba un ojo a mi hermano, que deambulaba consternado por mi covacha con su gorra de una tienda de piensos bamboleándose por encima de la multitud exuberante. Estaba cada vez más ceñudo. A las tres de la madrugada la fiesta tocó techo y poco a poco la gente fue desapareciendo; el suelo crepitaba bajo los pies por la cerveza derramada. Shadrack estaba atareado con la mujer del *piercing* bajo la mesa de la cocina.

Ofrecí mi cama a Dane. Meneó la cabeza, con su cinta de *bluegrass* aplastada en las manazas. Un frasquito de coca crujió bajo su bota. Esperé a que dijera algo para poder reprobar su decisión. El sensato era él, como siempre. El gesto de su cara me recordó al desprecio de mi padre y me cabreé.

—Eres demasiado joven para casarte —dije.

—Tal vez —dijo—. Pero tú eres demasiado mayor para vivir así.

Me fui a mi cuarto y cerré la puerta. Por la mañana, tuvimos una discusión que duró varios años. Cuando llegamos a Kentucky, Dane

y yo llevábamos más de ochocientos kilómetros sin hablar. Reconoció de mala gana que tenía razón: tendría que haber hecho autostop. Tras la tercera de sus travesías marítimas, a Colón se lo llevaron encadenado de pies y manos. Sabía cómo se sentía.

Nos incorporamos a la pista de tierra que subía a nuestra colina y seguimos en paralelo al risco hasta nuestra casa. Las enredaderas colgaban de la fachada sur, gruesas como serpientes. Mis hermanas, Jeanie y Sue, cruzaron el jardín a la carrera, nos dieron un beso enorme a cada uno y entraron en casa con Dane. Mi madre salió del porche y me abrazó, balanceándose como un junquillo al viento. Me acompañó a la cocina, donde estaba mi padre, sentado junto al fogón. Mi madre se colocó en medio, en zona desmilitarizada.

Mi padre y yo nos miramos como un par de gallos. Enderecé los hombros. Al ver una reacción conocida, se relajó y me ofreció una cerveza, el lubricante familiar para las interacciones sociales. Nos acomodamos en nuestros antiguos búnkeres, en rincones opuestos de la cocina, separados por el fogón. Varios años después, habíamos regresado al lugar de un sinnúmero de conflictos violentos en los que yo siempre había salido perdiendo. Durante la Guerra de Secesión, Kentucky fue famoso por los enfrentamientos entre padres e hijos y entre hermanos.

Mi padre y yo nos soplamos nuestras cervezas desde detrás de un nuevo velo de respeto. Había marcado las distancias, no le había pedido dinero. Tenía el pelo blanco y tripa. El mundo exterior le estaba quitando a la familia y no había reemplazo posible. Nos bebimos otra cerveza, discutiendo sobre temas inocuos que a los dos nos traían sin cuidado. Poco a poco se dio cuenta de que no iba a morder su anzuelo mientras yo lo veía como lo que era: un hombre que no sabía cómo enfrentarse a un hijo adulto. Su cordialidad era rígida y su trato, el de un embajador de un país enemigo que acabara de firmar un acuerdo. Me percaté de que aquella colina pertenecía irrevocablemente a mi padre. Era Fernando I de Portugal y podía quedarse con su reino. Yo tenía el Nuevo Mundo.

Una hora después, mi madre condujo a la familia a la mesa. Todo el mundo se sentó en su silla habitual. Durante años, cenamos

juntos cada noche, y la demora se castigaba al instante. Ahora rompíamos filas como la tripulación de una barcaza ante la veloz competencia del ferrocarril.

Me ofrecí a guardar los anillos de Dane, pero se negó.

—¿Por qué? —dije—. ¿Temes que vaya a empeñarlos para comprarme un esmoquin?

—¿No tienes uno? —dijo.

—Son grises, con faldón —dijo Jeanie—. Los recogeremos mañana en Lexington. Cuarenta dólares es buen precio por un esmoquin.

—No lo suficiente —murmuré.

—Los había de cien dólares —dijo Sue—. Eran de terciopelo negro. Pero el gris va con el rosa, el color del que vamos las chicas.

—¿Tienes uno o no? —Dane me fulminó con la mirada.

Eché un vistazo rápido alrededor de la mesa. Mi madre tenía la vista fija en el plato. Mis hermanas sonreían por lo guapos que íbamos a estar. Mi padre mordisqueaba el hueso del jamón, el extremo pequeño y redondo como el ojo de una serpiente.

—No, Dane —dije—. No tengo.

—Podrías haber cedido y buscado trabajo.

—¿Por un esmoquin?

—¡Por mí! —Se apartó de la mesa—. ¡Tendríais que ver cómo vive! Ni un tiesto en el que mear ni una ventana por la que vaciarlo tiene. Y quiere guardar mis puñeteros anillos. Una de sus amigas llevaba un anillo en la nariz igual que un gorrino.

—¿Es verdad? —preguntó Jeanie.

—Sí —dije—. Pero en un lado. No en el medio.

—Lo bueno es que nunca va a tener alergia al polen —dijo mi padre.

Jeanie y Sue rieron por lo bajo, mi madre sonrió. Dane se agarró al respaldo de la silla tan fuerte que las venas de las manos le palpitaron.

—No tiene gracia —dijo—. Con razón no trae chicas a casa. Allí lo hacen debajo de la mesa.

—No era yo, Dane.

—Era tu amigote el guiri.

—Shad es como un hermano para mí.

—¿Y qué tiene de malo el tuyo?

—Si no fuese tu padrino, te lo diría.

Mi padre estampó el hueso del jamón contra la mesa como el cañón de un revólver. El ruido resonó por el cuartito.

—Ya vale, chicos.

Dane abandonó el cuarto zapateando por el suelo de tablones de pino. Ahora que disfrutaba con mi padre de un alto el fuego, atacaba a mi hermano. Pese a lo caprichoso de mis formas, seguía siendo el hijo favorito que relegaba a Dane a timonel de La Niña, a varar en sus propios esfuerzos por complacer a la familia.

Con la suavidad de la lluvia, mi madre habló:

—La noche antes de casarnos, vuestro padre atravesó la verja de un prado con la camioneta.

—Yo no soy una verja.

—Y menos una camioneta —dijo mi padre—. Déjalo en paz. Dios sabe que os hemos dejado en paz a todos.

Al día siguiente, todos fueron en coche a Lexington a por los esmóquines. Bajé la colina hasta mi antiguo colegio de piedra. Cada Halloween subía al tejado con mazorcas robadas y aupaba a Dane por el cinturón. Le daba la mitad de mi maíz y acribillábamos con los granos a los coches que pasaban, que hacíamos resonar como una cellisca de Deméter. Los demás niños de las colinas gritaban a sus hermanos como si fuesen perros; Dane y yo habíamos esperado a ser adultos para pelearnos. En tres meses se graduaría en informática con una beca. Aunque me hubiese ido el primero, ya no me necesitaba. La pérdida me fastidiaba.

Caminé hasta casa bien entrada la noche y me comí las sobras a solas. La familia parecía temerosa de mí, una inversión de papeles con respecto a mi infancia. Por entonces, mi trabajo consistía en atajar los problemas diciendo algo divertido, desviando la atención. Ahora el problema era yo. Me tumbé en el sofá, me bebí una pinta y me fui a la cama.

Temprano, fuimos en coche hasta la iglesia y nos cambiamos de

ropa en el cuatro trasero. El esmoquin me iba demasiado ajustado. Mi tía Lou y mi abuela llegaron en una floritura de tergal. Aparecieron primos, tíos y tías lejanos, un tío abuelo ermitaño con su tercera mujer. Mi viejo colega J. J. entró rugiendo en el aparcamiento con su bólido pirata, las ventanillas rebosando música *rock* y humo de marihuana.

La familia de la novia era educada y encantadora, aunque sus creencias baptistas del sur eran contrarias al café, los cigarrillos, el alcohol, el baile y a mí. El clan de Ellen nos triplicaba, pero los teníamos acobardados. Solo había otro varón en la boda, el compañero de cuarto de Dane en la facultad, que era de Arabia Saudita. Cuando vieron a Ahmed, los familiares de Ellen ahogaron un grito por miedo a que fuese negro. Ahmed se colgó de mi brazo como un virgen en un bar de *striptease*; su acento me sonaba muy cerrado.

—Chriss. Nunca había esstiado en una igliessia crisstiania.

—Eh, atended —bramé—. ¡Este es Ahmed! ¡Es de Oriente Medio!

La tensión del grupo se esfumó como si hubiesen quitado una soga de la vista. Lo dejé con J. J. y escruté la iglesia en busca de Dane, que estaba vomitando en un retrete cerrado del baño de caballeros. Me subí al lavabo impoluto y me asomé por el tabique.

—Lo vas a hacer genial —dije.

Dane se atragantó con las arcadas. Me llegó la peste, tangible como el lodo de un río. Mi pie resbaló del lavabo, caí contra el alicatado y aterricé de espaldas, con los brazos abiertos. Dane salió dando tumbos del retrete.

—Se te han roto los pantalones, Chris.

—Y tú tienes pota en la corbata.

Me ayudó a levantarme e intercambiamos corbatas. Si caminaba con cuidado, el faldón ocultaría el roto de la costura. Dane me dio los anillos. Los dos esperamos a que el otro iniciara el abrazo, pero la necesidad mutua nos incapacitaba y nos asustaba. Casi nos bastó con saber que ambos queríamos. Nos estrechamos la mano por encima del orinal.

Las familias abarrotaban la capilla como fanáticos en un partido universitario. El rey y la reina del baile recorrieron con zancadas grandiosas el centro del pasillo, seguidos por Jeanie y Ahmed primero y por Sue y por mí después. Cada pocos pasos prendía velas con un soplete de metro y pico que se accionaba con un gatillo en el mango.

El aire se llenó de humo de vela, lloriqueos y los *flashes* del fotógrafo. Medio cegado por la luz estroboscópica, Ahmed tropezó con Jeanie, a quien se le cayó el ramo. Me agaché para recogerlo y el soplete se balanceó a lo loco y golpeó en plena sien a la bisabuela de Ellen. Nuestra procesión continuó hasta que estuvimos frente al sacerdote, un tipo rechoncho con la nariz picada. Tras la jerigonza, se quedó mirando la mancha de pota en mi corbata y me pidió los anillos. Mi clan ganó una hermana y una hija. El de Ellen perdía en todos los frentes.

En la sala del banquete hacía calor, así que nos llevamos nuestro ponche aguado al aparcamiento. Busqué a la bisabuela para disculparme. Seguía en la iglesia, alardeando de que Dios la había tocado durante la ceremonia. Su acompañante me guiñó y con un gesto me indicó que me fuera. En el exterior, corrillos de familiares se cuadraban como pandillas en una pelea callejera. Nuestras tribus emparentadas se paseaban, sonreían sin tocarse, respetaban filas de estacas invisibles. Éramos un rebaño de ovejas negras enfangadas en secretos que todo el mundo conocía. Nuestro pasado estaba marcado por disputas y subterfugios.

—Estoy en el negocio de la hostelería —contaba a todos—. Pronto abriré mi propio local. Lo mío son los negocios.

Me entretuve en el aparcamiento, observando cómo unos extraños con mis genes se marchaban tan sigilosos como habían llegado. El esmoquin me picaba. Tras las breves despedidas, J. J. y yo saltamos al coche y nos alejamos con un rugido. La familia se había reunido como un puñado de hebras desiguales empalmadas de manera temporal. Éramos el hilo de Penélope, desenrollado en secreto cada noche, retejido luego a la vista de todos.

J. J. abrió de golpe la guantera y me lanzó al regazo un frasco de

anfetaminas. La melancolía se derritió hasta conformar segmentos de alegría de efecto gradual. Me dejó en Indiana e hice autostop dirección norte.

Bajo un árbol a las afueras de Scranton, Indiana, me acurruqué en mi saco de dormir. La Vía Láctea se extendía por el cielo helado y abandoné lo de convertirme en dramaturgo. Aquello no ofrecía la libertad suficiente; dependía del director, del actor, del escenógrafo e incluso del público. Decidí hacerme poeta. Mi vida ya discurría por líneas que, si no poéticas, sí eran demasiado sombrías como para tenerlas en consideración. Como pasaba con el autostop, en poesía no había reglas. Qué pocos de los poemas que había leído prescindían de la puntuación, la lógica y la rima…, restricciones para mi creatividad latente. Los poemas solían ser cortos, y eso me permitiría medrar en el terreno.

Cerré bien la cremallera del saco y me hice un ovillo. Me sentía como si pudiese explotar e implosionar al mismo tiempo. Cuando me rendí, llegaron las lágrimas. El aire trajo un olor a humos de escape desde la autopista. La tierra estaba blanda, un consuelo.

Dane lo hacía todo como es debido, siempre tomaba la decisión correcta. Tenía una mujer encantadora, con el tiempo sería propietario de cosas estupendas y haría las visitas de rigor a casa. Todo aquello daba igual. Jamás sería capaz de superar la traición de una familia que siempre me había querido a mí más que a él. Mi actitud alocada constituía un esfuerzo prolongado por quitarme esa carga de encima, y me pregunté si, en el caso de Dane, se trataría de lo contrario. De ser así, confiaba en que no se diera cuenta. Con un poeta por familia ya era suficiente.

Mi regreso a Salem tuvo toda la pompa y el boato de una aparición fantasmal. Estaba decidido a vivir, respirar y devorar poesía. En un arrebato de creatividad, pegué con celo retratos de grandes poetas al marco de un espejo que colgué encima de mi escritorio. Cada vez que me sentara de cara al espejo, mi rostro se uniría a aquella tropa y sería uno de ellos. Me pasé varias horas mirándome en el espejo desde el otro lado del cuarto, a la espera de inspiración. Me senté dos veces al escritorio. Dentro de mí surgió

una tensión increíble. Me dolía el estómago y era incapaz de coger el lápiz. En el espejo había poesía, pero no tenía ni idea de cómo extraerla. Los retratos se burlaban de mí. Sentía que mi mente era un ladrillo viejo.

Mendigué un curro de noche como lavaplatos en un bar cerca del muelle. La cerveza y la comida gratis compensaban un salario bajo. El tiempo refrescó y me pasaba los días en la biblioteca por la calefacción, junto con los demás pirados de Salem. Todos nos asegurábamos una silla en la sala de la prensa y fingíamos leer bajo la mirada hostil del bibliotecario. Cuando moría alguno de la pandilla, todos avanzábamos un asiento y nos acercábamos más al radiador. En vez de leer poemas, garabateaba ensayos sobre el simple placer de la poesía y encumbraba a los poetas como los verdaderos maestros del lenguaje. Ser poeta era inmensamente más importante que encomendar los versos al papel. Cuantas más páginas rellenaba en mi diario, más me sentía como un auténtico bardo.

Shadrack se mudó a Boston y ya no pude permitirme el alquiler de nuestra covacha. Me colé en casa de una camarera que me dejaba dormir en una hamaca colgada en la cocina. Al final, empezamos a hacer incursiones en el cuarto del otro. A finales de año me dejó por un miembro del Grupo de Operaciones Especiales de la Armada porque, según dijo, «sabe lo que quiere en la vida». Le expliqué que la poesía era igual de válida que poner bombas en barcos enemigos. Sin apenas apuntar, disparó a quemarropa y me dejó desarmado: desde que nos habíamos conocido, no había escrito un poema.

Cuando me pidió que la ayudara con la mudanza accedí, creyendo que cambiaría de opinión. Tras dos días de esforzados desencuentros, me dio un *pack* de seis latas calientes y quitó la hamaca. Dormí en el suelo. Boone dejó dicho que ningún indio que se hubiera declarado amigo suyo lo había engañado jamás, pero que de las gentes de Nueva Inglaterra no te podías fiar.

El cielo de Iowa es un mosaico gris visto a través de ramas desnudas. Rita está incómoda en cualquier posición. Nuestro hijo hace acrobacias dentro de la tirantez placentaria de su tripa. Sus micciones han adquirido la cualidad obsesiva de un *hobby* y es el tema predilecto de nuestras conversaciones. Por las noches, la temperatura cae hasta los veinte bajo cero. La sensación térmica es de sesenta bajo cero, algo que puede matarte en cinco minutos. La piel se congela en cuestión de segundos.

Mientras duerme, Rita se acuna el vientre con los antebrazos y me empuja con el trasero, las piernas plegadas como alas. La familia, en su fase seminal, ya me está echando a un lado. Me visto y salgo al amanecer. Los cuervos persiguen un cárabo atrapado en el fulgor rosa del sol.

La opacidad de la nevada reciente se despliega como un abanico silencioso. La lona de la leñera está soldada al suelo. He empezado a ver embarazos por todas partes, la curva de una tripa, la tensión del alivio. Las mujeres dan forma al lenguaje de la vida. Sin ellas, los hombres nos quedamos mudos. Si la paternidad es compromiso, la maternidad es sacrificio, un abandono a favor de lo sagrado, un acto de heroísmo. Las mujeres aztecas que morían durante el parto iban a la misma sucursal glorificada del cielo que los guerreros caídos en la batalla.

Las mujeres del salvaje Oeste tenían una media de ocho hijos por cabeza antes de alcanzar la edad de Rita, y con frecuencia se destrozaban el cuerpo en el proceso. Muchas morían jóvenes. No era raro que los hombres se casaran de nuevo después de haber reventado a la primera mujer. La idea de que Rita muera me lleva a cinco minutos de somnolencia petrificada, y fijo la mirada en un

roble. Hay franjas de nieve en los surcos de su corteza estriada. No sé qué sería peor, perder a mi pareja o criar a un hijo yo solo. La respuesta es tan obvia que la vergüenza me golpea. Mi preocupación por la mortalidad de Rita tiene poco que ver con ella. Quiero que viva para que me haga la vida más fácil.

Libero al roble en la ribera, o quizá sea el roble quien me libera a mí. Restos de ventisca de las últimas dos semanas yacen en las franjas de sombra que los árboles proyectan. El aliento condensado se me hiela en la barba. El control del fuego nos calienta y nos aleja de los animales aún más que la rueda. Nuestra casa se alza en un tramo de río entre dos curvas cerradas. Las aguas residuales del pueblo evitan que ambos meandros se congelen, y las águilas calvas han empezado a pescar en aguas abiertas. Escrutan el río desde las ramas más altas. El agua gorgotea como una música lejana por debajo de la capa de hielo del río, burbujeando entre las hendiduras.

El rastro de una marmota se reconoce con facilidad por la tierra que deja mezclada con la nieve. Mis huellas son las más evidentes, pisadas de botas que se abren en ángulo con cada zancada. Parecen torpes, comparadas con la elegancia de las huellas del zorro, el rastro del ratoncito, la franja lisa que deja la cola del castor. Rita dio un breve paseo la semana pasada y me fijé en sus huellas. La mayoría de los humanos pisamos con fuerza sobre los talones o los dedos de los pies. Las suyas eran equilibradas, los extremos de los pies se hundían a mayor profundidad a medida que balanceaba el peso adelante y atrás. Está harta de la casa, del invierno, de estar embarazada. Me dice que el beneficio compensa el agravio. Para ella, el parto es un final; para mí, el comienzo de una preocupación mayor. Lo de conservar trabajos se me sigue dando tan mal como siempre. Solo he mejorado en lo de encontrarlos.

La saliva del castor titila en las astillas recientes y el aire se mantiene inmóvil como el de una cripta. Mis pisadas crujen muy fuerte. La ausencia de hojas me permite ver la extensión del bosque más que en otras estaciones. Los granjeros llaman a este tiempo invierno abierto: frío y ventoso, estéril como Detroit o el Bronx, ángulos de visión que se expanden en todas direcciones. Alcanzo a

ver mi vida sin obstrucciones. Todo conduce a este instante. Un águila me observa a más de un kilómetro de distancia.

En el bosque hay varios lugares que me resultan especiales: cada uno marca el punto en el que sucedió algo durante una incursión anterior. Nada los diferencia salvo el fantasma del recuerdo. Hoy me acerco a esos espacios; me siento tan cómodo en ellos como con un viejo amigo. Llego al lugar en el que el otoño pasado estuve haciendo rebotar piedras en el río. Una alcanzó a una robaleta que había saltado a por un insecto. Fue geometría pura: la piedra en arco, el destello del pez, la colisión repentina que me dejó debilitado. Me sentí abandonado por la lógica, solo como un padre en ciernes. El agua rechazaba una piedra. El aire acogía un pez.

La cellisca de anoche cubre cada ramita y cada tronco con hielo reluciente y transforma cada árbol en un millar de prismas. Copos de nieve flotan grandes como monedas. Camino por un mundo que centellea a mi alrededor. El suelo del bosque se ha endurecido como barniz antiguo. Las ardillas se apresuran sin trabas por el revestimiento, pero mis botas aguantan un milisegundo en la superficie antes de que el peso y la gravedad rompan la capa. Mi mente se ralentiza hasta la cadencia de la escarcha.

Este es el bosque de Poweshiek, jefe de los *mesquakie*, pueblo de la Tierra Roja. El resto de su tribu vive hoy en el condado de Tama, al norte de aquí. El año pasado, Rita y yo asistimos a una asamblea de nativos que se celebró en el pabellón deportivo del pueblo. Las familias blancas observábamos desde las gradas cómo las bailarinas competían bajo las canastas de baloncesto. Llevaban trajes que habían pasado de generación en generación. Los *mesquakie* marcaban ritmos en un único tambor, cantaban canciones del pasado. Después de que se rifara la última colcha india, los blancos empezamos a salir del gimnasio.

El oso y la pantera fueron exterminados en la época de mi abuelo; el lince y el lobo, en la de mi padre. La última paloma migratoria murió apresada en 1914. Ninguno de nosotros verá nunca un dientes de sable. En los últimos años, el Old Faithful[18] ha perdido su fidelidad; el chorro es errático y breve, fruto de la

impotencia que los hombres han imprimido a la tierra. Nuestra especie está convirtiéndose en Icaro, cuya cera se derrite mientras pierde altura. El mar nos engullirá. El aire nos inhalará. El suelo devorará el abono que seremos.

Mis botas atraviesan la superficie quebradiza y la nieve se vuelve una playa granulada del mar perdido del Medio Oeste. El océano se ha retirado y yo camino con el dodo, el condrilarto, el trilobites viviente. Un malecón de tierra es un arrecife de coral abierto. En lugar de aves, hay criaturas aladas que aprenden a planear. Soy el único animal que camina erguido, maravillado ante su capacidad prensil. He tomado conciencia del yo, y eso inicia el miedo a la muerte, nuestro defecto fatal. Llevo una piel comprada en una tienda, carezco de garras y dentadura decentes. Tengo la nariz destrozada por respirar el aire de las ciudades y necesito gafas para ver bien. Cualquier ratón es capaz de dejarme atrás sin necesidad de ventaja.

Me siento en un álamo combado en el que la primavera pasada encontré una rana toro petrificada del tamaño de un ladrillo. La rana estaba quieta en una postura previa al salto, los huesos de las patas traseras que le creaban jorobas en el lomo. Olía fatal. Hablé con un biólogo y me pidió verla. Dijo que el año anterior miles de ranas habían muerto de repente y la gente estaba preocupada. Pasados un par de días, llamó decepcionado porque la muerte de mi rana tenía explicación. Había muerto congelada. Colgué el teléfono y pensé en nuestra predilección por las muertes extrañas: la mujer alcanzada por un rayo, el trabajador que se ahoga en una fábrica de cerveza, el hombre que sufre un fallo coronario mientras está haciendo el amor. Cristo murió de un modo poco habitual, y todavía no lo hemos superado.

El paseo de esta mañana concluye en un canal que conecta el río con varios estanques. El hielo está cubierto de huellas de zorro sobre sangre congelada y las plumas oleosas de un pato. Durante las crecidas del año pasado, de noche navegaba en bote canal arriba y disfrutaba de la pureza de estar perdido en la oscuridad, rodeado del reclamo del búho y las ranas. Los peces también se internan en este

cauce de agua. La broza obstruye la embocadura y, cuando el agua se retira, los peces quedan atrapados en los estanques, que poco a poco se secan hasta volverse lodo.

Justo antes de que Rita se quedara embarazada encontramos un lucio a mitad de recorrido en este mismo canal. Batallaba contra el lodo en dirección al río. Un rápido movimiento serpenteante impulsaba su cuerpo varios centímetros hacia delante, donde descansaba unos segundos. Contemplamos aquel pez en tierra, arrastrándose como un soldado herido hacia territorio seguro. El esfuerzo en sí resultaba espantoso.

El lucio es antiguo, un salto hacia atrás, con su piel correosa y su hocico de cocodrilo lleno de docenas de dientes afilados. Es un depredador incansable. Los huevos del lucio son venenosos para otros peces, algo que apenas ha cambiado en sesenta y cinco millones de años. Rita propuso ayudar al pez, pero yo me negué: prefería no alterar la naturaleza. Ver un pez en tierra era como encontrar a una sirena, inverosímil y maravilloso.

Rita se metió en la zanja embarrada y se cayó varias veces. El lucio se alejó de ella en dos ocasiones. Por fin lo atrapó con las rodillas y me sonrió; el lodo le moteaba los dientes. El río discurría a su espalda. Tanto el lucio como ella estaban cubiertos de fango. Parecía que los dos hubieran surgido de la tierra al mismo tiempo. A mi alrededor, el bosque se desvanecía en el vacío. Di un salto hacia atrás de varios millones de años, hasta una era antediluviana en la que la conexión entre la tierra y el agua era más estrecha, cuando la división entre los moradores de una y otra era menor. Todas las criaturas aspiraban a las amplias cualidades de los anfibios.

Hoy, el barro está duro como la arcilla bajo la nieve y el hielo. Cuando el agua regrese al canal ya seré padre. Hace mucho que el bebé dejó atrás la fase pez. Al principio, los ojos se encuentran a cada lado de la cabeza, antes de centrarse de manera gradual. Descendemos de un pez devónico, pero nuestra llegada a tierra firme se debió a una crisis acuática, y no a unas habilidades superiores innatas. Las formas dominantes surgen de las inferiores, de las menos especializadas, las más rápidas en adaptarse. Los

humanos somos la clase baja de la evolución. Cualquier otra criatura estaba mejor equipada.

Las hojas abarquilladas de un roble se frotan unas con otras en el viento. El sol es un resplandor blanco en el cielo. Mientras camino de vuelta, veo cómo un águila calva cierra las alas y cae del cielo como un meteoro. En el último segundo las abre para frenar. Las garras se balancean adelante y atrás, hacen añicos la superficie del agua y el águila remonta el vuelo con un pez atrapado. La visión me desconcierta tanto que durante unos segundos me olvido de respirar. El ave en ascenso se convierte en una mota que desaparece en el fulgor del sol naciente.

Décadas de DDT han debilitado tanto las cáscaras de los huevos de águila que una hembra puede matar a su polluelo con tan solo incubar el huevo. Me asalta el miedo repentino a que Rita se caiga de la cama y aplaste el feto. Corro a casa, recordándome que la placenta es más resistente y más compleja que un traje espacial. Rodea al bebé como la Tierra protegió una vez a la humanidad.

Cuando entro en casa, Rita me sonríe. El calor de la estufa hace que el vapor emane de mi ropa. Noto pinchazos en la cara. Veo a través de una bruma que yo mismo he creado, incapaz de decirle cuánto me alegra que esté viva. Menciono al lucio y ella asiente, con los ojos en otra parte, en su interior. Los dos apartamos la mirada. El invierno de nuestra intimidad nos ha vuelto retraídos.

Shadrack era el primer amigo que tenía en años, así que decidí unirme a él en Boston. Se negó a acogerme, argumentando que le demandaba demasiado espacio psíquico. En Cambridge, me entrevistaron en varias «casas grupales», pero mis hábitos me delataron: fumaba, comía carne roja y era virgo; una compañía pobre para los iluminados. Llamé a un número que vi en un anuncio de pisos compartidos y cinco insomnes me entrevistaron a medianoche en Jamaica Plain, más conocido como J. P. Me aceptaron por unanimidad, un hecho que tendría que haber despertado mis recelos.

J. P. estaba considerado como uno de los barrios chungos de Boston, encajado en un huequecito entre otros dos barrios aún peores. Bloques de pisos reformados quebraban el perímetro, los hijos de la fuga blanca[19] que regresaban para vengarse. La línea naranja del metro elevado conectaba a todos por el aire. Vivía cerca de la estación de la calle Green, una zona sobre la que solían prevenirme. Para protegerme, llevaba una chaqueta de cuero rajado y cara de mala leche permanente. Una noche, camino de casa, vi cómo una pareja cruzaba la calle para evitarme y media manzana más adelante la cruzaba de nuevo. Fue uno de los mejores momentos de mi vida urbana. Me sentí resarcido de la aprensión general que soportaba en la calle.

La pensión era una ruina de antes de la guerra que estaba a la espera de reforma para ser vendida planta por planta. Los propietarios del edificio eran dos papanatas que se autodenominaban «pioneros urbanos» pero que vivían en el lujoso Back Bay. En el bajo vivía una familia puertorriqueña. El padre, Romero, criaba gallinas en el patio trasero y era el encargado del

edificio. Podía echarnos cuando se le antojara, una perspectiva terrible, porque, cuando un hombre acaba viviendo en una pensión, ya no le queda adonde ir.

Seis de nosotros compartíamos un baño mohoso y una cocina infestada de ratas. Un tipo llevaba un negocio insolvente de albañilería desde el pasillo. Día y noche sus empleados iban y venían, jóvenes israelíes e irlandeses sin papeles. Esperaban en la salita a que les dieran trabajo, comparaban guerras y cicatrices, unidos por el hambre, el frío y el exilio. Nunca he visto a judíos y cristianos llevándose tan bien.

Conseguí curro en el Lune Café, el único camarero durante los almuerzos. Era una sala pequeña con nueve mesas, carteles revolucionarios y menú orgánico. El cocinero era un antiguo *hippie* capaz de mantenerse a ras de suelo entrelazando un brazo alrededor de unas piernas elásticas. Masculló su nombre, Orión, mientras alcanzaba el nirvana al lado de los fogones. Una mujer escuálida de unos cuarenta años salió del sótano. Me dijo que iba a terapia y que creía que todos los psicólogos deberían lavar platos. Era mejor que el tofu o que el grito primal.

—Pues yo he lavado un montón —dije.

Deslumbrada por un público empático, peroró durante veinte minutos sobre el poder de curación colectiva de la mujer. Me dijo que el ideograma chino más antiguo de *hombre* también significaba «egoísmo». Orión se desplegó y cambió de postura para hacer el pino. La camisa se le bajó y dejó al descubierto un tatuaje en la tripa de la Piedra Solar azteca que le irradiaba desde el ombligo. Se mantuvo en posición invertida hasta la hora del almuerzo en J. P. Chavales blancos con rastas se despatarraban en dos mesas. Los hombres llevaban pendientes; las mujeres, la cabeza rapada. Las conversaciones eran tensas y apremiantes. Un tipo sin manos pidió una ensalada y se la comió como un animal mientras leía el *Daily Worker*.

Orión embutía cada pedido en fajos de un papiro empapado que hacía las veces de pan en honor a los pueblos oprimidos. Un cliente exigió saber qué llevaba cada plato, incluida la cantidad exacta de

especias. Tenía la voz nasal.

—¿Una pizca de tomillo o dos? —preguntó.

—No lo sé —dije—. ¿Eres alérgico?

—No —respondió ufano—. Soy macro.

Más tarde, Orión sacó unas cartas intrincadas que explicaban la dieta macrobiótica. Hider no comía carne, pero los vegetarianos son reacios a aceptarlo como a un igual. En West Point no piensan reivindicar a Benedict Arnold[20] y las gentes de Kentucky detestan reconocer que Charlie Manson era de allí. Da igual adonde vayas, todo el mundo dirá que es del condado de al lado.

Durante las semanas que siguieron, viví a base de pasas, hummus, *tempeh* y arroz. Perdí peso. La nariz me goteaba como un colador. Fui víctima de antojos de hamburguesa, que Orión consideraba apeaderos en mi camino hacia la iluminación. La lavaplatos lo dejó para unirse a una comuna de mujeres que buscaban aislarse de los hombres. Me sugirió que hiciera una entrevista para donar esperma porque tenía mi kundalini en mitad del recorrido de los chakras.

Una mañana desperté con un asco absoluto por el trabajo. Decidí que quería que me despidieran, no me duché e hice todo el turno con unas de esas gafas con nariz de plástico. Durante la hora de las comidas, me quité la camisa y los pantalones y me quedé en calzoncillos, con un mandil blanco y la nariz gigante. La gente dejó unas propinas tremendas. Uno me preguntó con qué banda tocaba. Enrabietado por mi fracaso sin precedentes en que me despidieran, arranqué un póster del sacrosanto Che Guevara de la pared y me hice un sombrero.

A las tres de la tarde lo dejé, y allí se quedó una panda de neoanarquistas que discutían sobre la guerra civil española con unos cafés con canela ante ellos. En la seguridad del exterior, noté cómo el alivio me cosquilleaba la piel. Dejar un trabajo era la última forma que tenía de demostrar la existencia de mi libre albedrío. Empecé a planear mi regreso a Nueva York. Tanto Manhattan como el este de Kentucky operaban desde una anarquía social que podía sortear con facilidad y confort. Cuando preguntaron a Gandhi qué opinaba de

la civilización occidental, contestó que sería una buena idea.

Me dirigí al Combat Zone[21], donde las movilizaciones habían desplazado las galerías de tiro y los burdeles. Los yonquis metían el brazo por la ventanilla de un coche para un pico rápido. Los chulos conducían furgonetas con un colchón atrás y una puta delante. Esta abría la puerta del acompañante para enseñar su mercancía y, si a un tipo le gustaba lo que veía, subía a la furgoneta para una transacción rápida mientras el chulo daba una vuelta a la manzana como si tal cosa.

Por cuestiones económicas elegí el bar con más tubos rotos en el letrero de neón. La puerta del Minotauro daba a un olor húmedo a almizcle y cerveza. Un espejo giratorio lanzaba puntitos brillantes sobre un escenario en el que había una gramola con manchas de dedos pringosos. Di tragos a una cerveza mientras una mujer se paseaba con esfuerzo por el escenario y se miraba en las paredes espejadas. Un moratón le afeaba el interior del muslo. Parecía aburrida. El camarero discutía con un viejo que tenía sobre el regazo un chubasquero ahusado. Al final le quitó el chubasquero y dejó a la vista no sus genitales, sino una bolsa de colostomía.

Una mujer se me pegó al costado y me frotó el brazo con sus pechos cálidos. Enroscada al hombro y el brazo llevaba una pitón que lamía el aire con su lengua diminuta. Era un caduceo humano al cuidado de hombres enfermos.

—¿Cómo se llama la serpiente? —grité por encima del escándalo de la música.

—Botitas.

—Buen nombre.

—Tiene el tamaño de un cinturón, pero ya crecerá.

—Ese era el apodo de juventud de Calígula.

—¿De quién?

—De Calígula.

—¿Suele venir por aquí?

Meneé la cabeza.

—Si alguien intenta hacer unas botitas con Botitas, me lo cargo, cojones.

Un poco de acción en el cuatro trasero salía por cincuenta pavos más una botella de champán de veinticinco dólares para que el club se asegurara su tajada. Dijo que podía pagar con tarjeta de crédito. El mío era un *lingam* de dos dólares, así que no que quedó otra que irme, sintiéndome culpable, como si hubiese rechazado sus buenas intenciones. Le dije que volvería más tarde: no quería que supiera que estaba sin blanca.

Fuera, el tiempo había cambiado y el aire era distinto, una de las jugarretas de la costa. El cielo era una manta de franela gris, como un telón de acuarela con demasiada pintura. El viento empujaba desperdicios hasta las canaletas. El atardecer erigió una luna llena que parecía que pudiera despegarse y dejar un agujero en el cielo. La luna estaba repleta como una garrapata, la marca de la locura.

Me acordé de un hombre que conocí en Nueva York al que habían lobotomizado durante los años cincuenta. Había ido a Islip, Long Island, donde la intervención era tan popular que al pueblo lo habían apodado Picahielos. Lo soltaron de un manicomio quince años después y se instaló en mi barrio. En una ocasión lo vi intentando cruzar una intersección en hora punta. Daba dos pasos hacia delante y uno hacia atrás, sus movimientos no variaban. Hacía aspavientos y ladeaba la cabeza, y con cada paso hacia delante decía: «Está verde. El semáforo está verde».

Sus movimientos tenían algo de mecanizados, como un actor que hace de robot. Me di cuenta de que en el frontal de su cabeza había un cortocircuito y de que se había quedado pillado en una repetición sináptica, como ese cableado defectuoso que funde el mismo fusible cada vez que das al interruptor. Lo cogí del brazo y le dije:

—Venga, vamos.

De inmediato, el circuito se arregló solo.

—Gracias —dijo—. Voy a por café, a por café.

Esparcidos por Jamaica Plain había varios artistas que vivían en hangares sin fontanería. Shadrack tenía un estudio a varias manzanas de la pensión y usaba mi ducha los martes o los jueves. Hacía varias paradas por la ciudad, todas apuntadas en un calendario

de bolsillo del año anterior. Las fechas daban igual, porque los días de la semana no cambiaban. Un día en el que me sentía especialmente solo, lo llamé a media mañana y lo desperté. Gruñó un par de veces y lloriqueó una letanía de penurias. Una de sus novias podría estar embarazada, sus cuadros eran horribles y llevaba tres días con la tripa suelta. Sus problemas me parecieron más auténticos que los míos, y eso me alegró durante un rato.

Una hora después, Shadrack apareció para darse una ducha. Se quejó de que mi maquinilla estaba roma y me pidió un par de calcetines. Se cabreó porque no había lavado la única toalla que tenía.

—Desde hace tres meses —dijo.

—Tráete una, Shad.

—¿Cómo puedes vivir así?

—No me ensucio tanto como tú.

—Bien visto —dijo—. Pero yo tengo que estar limpio para las mujeres.

—¿La joven, la rica o la que puede que esté embarazada?

Se quedó mirándome, ofendido. Su aclaración fue lenta y tajante.

—Son todas ricas.

Se vistió y se fue. Las chicas de Shadrack eran invariablemente blancas y rubias, descendientes angulosas de europeas del norte. No le importaban sus desórdenes alimenticios, sus pelvis punzantes, sus preocupaciones por la ropa de las demás mujeres. Cuando le sugería que variara, se negaba aduciendo que su madre tenía el pelo y los ojos negros. En cuanto apareciera el fondo fiduciario adecuado, saldría catapultado de un hangar sin calefacción a un estudio con tragaluces en el SoHo. Hasta entonces, se las apañaría con mi ducha.

Por influencia de Shadrack, di con mi idea artística más ingenua: escribir un poema sobre un objeto específico y luego transcribirlo al objeto en sí. Lo primero era encontrar el trasto apropiado. Me pasé horas recorriendo callejones en busca de basura industrial. Mi diario se llenó de entradas relacionadas con planes para un espectáculo en

una galería sobre «poesía de objetos encontrados». Abarroté mi cuarto de residuos, pero nunca llegué a escribir ningún poema.

Uno de los inquilinos dejó la pensión, y Shadrack recomendó a una mujer que trabajaba en una panadería. Traía comida gratis, que tenía que compartir con él como peaje por haberla encontrado. Diana era una nativa desdentada de Maine que pesaba ciento treinta kilos; tenía mi edad y mi estatura, y la constitución de un luchador de sumo con muslos como silos. Siempre llevaba un casco de bicicleta baqueteado con retrovisores a los lados, como antenas de insecto. El día que nos conocimos le faltaban las paletas. Llevaba una bicicleta colgada del hombro inmenso como si tal cosa.

—Hola, Chriz. Miz paletaz eztán en el dentizta. ¿Dónde puedo dejar la bici?

—Donde quieras. Aquí todo da un poco igual.

—Lo cé. Por ezo eztoy aquí. Zadrack me ha dicho que erez poeta.

—¿Cómo perdiste los dientes?

—Me llevé un porrazo en unoz billarez.

—Ah, vaya. Estás en tu casa, Diana. Tengo que ponerme a escribir en serio.

A salvo en mi cuarto, me tumbé en la cama y me bebí un dedito de *bourbon*, encantado de que Shadrack me considerara poeta. Era señal de que nuestra amistad era sólida, porque aún no había escrito nada. Wittgenstein propuso que lo verdaderamente sagrado era inexpresable, que lo no dicho era más importante que lo dicho. Para demostrarlo, se retractó de sus enseñanzas. Yo intentaba ir un paso por delante, incrementar la pureza de mi elocuencia por la vía de no escribir nada en lugar de abandonar sin más la práctica. Cualquiera podía dejarlo. No empezar requería un coraje verdadero.

Cada mañana, Diana salía renqueando de su cuarto con un albornoz rojo raído y las costuras rajadas que revelaban hectáreas de carne. Nos confió que, durante su niñez, los demás niños clavaban cuchillas en manzanas y se las tiraban.

—Diana —le dije por fin—. Ve a ponerte las paletas postizas.

Regresó para preparar una taza de café de Maine. Tras rellenar

un calcetín con alubias, las machacó a sartenazos y metió el calcetín en agua hirviendo. El mejunje resultante era capaz de levantar a un muerto. La receta era de su padre, un alcohólico que cuando bebía pegaba a su mujer, a sus hijos y al ganado. Lo mataron unas serpientes tras desmayarse encima de un nido. Diana tenía catorce años y pesaba cien kilos. Me dijo que había cogido peso adrede, con la esperanza de afearse lo suficiente como para que su padre dejara de colarse en su habitación.

—Eres el primer hombre al que se lo cuento, Chris.

—Ah, vaya —dije—. Me alegro de que confíes en mí.

Me agarró por los hombros y me plantó un abrazo que le rajó aún más el albornoz rojo. Una de las mangas le colgaba del hombro hasta la muñeca como una hamaca. Este ritual de camaradería nos consolidó lo suficiente como para que su amante se mudara con nosotros.

Joven y atractiva, Sophia se ganó mi cariño con su habitual desayuno de ajo en daditos mezclado con yogur natural. Me dijo que el ajo espantaba cualquier porquería que tuviese en el cuerpo. Sophia siempre estaba alegre, nunca enfermaba y, por lo que me había contado, los vampiros no la molestaban. Cuando cruzaba el pasillo despedía vapor. Una tarde, llegué a casa y encontré a Diana caminando enrabietada y en círculos por la cocina, en la cara un gesto de fiereza. Sophia estaba desplomada en una silla.

—La han despedido —dijo Sophia.

—Y qué —dije.

—Pero antes tumbó al jefe de un puñetazo.

—Se burló de mi peso —dijo Diana—. Así que lo dejé tieso.

Revolví mi cuarto en busca de una pinta del mejor *whisky* de Kentucky y la hice circular. Diana se echó al coleto un par de tragos seguidos.

—Gracias, Chris. Me quedé hasta que volvió en sí. Y entonces me despidió. Le pedí disculpas. Estaba demasiado avergonzado como para denunciarme.

Propuse a Diana que se enfrentara a un antiguo jefe de Salem, un francés corpulento que quizá le aguantara un par de asaltos. Se

negó porque siempre ganaba y nunca hacía amigos.

—Dos hombres pueden pegarse y seguir siendo colegas —explicó—. Pero, si una mujer zurra a un hombre, siempre es una tortillera marimacho.

—Tú no eres una tortillera —farfulló Sophia—. Tú eres un bizcochito.

Diana me dio una palmada en la espalda.

—Soy una vaquera con suerte. Esta piensa que soy especial.

—Porque está borracha.

Diana rio sin parar. Le pasé la botella. Se la acabó y se golpeó con los puños las rodillas separadas.

—Para ser tío —dijo— eres buen *hombre*[22].

Se fueron a su habitación dando tumbos. Aquella noche y las que siguieron, Diana y Sophia dejaron abierta la puerta de su cuarto mientras hacían el amor, un concierto jubiloso que envolvía la casa en sonidos guturales. Una tartamudeaba un quejido tipo *banshee*[23] mientras la otra resoplaba y gemía. La verbena entraba en un *crescendo* de alaridos antes de decaer hasta un gorgoteo. Los bises se prolongaban durante horas. Noche tras noche, sentí cierta veneración por su aguante. Parecían desinhibidas y libres de las necesidades de recuperación de un hombre. Aunque ninguna me atrajera, envidiaba su deleite.

Sophia se negaba a buscar trabajo, y afirmaba que jamás sucumbiría al sistema patriarcal. Diana encontró curro en un lavadero de coches. Una tarde, Sophia me preguntó si alguna vez había tenido una experiencia homosexual. Meneé la cabeza, acordándome de los hombres que, en Nueva York, me entraban con tanta diligencia que empecé a preguntarme si reconocían alguna cualidad latente de la que yo no tenía constancia. Por fin, un anciano encantador me explicó que, sencillamente, los hombres eran más agresivos que las mujeres, que debía ver el interés de los hombres como un piropo, nada más.

—¿Tú no miras a las mujeres por la calle? —preguntó.

Asentí.

—Bueno —dijo—, pues los maricas miran a los hombres del

mismo modo. Si eres gay, lo sabes. Pero no esperes a los cincuenta para salir del armario. No hay nada peor que una reinona vieja. En prisión no había manera de echar un casquete.

Dos de mis exnovias se habían liado con mujeres. Otra tenía la esperanza de acostarse con una mujer a modo de «experiencia de empoderamiento». Hablé de ellas a Sophia y me explicó que nuestra sociedad era un dinosaurio que se arrastraba hacia la catástrofe. Habíamos traicionado a la Madre Tierra, una anciana implacable que se había casado por una cuestión de fe. Le dije que las gentes de los Apalaches no entraban en esa categoría.

—Tuvimos un tema sobre vosotros —dijo.

—¿Cómo?

—En el colegio. Sociología avanzada. Estáis oprimidos, ya sabes.

—Yo no. Yo me fui.

—Me alegro por ti. Es como salir del armario.

—No exactamente.

—Creo que hay una lesbiana en ti, Chris. Para Diana y para mí eres como una hermana.

—¿Qué hora es? Tengo que ir a buscar curro.

—Crees que tienes. Estás condicionado. Ninguna mujer debería ganarse la vida lavando platos.

—Soy hombre.

—Ya, supongo.

Me fui, sopesando la idea. Puede que tuviera razón y el curso miasmático de mi vida fuera simple estrés por ser una lesbiana atrapada en el cuerpo de un hombre. Podía ahorrar y hacerme un cambio de sexo. Así podría entregarme al narcisismo de amar lo que ya sería: una mujer.

Al llegar la primavera abrimos las ventanas, un error que acabó con nuestras vidas idílicas. El ruido del alboroto amoroso de Diana y Sophia llegó al barrio. Una noche, justo antes deque su gozo tocara techo, empezaron a aporrear la puerta. Crucé la cocina y abrí a Romero, agitado en sus calzones largos.

—Tenemos un problema —dijo, y miró tras de mí para

escudriñar la cocina.

—Qué va. Está todo bien.

—Llevo toda la semana oyendo cómo pegan a una mujer. Eso no está bien. No todas las noches.

—En serio, Romero. No pasa nada.

—¿Dónde está la grandota?

—¿Crees que sería capaz de pegarle?

—¿Y la otra? ¿Ahora vive aquí?

—No. Es una amiga.

—¿Amiga de quién?

—Es mi novia.

Romero cerró los ojos, consciente de que le mentía, con un mohín de decepción en la cara.

—Tienen que irse. Las dos. En un mes.

Meneó la cabeza y bajó las escaleras estrechas, un inmigrante con éxito a quien Estados Unidos aturullaba.

Informé a Diana durante el café de la mañana. La cabeza entera se le puso roja. Fue a su cuarto y descolgó tranquilamente la puerta de las bisagras. Diez minutos después se marchó y abandonó todas sus pertenencias, una decisión que respeté.

Cómodo con mi desempleo, desarrollé un sistema de comidas en el siempre leal Lune Café. Me paseaba hasta allí cada día en busca de unas gachas orgánicas y daba a Orión un billete de cinco dólares. Tras fingir que cogía el cambio, me pasaba el billete de cinco más cuatro de uno. Dejaba los de uno de propina y me quedaba el de cinco. Él lo llamaba explotar al opresor. Durante toda la primavera, los mismos cinco pavos me pagaron el almuerzo, que a menudo era mi única comida.

Al llegar a casa, me di cuenta de que Shadrack se había duchado mientras estaba fuera. Faltaba mi toalla. Lo llamé para preguntarle.

—Cómprate otra —dijo.

—Solo necesito una.

—Tener dos es más higiénico.

—Para quién, ¿para ti o para mí?

—Para el mundo, Chris. Tienes que pensar en términos de salud

global.

—Bueno, tengo una toalla más que tú.

—Ya no.

Accedió a devolvérmela si lo invitaba a una cerveza. Nos reunimos en un bar y la conversación viró indefectiblemente hacia el suicidio. Shadrack creía que hablar sobre el tema evitaba que ocurriera, porque así «se queda en el mundo, no en la cabeza de uno».

—¿Y para qué alimentar la idea? —dije.

—No estás pillando el meollo del asunto. El suicidio es propio de las personas que se preocupan por la vida. La mía no importa. Primero, me buscaré un globo aerostático y lo haré despegar con una cuerda atada al suelo. El globo es un círculo que se ve desde todas partes. El mandala perfecto. Colgaré una soga por debajo y meteré la cabeza. Luego cortaré la amarra. Me ahorcaré en el aire durante el vuelo.

—¿Y qué tal una nota?

—La llevaré prendida del pecho. Dirá: «Enterradme donde aterrice».

—Como la flecha de Robin Hood.

—No está mal, ¿eh? Necesito dos videocámaras, una para el suelo y otra para el globo. Mi obra de arte final. Iniciaré un movimiento. Me haré famoso.

—¿Es una amenaza por querer que me devuelvas la toalla?

—Relájate. Planear los detalles lo mantiene a raya, como una hucha cuando estás sin blanca. ¿Sabes lo que me preocupa? Que el suicidio tan solo pospone las cosas. No mueres, sino que vagas tras los vivos como un flautista de Hamelín sordo.

—Se nota que eres supersticioso.

—¿A qué te refieres?

—Al purgatorio.

—¿Sabías que viene de la palabra *purificar*?

Escuché a medias su conferencia sobre la etimología de la muerte mientras miraba la barra lóbrega flanqueada por caras tristes encima de cuerpos abolsados. Encaramada al último taburete había

una fulana que daba sorbitos pacientes a un refresco. No tenía mal aspecto.

—Pintar es una pérdida de tiempo. Creo que voy a dejarlo y a meterme en un monasterio trapense. Es como suicidarse, salvo porque sigues vivo. ¿Sabes a qué me refiero, Chris?

—No.

—Al voto de silencio.

—Pues no me importaría que lo hicieras.

—Lo digo en serio. Debería irme a la India y robar un coche para que me corten las manos. Así no podría hacer nada: voto de silencio visual.

—¿Por qué no empiezas por un dedo? —dije.

—¿Qué tal si escribes un poema?

—Igual he hecho un voto.

—Creo que tienes miedo.

—Lo único a lo que le tengo miedo es a las serpientes.

—Mira, Chris. Más te vale escribir, o acabarás como yo.

Las palabras le habían salido sin pensar, y vi cómo su significado calaba en él. Shadrack pareció amustiarse. Muy despacio, levantó el vaso de cerveza de la mesa. Se hizo añicos contra el suelo. Fue un acto deliberado, más que de violencia; la obra cuidadosa de una pasión controlada. Se reclinó sobre la mesa, la voz un susurro:

—Esto es poesía, amigo. Así es como la escribes. —Me pasó la toalla como si fuese un maestro de taekwondo que concede el cinturón negro a un alumno estrella—. Y ahora déjame solo —dijo —. Vete a escribir.

El camarero se acercó; me disculpé y me ofrecí a pagar el vaso. Shadrack no estaba, no lo había visto marcharse. Ya habíamos discutido antes, a menudo de manera acalorada, pero esta vez su calma parecía terminante. Pensé en nuestras conversaciones pasadas, en su visión del artista como un chamán. Consideraba que el proceso de creación artística era sagrado. Shadrack me había dado permiso y se había ido.

Durante las nueve semanas siguientes, me enfrenté a mi máquina de escribir, pero no me salió ni una sola palabra. Ponía una

hoja nueva en la máquina y me quedaba quince horas mirándola como una estatua. Al final del día, colocaba la hoja en blanco a la derecha de la máquina. Mi mente era un tornado. Dejé de bañarme, de comer y de afeitarme. Me limité a seguir escribiendo sin escribir.

Mi cerebro empezó a funcionar con lucidez, veía cómo detalles de mis recuerdos se fundían hasta formar diálogos. La electricidad del fuego cruzado en mi cabeza me estimulaba. Los días especialmente luminosos, mi cerebro palpitaba de puro éxtasis. En cuanto despertaba, corría a usarlo, me deslizaba al maravilloso olvido de la autosatisfacción y fluía con el mismo deleite azaroso con que hacía autostop. Mi mente entraba en la página en blanco para observarme: un saco de piel fina por encima de una frágil estructura ósea. Los cartílagos articulaban las partes móviles.

El correo arruinó mi disciplina cuando trajo una felicitación de cumpleaños de mi madre. Sin apenas advertirlo, había llegado a los treinta. Fui a por una pinta de *bourbon* y me la bebí tan deprisa que me puse fatal. Me vi en ese estado de jadeos y sudores en que los hombres juran dejar el alcohol, regatean con Dios y deciden buscar un trabajo estable. Lo había hecho muchas veces. Aunque me negara a admitir mi fracaso, sin duda me había empeñado en fracasar. Había llegado el momento de hacer acopio de provisiones y dejar Boston.

Llamé a la oficina de personal del Gran Cañón y me dijeron que no necesitaban a nadie, pero que probara en el parque de los Everglades. Estaban a finales de temporada. Llamé a Flamingo, Florida, y di con un tipo llamado Bucky. Me dijo que había un puesto de naturalista.

—¿Qué titulación tienes? —preguntó.

—Me crie en un bosque.

—Bueno, necesitamos un guía turístico. El nuestro ha sufrido un accidente. ¿Conoces la zona?

—Claro —dije.

—Te recogeré en Florida City. Llámame cuando llegues. Necesito un respiro de este humedal.

Compré un libro sobre el sur de Florida y me pasé la tarde

mirando fotos del paraíso. Todos los animales originarios de Norteamérica vivían allí. Los Everglades parecían Kentucky con cocodrilos y playa.

La noche antes de irme, clavé mi toalla en la puerta del estudio de Shadrack, con una nota en la que le contaba mis planes. Decidí celebrarlo con una copa en uno de los bares más pintones de Boston. Los taburetes acrílicos tenían forma de cisne. De una pared colgaba el cartel de una bebida que urgía al «arte de demorarse». La cocina, la guerra y la floristería se habían elevado a la categoría de arte, y se me ocurrió que las bellas artes habían respondido autodegradándose al rango de manualidad. Decidí que por eso no escribía.

Me fui a casa y me serví un vaso de *bourbon* con agua del grifo. El alcohol acababa con la clorina que acababa con los gérmenes. Fue un buen día. En Nueva Inglaterra, no había descubierto más América que la que descubrió Colón. Murió olvidado, humillado y un pelín majareta. Enterraron sus huesos tres veces, y acabaron acomodados en un faro de la República Dominicana. Desde la punta de Florida, me quedaría bastante cerca.

Cogí el cercanías hasta la I-96, a tiro de piedra de Florida. Boston se desvaneció en el esmog de la mañana: el monumento fálico de Bunker Hill que conmemoraba el barrio equivocado, la rebanada helada del edificio Hancock, una bahía envenenada. En la mochila llevaba una muda de ropa y una libreta en blanco con la palabra «Poesía» garabateada en la tapa. Ponce de León se había hecho viejo recorriendo Florida en busca de la fuente de la eterna juventud; quizá yo podría encontrar el pozo de la vejez.

Media docena de almohadones soportan el cuerpo hinchado de Rita en el sofá. La mujer con la que me casé ha sido sustituida por una incubadora con capacidad de habla y pensamiento. A su marido lo ha sustituido un zopenco de remate. Nuestra única calefacción es una estufa de leña que calienta el techo y deja corrientes de frío en los rincones. Por dentro de las ventanas de la casa se ha formado hielo. El bebé se ha colocado. Tiene la cabeza en la posición correcta y empuja el canal pélvico de Rita. Ahora la tripa le cae hacia delante y respira mejor, pero el cambio en su centro de gravedad le afecta al equilibrio. Se mueve como una borracha. Desde la puerta esparzo sal hasta el coche. Se deshace entre la nieve, con cientos de hoyuelos diminutos.

Después de acordar sin problemas un nombre de niña, Rebecca Marie, discutimos sobre cómo llamarlo si es niño. Yo quiero un nombre corriente que, aun así, sea poco corriente, un nombre maduro, con fuerza, como Oak o Thor. Rita tacha mis ideas de absurdas. Sus nombres están bien —Ben, Jared, Lucas—, pero no se me han ocurrido a mí primero. Hacemos listas, escribimos cada nombre en una ficha, concedemos al otro derecho a veto. Es como elegir un jurado; los dos añadimos nombres potenciales a nuestra lista para que el otro los rechace. Los demás van a pilas separadas: sí, no y quizá. La pila del no es la más grande.

Mi padre y mi hermano tienen el mismo nombre, son el quinto y el sexto respectivamente. Si tenemos un niño, los dos me insistirán en que le ponga su nombre y continúe una línea que se remonta a la Guerra de Secesión. El padre de Rita preferiría que le pusiéramos el nombre de su hermano, que murió en la Segunda Guerra Mundial. Se llamaba Jack, que no va bien con mi apellido. Antes de saber lo

que significaba[24], en la primaria me peleaba a puñetazos con los niños que me llamaban así. Cuando me burlo del nombre, Rita se pone a lloriquear. Al fin y al cabo, me estoy riendo de su tío muerto. Me disculpo y me paseo por la casa como un animal enjaulado hasta que me manda al bosque.

Las sombras matutinas sobre la nieve son azules. El invierno es una campana, un largo repique de silencio a través de los bosques pantanosos. Toda superficie horizontal es un manto blanco, y me duele la rodilla mala. La ribera del río está congelada y forma una frontera blanca ante su curso. El hielo de ambos lados se encuentra en el centro y, como Rita y yo, se unen en un nombre. El centro es por donde el río empieza a derretirse. Se rompe de manera gradual hasta que alcanza la orilla y deja baldas plateadas de hielo que sobresalen de la ribera.

El bosque es blanco y negro, como una fotografía antigua. Conozco los nombres de los árboles, pero no son más que eso, nombres. Los indios sac decían que *kaintuck* significaba «río de sangre». Según ellos, el este de Kentucky estaba lleno de los fantasmas de sus anteriores habitantes, una raza antigua de la que masacraron hasta al último niño. A los sac les asombraba que los blancos quisieran poblar las colinas. El nombre en sí disuadía a su propio pueblo de vivir allí.

El nombre personal más antiguo del que hay constancia es En-lil-ti, grabado en una tablilla sumeria del 3300 a. C. *Rita* es una palabra sánscrita que significa «valiente» u «honesta». Mi nombre significa «portador de Cristo», una carga problemática. Cuando era niño, retiraron la santidad a san Cristóbal, y creí que eso significaba que era mala persona, que su invalidez me desacreditaba. Decidí cambiarme el nombre, pero mi familia se opuso. Libre de unas cadenas así, un hindú escogería un nombre nuevo que marcara un cambio personal de trascendencia. Los *cherokees* podían cambiar de nombre varias veces para adecuarse a sus personalidades durante las distintas etapas de la vida. Quiero que mi hijo y su nombre encajen tan bien que quiera conservarlo de por vida.

A orillas del río comienzo a rastrear un ciervo. Las huellas

vienen en mi dirección, lo que significa que no estoy siguiéndolo, sino desandando su camino, que voy hacia el punto de partida. La nieve en el interior de cada pisada es compacta pero cede, el rastro es reciente. Encuentro la rama baja por la que se ha escurrido el animal: la nieve ha caído del tronco. Yo también me escurro por debajo. La rama me roza la espalda como rozó al ciervo. Las huellas desaparecen en una ligera elevación a unos cuarenta metros del río, en un lugar a resguardo del viento. Hay una franja ovalada de tierra hundida en la nieve. El ciervo ha pasado la noche aquí y ha derretido la nieve bajo su cuerpo. He encontrado el lugar en el que duerme, y eso me otorga un poder tan ancestral como conocer el nombre de un mago.

Me agacho en el perímetro y recupero parte del pelaje perdido. Son pelos rígidos, de unos tres centímetros de largo, de los cuales dos tienen la punta blanca. Me los meto en la barba y me tumbo en la cama del ciervo. Su almizcle denso pende de la tierra, lleno de misterio y fortaleza. En el siglo V a. C., Parménides dijo algo así como que todas las cosas descansan sobre el nombre que los mortales les han dado. Las cepas de los árboles colman mi visión y se convierten en un muro sólido a lo lejos. Me ovillo aún más. Noto el frío del suelo en la cara. Trato de imaginar que duermo aquí en la oscuridad, cómodo con los sonidos de la noche, y que despierto con la primera luz. Las ramas de los árboles se entrelazan a mi alrededor, revestidas de una nieve blanca como la leche.

En la antigüedad, eran las mujeres las que ponían los nombres a los niños, un acto asociado con la lactancia. Comer era una demostración de vida, y la vida exigía una etiqueta. Como los hombres no amamantaban, se les excluía del proceso de dar un nombre. Las mujeres francesas todavía ponen a los bebés un nombre de leche, un apelativo temporal durante la lactancia del niño. Dicho nombre personifica el alma y se mantiene en secreto. La sociedad inuit exige un periodo de espera de tres días antes de poner nombre a un neonato. Antes quieren examinarlo, asegurarse de que su presencia es aceptable para la comunidad. Hasta que el bebé no tiene nombre, no se le considera humano.

Advierto que tengo bastante frío. Siento punzadas en la rodilla débil y me duele el oído malo. Llevo un buen rato aquí tumbado y ya no estoy cómodo. Admitir un fracaso tan simple es peor que mis miedos a ser un padre pésimo. Me enderezo, me incorporo y avanzo entre los árboles. El viento desde el río me abrasa la cara. Pienso en Adán, en la presión implacable de nombrar a toda criatura. Cada palabra pronunciada se convertía en un nombre.

Un árbol tumbado por los castores extiende sus ramas por el hielo, donde el río toca la tierra. La corriente arrastra cientos de pececillos por la superficie. Muchos están muertos, pero algunos todavía bogan con sus aletas endebles. Una docena flota en la poza que ha formado la presa de un castor, y me pregunto si son todos del mismo desove, si todos han nacido y agonizan juntos. Imagino que estoy en el bosque con mis hijos y me doy cuenta de que ya pienso en plural, aunque ni siquiera hemos puesto nombre al primero. El bebé que Rita lleva en su interior va a necesitar una aliada contra mí. Los refuerzos previenen la extinción. Esa necesidad de otro nombre reduce la presión de escoger uno ahora. Como Adán, tengo margen de error.

Pasan flotando más peces muertos, diminutos y plateados, con forma de punta de lanza. La vida dividirá a los hermanos con la seguridad con que una presa divide el río. La diosa hindú Bindumati separó el río Ganges y las lágrimas de Isis provocaban las crecidas del Nilo. Moisés llegó tarde al mito. Padecía un defecto en el habla y confió en la elocuencia de su hermano hasta que se adentraron en la espesura y empezaron las discusiones. Con la vara mágica de Aaron en mente, uso un palo horquillado para sacar un pez del río. Por los puntos negros que tiene detrás de cada ojo, se trata de un sábalo molleja, una criatura frágil, incapaz de tolerar los cambios bruscos de temperatura. Cada año mueren miles en el río, clanes enteros arrasados. Nuestro hijo nunca tendrá un hermano o una hermana mayor ni heredará ropa. Dejo el pez sobre un leño para alguna zarigüeya o algún mapache. Nada muere antes de tiempo.

Bajo la nieve hay una capa de hojas del pasado otoño, y caminar es como pisar un colchón. El suelo está salpicado de huellas y

excrementos de ciervo. Me quito un guante y estrujo una bolita con el pulgar y el índice. Está blanda, todavía caliente. Estoy cerca.

Cuando me detengo en la linde de un claro, un ciervo levanta la cabeza para mirarme con la curiosidad osada de un mapache. El contacto visual directo es una señal de agresión que espanta a la mayoría de los animales, de modo que vuelvo la cabeza y miro a un lado del ciervo. Compartimos el regalo del reconocimiento. Esperará a que me vaya, porque en el bosque no existe el tiempo, solo la vida y la putrefacción, con intemperie en cada extremo. Jamás he llevado reloj. El tiempo es una ficha de Rorschach plegada en una cinta de Moebius puesta del revés y bocabajo. Tiempo es el nombre que damos a la vida. La ciencia moderna nos presenta con un reino, un filo, una clase, un orden, una familia, un género y una especie que designan cada organismo del planeta. Una vez identificados, son nuestros, como un apodo que tan solo conocen unos pocos amigos íntimos. La física cuántica se ha entregado a nombrar lo teórico, que es casi como inventar un nombre para un bebé nonato. Nada existe que no se haya etiquetado; como matar, es nuestra reivindicación del mundo.

El ciervo que estoy observando se mueve para mordisquear una rama, acostumbrado a mi silueta entre los árboles y los arbustos. Algo inmóvil no supone ninguna amenaza. El ciervo vuelve la vista hacia mí de vez en cuando e imagino que reconoce el pelaje que llevo en la barba. Me pica la mejilla, pero me niego a rascarme y provocar la huida del ciervo. Hace eones, nombre y cosa eran lo mismo, un método de comprensión. La palabra *ciervo* viene del latín *cervus*, que significa «cuerno». Poco a poco la palabra pasó de lo general a lo específico. Un cuerno se convirtió en un ciervo. El presente desnuda el pasado.

En sánscrito, *naman* significa «nombre» y «alma». Perros, gatos y caballos reciben de nosotros el regalo condescendiente del nombre porque se someten a nosotros. Mi hermano habla con sus plantas y les pone nombres. El lenguaje, la herramienta más destacada del mamífero más débil, nos protege. Nombrar es conocer, el primer paso hacia la identidad. Un niño, un nombre; el injerto del alma.

Un cuervo entra de lado en un nogal y se posa con el pico abierto, costumbre del ave joven que, desde el nido, espera comida. Al volver la cabeza para mirarlo, el ciervo huye con el rabo levantado como una bandera de rendición. Su espantada abrupta me sobresalta. Noto su miedo, una sensación que lleno con mi propio pánico repentino. Corro por la tierra endurecida, convencido de que Rita está dando a luz.

Al entrar jadeando en la casa la despierto en el sofá. No ha tenido contracciones. El bebé se ha colocado, pero todavía no ha encajado la cabeza: sigue flotando en su río amniótico particular. Le llevo un zumo a Rita y me siento a su lado, esperando, como el cuervo, el sustento vital. Acordamos un nombre. Si es niño, lo llamaremos Sam; más adelante nos preocuparemos por los detalles.

Rita estira los brazos para abrazarme, los pechos hinchados, el pelo sedoso sobre mi cara. El olor a roble blanco recién cortado colma la casa. Nos pasamos el día tumbados en el sofá, contemplando cómo la oscuridad temprana encapota el aire. Pego mi tripa a la suya, siento que el bebé se mueve. La luna cuelga redonda y blanca como un tocón reciente. Avivo el fuego, consciente de que el nacimiento de nuestro hijo abrirá una brecha aterciopelada entre nosotros. Ahora somos compañeros más que amantes, viejos amigos que capean el temporal, seguidores del hábito. Hemos desplegado las alas y nos hemos emparejado de por vida. Lleva mi apellido.

Dos días después de salir de Boston dormí bajo una mesa de pícnic en un área de descanso de Grizzard, Virginia. Tenía el cuerpo agarrotado, pero me sentía en un estado de gracia adrenalínico. La extensión del noreste yacía atestada a mi espalda. Me dirigía al punto más meridional de Estados Unidos, a un pantano gigante, un río de hierba. Decidí dejar el alcohol y las drogas. Los Everglades serían mi centro de desintoxicación, un monasterio. Estaba seguro de que viviría allí el resto de mi vida.

Un camionero paró porque necesitaba a alguien que lo mantuviera despierto. Veinte horas después me dejó en el sur de Jacksonville, donde observé cómo cientos de conductores circulaban por la I-95 sin echarme apenas una ojeada. Caminé varios kilómetros hasta una intersección de la ALA[25] y encontré un mensaje en una señal de tráfico. Rayadas en el metal reluciente del dorso, como si un hombre hubiese escrito su epitafio en plena agonía, estaban estas palabras: «El peor lugar de Estados Unidos para hacer dedo. 3 días aquí. Puta Florida. Fritz».

Debajo había un dietario de la carretera igual de escalofriante:

3 días. Will.
27 horas. Schmitty.
17 horas. Larry.
2 días ½. Pablo.
32 horas. Phil.
1 día, 4 horas, 18 minutos. Pete el Pulga.

Al fondo del todo de la señal, grabado por una mano

temblorosa, estaba el último: «De aquí no pasas, primo. Date la vuelta, fúmate un canuto, píllate un pedo».

Florida estuvo sumergida hasta hace unos miles de años, lo que la convierte en la última gran masa de tierra en emerger. Al leer la señal deseé haberme quedado en el mar. El pueblo turístico de Flamingo era mejor que estar a seiscientos cincuenta kilómetros. Decidí probar suerte, encomendarme a quienquiera que fuese la diosa que velaba por los vagabundos y las marismas, y lanzar el pulgar al viento. Para huir del sol, me coloqué en la rebanada de sombra que arrojaba la señal. Siete horas después seguía allí, comido por los bichos, delirando por el calor, encarando el reverso de la libertad: la desesperación entumecida de la inmovilidad.

A catorce kilómetros al este estaba el océano, una eternidad a años luz de distancia. El resto del continente se expandía ante mí como un abanico. Me di cuenta de que no tenía ni pajolera idea de qué pretendía; de hecho, nunca la había tenido. Doce años después de haber salido de Kentucky, seguía vagando por el siglo XX, ineluctablemente solo y sin que la cosa hubiese mejorado, acostumbrado sin más a las circunstancias. El Oeste estaba vallado, el Everest escalado y África prospectada. Incluso en el Tibet había hombres blancos que lo recorrían como una plaga. El autostop era un sustituto patético de la aventura. De joven, me había parecido el medio de transporte ideal, pero ya había cumplido los treinta y la excusa de la juventud había quedado atrás. Por primera vez en mi vida, me sentí viejo.

Crucé la autopista, giré hacia el norte y me recogió un viejo pescador que llevaba un pequeño esquife en una camioneta. El último tercio del bote sobresalía de la trasera. Me dijo que me sentara en el esquife. En cuanto atravesamos Georgia, di unos golpes en la ventanilla y salté. Me dio medio bote de espray antipulgas, el regalo más útil que me han hecho jamás. Al amanecer, el bote estaba vacío y ya ni me molestaba en rascarme las picaduras que me cubrían el cuerpo. Tenía el contorno de los ojos tan hinchado que apenas veía. Cuando salí de entre los arbustos dando tumbos, dos universitarios detuvieron su coche. Que fuese víctima

de los insectos y no un camello echado a perder pareció decepcionarlos. Por lástima, accedieron a llevarme hasta Florida.

En Miami, cogí un autobús a Florida City. El conductor no hablaba inglés, lo que explicaba por qué tantos neoyorquinos se mudaban aquí: se sentían como en casa. Florida City era la última ciudad antes de los Everglades, y me pregunté de pasada cómo saldría de Flamingo una vez llegara allí. La humedad del ambiente me empapaba como una esponja. Fui a la terminal de autobuses y llamé a Bucky, que dijo que salía para allá. Detrás de la taquilla había un viejo mascando rapé. Le dije que iba a los Everglades. Soltó un torrente de tabaco que salpicó una pared manchada.

—Me da que no —dijo.

—Tengo trabajo allí.

—Tú no vas a ninguna parte.

—¿Por qué no?

—Porque ya estás en los Everglades.

Salí a esperar a Bucky. Desde las afueras de la ciudad, el paisaje monótono de hierba segada y juncos se extendía en todas direcciones, desprovisto de la impronta de la humanidad. Por encima de la fila de árboles había un cielo gris pálido. Me picó un mosquito. Poco a poco y luego de repente me di cuenta de que la forma en que me habían contratado era poco habitual. Mientras la humedad se me pegaba al cuerpo y me calaba la ropa, me pregunté si haber venido a Florida en agosto había sido un error. Tenía sesenta dólares en un calcetín, suficiente para irme a cualquier otra parte. Revisé mi mapa. Con el lago Okeechobee en el centro, Florida parecía una tortuga que asomaba la cabeza por el caparazón de Estados Unidos. Desde otro ángulo, el estado se asemejaba a un *lingam* agrietado y flácido, y me dirigía a la punta. Aquel mapa arrugado me resultaba horriblemente familiar. Si me marchaba, no sabría adonde ir. Había vivido o atravesado la mayor parte del país.

Un hombre bajito y fornido con un sombrero de *cowboy* aparcó su camioneta junto al bordillo.

—Hostia puta —dijo—. ¡Civilización! ¿Eres Chris?

Asentí. Escrutó mi rostro hinchado.

—Bueno, para ser naturalista no te veo muy natural.

Bucky me pasó un bote de repelente antimosquitos e hicimos treinta kilómetros en coche a lo largo de una carretera asfaltada y estrecha que serpenteaba entre manglares arracimados y hierba segada hasta el infinito. Señalaba puntos de referencia que eran poco más que baches: Mahogany Hammock, Long Pine Key, un otero pintoresco de apenas un metro de altura. En la carretera había serpientes, atraídas por el calor del asfalto. Aves enormes pasaban por encima a toda velocidad.

La carretera se abría en el pueblo más patético jamás erigido desde el primer campamento de Ponce de León. El edificio más importante de Flamingo tenía dos pisos y un pasillo techado que daba a la bahía. Debajo había un embarcadero. A lo largo de la costa había una hilera de cabañas bajas y desvencijadas, cada una asentada en el suelo blando con una inclinación y un sesgo distintos. Bucky se roció repelente, abrió la camioneta y corrió hasta la puerta más cercana.

Pese a ser de día, no había nadie a la vista; tampoco coches en el aparcamiento. Una polea tintineaba en un mástil desnudo. Tuve la sensación de que la realidad se me había escapado: me habían masacrado en la autopista y esta era una forma de vida de ultratumba particularmente malévola. Cuando bajé de la camioneta, un escuadre n de mosquitos localizó mi cuello y mi cara. Corrí hasta la puerta misteriosa, la abrí de golpe y entré a traspiés.

—Por los clavos de Cristo —dijo Bucky—. Que no entre la marisma.

Cerró de un portazo y nos pasamos el siguiente par de minutos matando mosquitos. Me dio una camisa oficial de naturalista, cuyo precio me descontaría de la paga. Me asignó una habitación y me informó del horario de comidas de los empleados. La comida y el alojamiento también me los descontaría. Le pregunté si iba a cobrar con un pagaré, pero no pilló la broma.

—La cena te la has perdido —dijo Bucky—. Después del desayuno verás al capitán Jack.

—¿Dónde está la gente?

—¿Qué gente?

—La que sea.

—Hoy no hay turistas. Los empleados apenas salen. —Me estrechó la mano—. Bienvenido a las marismas.

Cogí mi mochila y corrí a mi habitación; mientras encajaba la llave tuve que soportar varias picaduras. Había un baño insalubre, dos camas dobles y una puerta corredera que ofrecía una panorámica del océano al nivel del suelo a unos cien metros. La humedad ambiental era sofocante y había moho en los rincones. Encendí el aire acondicionado, que soltó un chorro débil de aire caliente.

Deshice la mochila y me puse a leer el libro sobre Florida, en lugar de limitarme a mirar las fotos, tal y como había hecho en Boston. La altitud se medía en centímetros. El fruto del manzanillo era soluble en agua y tan tóxico que si te refugiabas de la lluvia bajo sus ramas te podías envenenar. Había entrado de manera voluntaria en el ambiente más hostil conocido por el hombre. Ponce de León pasó la mayor parte del tiempo en la isla de Bimini, y ahora sabía por qué.

Un aporreo constante me despertó al amanecer. Bucky entró en albornoz, con sombrero de *cowboy* y botas.

—¿Sabes cocinar? —dijo.

Meneé la cabeza.

—¿Conoces a alguien que sepa?

—Acabo de llegar.

—Cierto, cierto, el naturalista. Olvídate de desayunar, el cocinero se ha ido. El barco se ha estropeado, o sea que hoy no tienes que trabajar. Qué suerte, cabrón.

El Heron era una gabarra de fondo plano con diez filas de bancos debajo de una marquesina. Por la mañana, a la luz filtrada por la bruma que se levantaba desde las marismas, el barco parecía tan apto para la navegación como un ladrillo. El casco mostraba una capa gruesa de algas y mugre que colgaba de la madera como encaje raído. Había recorrido casi dos mil seiscientos kilómetros para adorar a mi embarcación, con la idea de llamarla «ella», y hallado a la arpía de la triple diosa.

Del Heron podía decirse, como mucho, que igual no hacía agua.

Un mandamás motero llamado Dirt concluyó que, para arreglar el motor, había que sacarlo del barco. Le ofrecí mi ayuda. Equilibramos el motor sobre la regala ancha del barco y empezamos a moverlo poco a poco hasta el muelle. La presión lateral apartó el barco del embarcadero. Dirt gritó y solté el motor, que cayó al agua verde oscuro de la bahía de Florida. Dirt se abalanzó hacia mí, con temblores en varias partes de la cara. Yo retrocedí y él dio varios puñetazos al puente.

Abatido, Dirt se quedó sentado en la popa durante las tres horas siguientes, mirando por la borda el lugar por el que el motor se había hundido. Cada vez que me apartaba de la proa me miraba con tanta rabia que regresaba a mi puesto a pelearme con los mosquitos. Bucky llegó por fin, con una sonrisa de rana.

—A la mierda el motor —le dijo a Dirt—. Ya tengo pedido uno nuevo. Llegará en una semana.

—A la mierda tú —dijo Dirt—. Ese me encantaba.

—Es bueno de puñetas, Dirt. Bueno de puñetas. ¿Tienes hambre?

—¿Ha vuelto Rafe?

—Fue a ponerse tetas a Miami y volvió corriendo con Slim. —Bucky me miró—. Son maricas latinos. —Como no respondí nada, un gesto de desazón le cruzó velozmente el rostro—. Sin ánimo de ofender, por si también lo eres.

—No lo soy.

—De todas formas, da igual. Slim es un inútil, pero Rafe era cocinero en La Habana. Tuve que aceptar a la clueca para quedarme con el gallo.

Después de comer, me enteré de que en Flamingo no había playa. Al parecer, ni la tierra acababa ni el océano empezaba, sino que en un punto impreciso la una se convertía en el otro, en una fusión cuyos límites cambiaban según la marea. Los mosquitos cazaban en nubarrones negros. Una etiqueta diminuta en el bote de repelente advertía de que el espray corroía el plástico, deterioraba el barniz y los humanos no debían ingerirlo. Limité su uso a la ropa y

soporté una media de ciento cincuenta picaduras diarias. No tardé en desarrollar algo parecido a la inmunidad.

Mientras esperábamos el motor nuevo, conocí a varios compañeros de trabajo. Rafe y Slim formaban parte de una excarcelación masiva de sociópatas y disidentes que Castro había llevado a cabo. Slim me dijo que amaba Cuba por haberlo liberado y que odiaba Estados Unidos por haberlo puesto a lavar platos en una marisma. Rafe llevaba rulos en el pelo, se depilaba las piernas y en la cocina llevaba, según dijo, «unas bailarinas apropiadas». Perdía los estribos tres o cuatro veces a la semana.

El pinche haitiano era un tipo amable que fumaba porros abiertamente y al que todos llamaban «el haitiano» sin más. Recorría la costa sin parar en busca del sueño floridano: un fardo de marihuana perdido que trajera la marea.

El trabajador más veterano era un camarero llamado Grimmes que siempre iba con camisa blanca y pantalones negros. Había pasado tanto tiempo al trote para escapar de los mosquitos que dentro mantenía la costumbre. Ni yo ni nadie había oído hablar a Grimmes. Era blanco de las burlas de las únicas tres mujeres solteras de todas las marismas; las tres se llamaban Vickie. El consenso general las identificaba como Vickie Uno, Vickie Dos y Vickie Tres. Una era la gigante madre primigenia de las marismas primordiales. Los pechos le empezaban en la garganta y descendían en una parábola que moría en una misteriosa región inferior por debajo de un vestido holgado. Su secuaz principal apenas medía metro y medio y no paraba de hablar. Siempre llevaba los mismos vaqueros, con el botón desabrochado. La tercera era la mayor, parecía alopécica y aseguraba que le habían disparado durante un allanamiento.

Las tres Vickies se separaban por la noche según se les antojara y según los hombres; vivían unas vidas extraordinarias para ser unas mujeres de apariencia tan llana. Eran altas sacerdotisas con lo mejor de una consorte. Se movían en cuadrilla con Rafe y Slim, y generaban una sexualidad andrógina cuyo calado rivalizaba con la humedad de las marismas. Todas olían a salitre, sexo y ginebra.

El lugarteniente de Bucky era una rubia con el cableado cerebral de un reptil. Rose tenía un ojo de cristal burdo en la cuenca izquierda y cojeaba sobre una zurda protésica. El haitiano le tenía tanto miedo que si alguien mencionaba su nombre se santiguaba de inmediato, se quitaba el cinturón y se lo pasaba por las trabillas en la dirección opuesta.

Antes de llegar ya tenía un enemigo. Mossy había hecho de naturalista interino antes de que pudieran encasquetarle el trabajo a otro. Era muy alto, delgado de cintura para abajo, y tenía seis dedos en una mano. La cara y el cuerpo de Mossy personificaban el mito estadounidense, pues incluían un gen de cada inmigrante que hubiese cruzado el Atlántico. Por desgracia, también conservaba elementos de quienes entraron por el istmo durante la Edad de Hielo. Una semana antes, se había arrastrado por una mesa del salón detrás de un insecto que no alcanzaba a identificar. Los demás trabajadores apartaron tranquilamente sus platos para que pasara. De repente reconoció al bicho, se puso de pie en la mesa y perdió el pelo de la coronilla con el ventilador de techo. Por casualidad, yo había llamado al día siguiente y me habían contratado. Mossy me detestaba por haberle usurpado el curro.

Otros miembros del personal se movían por las marismas de un modo tan periférico que no llegué a conocerlos. El goteo de trabajadores era continuo y diario. Algunos duraban un día entero, pero la mayoría salía por patas al cabo de unas horas. La policía estatal persiguió y arrestó a dos. Como el molíate y los aguaceros, no podía caer más bajo.

El pasillo techado era un puente abierto que conectaba el edificio principal con el parquecito de la oficina del guardabosques. Dentro había un mapa amplio y cuadriculado para trazar el avance de las tormentas africanas hasta Florida. El guardabosques era del Bronx. Se pasaba las horas con una radio diminuta, intentando escuchar los partidos de los Mets.

Al principio, la vida en Flamingo me recordó a una pensión: habitada por pirados y parias, dados que caen de la mesa, arrugas en el rostro de Dios. Tras una semana respirando el aire cargado,

cambié de perspectiva. Éramos humanos involucionados que habían elegido aproximarse a los cimientos de su existencia, que no vivían ni en tierra ni en el agua, sino en un mundo extraño a ambos. La existencia transitoria evitaba que cualquiera intimara demasiado. Nadie hacía preguntas. La elección de vivir en una marisma implicaba un pasado que de un modo u otro era peor y que, por lo tanto, merecía la pena dejar atrás. Los Everglades eran la versión estadounidense de la Legión Extranjera francesa, y el sueldo escaso nos dejaba a todos atados corto.

No tardé en perder peso por el menú diario de prisión cubana. La fécula era la base, con verduras enlatadas hervidas hasta la flacidez. La principal preocupación de Rafe era almacenar comida resistente a la humedad, porque al pan le salía moho de la noche a la mañana. No había productos lácteos en cincuenta kilómetros a la redonda. El desayuno consistía en huevo en polvo mezclado con agua y revuelto hasta formar un mortero del color de los brotes de sauce. Empecé a comer solo fruta.

A la hora punta de los mosquitos, me apoltronaba en la oficina del guardabosques con el aire acondicionado y leía folletos sobre las marismas. El tipo era incapaz de contestar a ninguna de mis preguntas. No le gustaban las marismas y yo no le caía bien. Cogí prestados todos sus libros y aprendí lo suficiente como para que cualquier turista desgraciado creyera que conocía la zona como un seminola. Dos semanas después de mi llegada, Dirt instaló el motor nuevo. Se me acabaron las vacaciones. El día previo a iniciar mi ocupación en el barco turístico, me apliqué una capa de barro en la cara y las manos y me adentré en los manglares.

Me perdí enseguida. Los árboles se alzaban por encima de mi cabeza y sus ramas formaban un dosel tenue. Una miríada de insectos se arremolinaba sobre el fango y se me metían en los oídos, la boca y la nariz. El agua salpicaba de un modo misterioso en todas direcciones. Pese a no haber dado ni una docena de pasos, era imposible distinguir mis pisadas. El pánico me empapó como el queroseno. Quise correr y gritar. Mis sentidos se volvieron tan lúcidos que podía sentir cómo el sudor pujaba contra el barro que

me llenaba los poros. No veía nada salvo la extraña familiaridad celular de la tierra húmeda. Se me enganchó la bota en una raíz sumergida y me caí. El agua me limpió el barro de la cara y los mosquitos atacaron. Gateé hasta el árbol más cercano y empecé a trepar, los pies resbalando de las ramas, las hojas ásperas raspándome la cara. El árbol era pequeño, pero se entremezclaba con otro más grande, y pude maniobrar de árbol en árbol por encima del agua. Una línea de luz solar perforó el follaje. Me acerqué, resbalé con el pie de apoyo y caí fuera de las marismas, a pocos metros del lugar por el que había entrado.

Dos figuras recortadas caminaban hacia mí, una baja, otra enorme.

—Ahí tienes al naturalista —dijo Bucky—. Que me aspen si no es el más serio hasta la fecha.

Hice visera con la mano y miré la cara avejentada del capitán Jack.

—¿Eres un tipo serio? —dijo.

Asentí. Cogió el camaleón de medio palmo que tenía al hombro. Lo sostuvo con el pulgar y el índice y le apretó la tripa hasta que las mandíbulas diminutas se abrieron de par en par, como una pinza de tender. Se acercó el lagarto a la oreja y lo soltó. El camaleón cerró la boca en torno al lóbulo del capitán y agitó a lo loco las patas en el aire. Me eché a reír.

—Me servirá —dijo el capitán.

Bucky frunció el ceño con los brazos en jarra y meneó la cabeza. Fue la primera y la única vez que lo vi incapaz de mostrar su sonrisa de gerente.

El capitán Jack subió con soltura a bordo del Heron y me miró con cara de estar esperándome. Llevaba el pelo al rape, blanco como la sal. Sus ojos eran dos rendijas en una cara arrugada por el sol. Tenía el mentón ligeramente elevado, la nariz aguileña, el porte de una estaca y el aire de un estadista romano.

—¿Has navegado alguna vez, chaval? —dijo.

—No, señor.

—Tú suelta amarras, que yo me ocupo de lo demás.

—Sí, señor.

—¿Has hecho la mili?

—No, señor.

—¿Llamas «señor» a todos los hombres?

—A veces.

—¿Y eso?

—Mi padre me obligaba.

—¿Él sí hizo la mili?

—No, señor.

Me miró fijamente durante casi un minuto. Miraba de verdad, te estimaba en el sentido más antiguo de la expresión. Cuando habló, su voz sonó más baja que antes.

—No tienes por qué llamarme «señor».

Solté amarras y nos alejamos del muelle en dirección a la bahía. La hilera de edificios destartalados de Flamingo resultaba el doble de patética desde el mar, vulnerable y solitaria, como si los hubiese dejado ahí la marea en lugar de haber sido construidos por el hombre. Nos adentramos en un canal y avanzamos tierra adentro. Los manglares rojos goteaban un tanino que teñía el agua del color mate de la sangre reseca. El capitán Jack redujo el motor hasta un ralentí continuo y monótono. Nuestro rumbo trazó una curva hasta que estuvimos rodeados por una arboleda oscura.

—¿Qué te ha pasado en las orejas? —dije.

Las tenía corrugadas, como los dientes de un serrucho, rojas y melladas.

—Tuve cáncer. Te sale por los reflejos del sol en el océano. —Miré hacia el mundo ensombrecido de la orilla—. Supongo que aquí estamos a salvo.

—Sí —dije—. Este es uno de los sitios más oscuros de la Tierra.

El paisaje sombrío quedaba atrás. Por encima del traqueteo ímprobo del motor se oía el zumbido de millones de insectos, devorando y siendo devorados, viviendo la vida durante una sola estación. El capitán Jack fijaba la vista al frente y gobernaba el Heron por intuición.

—Ojo con ese tronco, chaval.

Miré hacia donde sus ojos me indicaban y solo vi una infinitud de manglares nudosos y de raíces ocasionales de cipreses. La estela del barco se extendía detrás de nosotros como la cola de un pavo real. Esperaba oír el ruido del tronco al golpear la proa, su impacto sordo contra la eslora, la hélice destrozada.

—A babor —dijo.

Apenas visible en el agua turbia, un tronco se alejó a flote de nosotros, su superficie nodular mezclada con la marisma. Dio contra una franja de barro de la orilla y retomó su emersión. El agua se retiró a medida que un hocico ahusado ascendía por la ribera, seguido de dos patas rechonchas, un cuerpo largo y acorazado, dos patas más y una cola escamada que dragó el barro. El cocodrilo empezó a caminar en paralelo al barco, con la cabeza erguida, como si se enorgulleciera. Sentí envidia y asombro. Pasaron trescientos millones de años durante los cuarenta segundos que lo observé salir a tierra desde el agua.

—Pequeño —dijo el capitán Jack—. No da ni para seis bolsos.

Llegamos a Coot Bay, una laguna bañada de luz en la que las mariposas revoloteaban entre las ramas. Nuestro pasaje pareció menos premonitorio. Mientras nos internábamos en el último recodo que daba al golfo, un águila atacó a un halieto en el cielo. El halieto soltó el pescado que llevaba y el águila lo atrapó al vuelo. El capitán Jack llamaba a las águilas «las ratas del aire».

Durante las tres semanas siguientes, navegamos por las marismas dos veces al día. Una tarde hicimos un viaje hasta la bahía de Florida y contemplamos cómo el sol se ponía por detrás del golfo, manchando de rosa y escarlata las largas franjas de nubes. En ocasiones, los delfines cabriolaban a nuestro lado, expulsando al aire chorros de agua. Los gritos plañideros de las gaviotas se perdían en el ocaso.

Me puse en mitad de cubierta con unos prismáticos y un equipo de sonido portátil para identificar aves, árboles, un manatí o un cocodrilo de vez en cuando. Lo que más me entusiasmaba era leer sobre huracanes. Llegaban de media cada siete años y el último de una fuerza considerable databa de 1926. Los Everglades estaban

ahora seriamente congestionados, densos y estancados. Los huracanes hacían de máquina purificadora gigante, despejaban la marisma de malezas y depositaban semillas y suelos nuevos, empujaban a las aves tropicales de la isla hasta el continente. La naturaleza necesitaba huracanes. Eran tan imprescindibles como los incendios forestales en el noroeste.

El guardabosques me dio una libreta de papel milimetrado para que cartografiara el curso de las tormentas. En Cayo Hueso, una estación actualizaba el parte meteorológico cada hora, y el capitán Jack me prestó una radio. De tres borrascas tropicales, solo una acabó en tormenta, pero perdió fuerza a medida que cruzaba el Atlántico.

Cuando se cancelaba un *tour* por culpa del mal tiempo, el capitán Jack y yo charlábamos. Durante los cuarenta años que había pasado en la Guardia Costera, había matado a tres hombres, y solo se arrepentía de una de estas muertes. Los delincuentes se dedicaban sobre todo al contrabando. Le pregunté si sabía español y afirmó que lo suficiente para comunicarse en el mar.

—A ver cómo suena —dije.

—*¿Cómo se llama? ¿De dónde es? Todo es una mentira. Salga de la barca*[26].

—¿Qué has dicho?

—He preguntado por el nombre y la procedencia. Luego he dicho que todo es mentira y que se baje del barco.

—¿Algo más?

—No. Nunca me hizo falta nada más.

Casi todos nuestros pasajeros eran turistas europeos que hacían su primera parada en Estados Unidos. Los franceses se quejaban de que nuestro pan estaba demasiado blando, a los británicos les inquietaba la malaria y los alemanes odiaban nuestra cerveza. Un día, treinta franceses abarrotaron nuestro barco. Nos internamos en la bahía y avisté un tronco que flotaba en paralelo a la orilla. Seguí el ejemplo bilingüe del capitán Jack y chapurreé en mi mejor francés:

—*¡A droit, a droit!* ¡Cocodrilo *a droit*!

El grupo al completo reaccionó como si hubiese anunciado que

la uva del nuevo Beaujolais era una maravilla. Se arrimaron a empujones a la barandilla, sacando fotos y refunfuñando en tono educado. El barco se ladeó hacia estribor. Un niño de cuatro años se asomó por encima del agua, con el cuerpo entre los barrotes. Lentamente, sus pies se elevaron por los aires y vi cómo sus piernecitas resbalaban por la borda. Sin pensarlo, salté la barandilla de hierro y caí al agua asquerosa, donde apenas hacía pie. Agarré al niño de los pelos. Algo me golpeó en la cabeza y lo perdí. Flotando a mi lado, atado a un cabo, estaba el salvavidas. El niño nadaba a lo perrito tranquilamente, se le daba mejor que a su rescatador. Cogí el salvavidas e hice señas al niño, que me sacó la lengua y me hizo una mueca. Le eché agua en los ojos y lo agarré del cuello.

Cuatro hombres tiraron del cabo y lo devolvieron al barco. El capitán Jack tenía una mano en el timón y en la otra una pistola que yo no sabía que llevaba encima. Me di un cabezazo contra el casco. Aupé al niño, que me soltó una patada en la cara. Cuando por fin me subieron al barco, la hemorragia nasal me había manchado la camisa. El niño estaba en brazos de su madre.

El capitán Jack viró el Heron hacia el embarcadero y lo amarré al continente. Me acordé del chaval que se había caído del caballo en Nueva York y me pregunté si con el rescate de este niño habría ajustado cuentas con el cosmos. Mientras desembarcaban, los pasajeros me dieron besos en las mejillas sin parar. El capitán Jack parecía muy apenado.

—¿Qué ibas a hacer? —dije—. ¿Dispararme si no lo rescataba?

—No —dijo—. Era por los tiburones.

—¿Cómo?

—Cuando baja la marea se quedan aquí atrapados. No pueden ir más allá del arrecife. Has saltado a un agua llena de tiburones, chaval. Una tontería de puñetas.

Intenté sentarme y me caí del banco.

—Levanta, chaval —dijo—. Estás bien. A mi mujer le alegrará que te sumes a la cena.

Me cambié de ropa y cruzamos las marismas en coche hasta Homestead. De vez en cuando me echaba un vistazo y meneaba la

cabeza. La señora Jack era muy voluminosa y me trató como al hijo que vuelve a casa de la universidad. Me sirvió guiso de pescado repleto de verdura, mi primera comida de verdad en meses. El capitán Jack asentía mientras ella hablaba de sus cosas: del huerto, que siempre se echaba a perder, de una partida de *bridge* con una mujer que le caía mal, del precio de la lechuga. Me pareció que entre los dos había un pacto relativo a la comunicación, quizá como resultado de una vida entregada a las dudas sobre si el capitán volvería a casa con vida. Alabé la comida y pregunté que era.

—Tiburón —dijo—. El favorito del capitán.

Él rio en silencio; luego me llevó a un porche acristalado y allí encendió su pipa. Ponía la cazoleta bocabajo, una costumbre marinera. No hablamos, aunque tuve la sensación de que esa era su intención. Estar tierra adentro operaba un cambio entre los dos, un movimiento tectónico menor que éramos incapaces de salvar. A las diez dijo que era hora de irse a la cama.

Me acompañó a una habitación con un póster de John Wayne tamaño natural en la pared. Había una estantería con una hilera de coches en miniatura y un guante de béisbol lleno de polvo. En el escritorio había un retrato enmarcado de un hombre joven y estoico con uniforme de marine. Al lado había una cajita. El capitán Jack hizo un gesto con la cabeza hacia la fotografía.

—Mi hijo murió mientras salvaba a tres hombres. Una tontería de puñetas. —Abrió la caja, en cuyo interior había una Estrella de Bronce con la banda desvaída—. Flaco favor le hizo aquello —murmuró—. A él y a su madre. —Cerró la caja, la devolvió al lugar exacto del escritorio y salió a la oscuridad del pasillo—. Una tontería de puñetas —repitió.

Apagué la luz y me quedé junto a la cama un buen rato. Me desvestí, hice un rollo con los pantalones, los envolví con la camisa a modo de almohada y dormí en el suelo.

Al día siguiente, el haitiano desapareció del parque. Lo habían arrestado por posesión mientras me encontraba en la casa del capitán, y los rumores eran simples: me había chivado. Nadie comía conmigo. Si me sentaba con los demás, se iban. Incluso Bucky se

puso más formal, un poco distante, como si estuviese dejándome ir a lo mío. Seguí trabajando con el capitán Jack a bordo del Heron, pero hablábamos menos. Se mostraba áspero e impaciente. Su hijo se había interpuesto entre nosotros de una manera que nunca llegué a entender. El capitán Jack parecía molesto con que tuviera información sobre él, de esa clase de enfado que un hombre siente hacia el amigo que le ha salvado la vida.

Mi libreta de poesía oficial no tardó en llenarse de entradas de diario. Como no tenía amigos y estaba allí varado, el diario se convirtió en un grito prolongado a las marismas, la cháchara incesante de un hombre que hablaba consigo mismo. Fue mi periodo más productivo.

El aire caliente que llegaba desde la costa de África se topó con un punto de bajas presiones alimentado por vientos fríos. Calor y frío se arremolinaron hasta formar una borrasca tropical que cruzó el Atlántico, ganó fuerza y siguió la vía tradicional de las tormentas. Cuando alcanzó el estatus de tormenta y le pusieron el nombre de Jacob me entusiasmé. La estación de radio de Cayo Hueso daba la latitud y la longitud varias veces al día, y yo lo cartografiaba todo en mi libretita milimetrada. Como la tormenta se negaba a disiparse, tuve cada vez más esperanzas, y me quedaba en mi habitación escuchando la radio. El locutor arrastraba las palabras al hablar. Tenía la costumbre de hacer pausas tan largas entre las frases que me daba tiempo a plantear preguntas sobre lo que iba a decir. Si acertaba, parecía que me las contestara y que estuviera conversando con alguien.

—¿Desde dónde emites, Joe? —preguntaba.

—Aquí Joseph Grady desde Cayo Hueso…

—¿De qué nos vas a hablar?

—… con novedades sobre la tormenta tropical Jacob…

—Estupendo, ¿dónde se encuentra?

—… a unas cuatrocientas millas mar adentro, con vientos de hasta ciento veinte kilómetros por hora. La Agencia Estatal de Meteorología la considera ya un huracán…

Oí un ruido por fuera de la ventana. Esperaba ver una ola

gigante impulsada por Jacob, y descorrí las cortinas de un tirón. Al otro lado del cristal estaba Dirt.

—¡Estupa! —me espetó, y me hizo dos peinetas—. ¡Una puta radio de estupa! —Regresó a la oscuridad, a manotazos con los mosquitos.

Dos días después, Jacob estaba a sesenta millas mar adentro y avanzaba hacia la costa. La vida en el parque seguía igual, salvo por la hostilidad hacia mí, que ya nadie disimulaba después de que Dirt descubriera mi radio. Ignoré a todo el mundo y me concentré en el huracán. En el edificio del guardabosques, comparaba mi mapita con el grande que había en la pared. Los números coincidían, pero las localizaciones del mapa eran distintas. Según mi ruta, Jacob venía directo hacia nosotros, pero el mapa de la pared decía que el huracán pasaría a trescientos kilómetros de Flamingo. Copié las cifras oficiales en una gráfica nueva, volví a trazar el mapa y lo comparé con el de la pared. En lugar de descubrir mi error, descubrí el del guardabosques.

Llamé a la puerta de la oficina. El guardabosques estaba encorvado sobre la radio, sudoroso y tenso. Esperaba oír la voz de Joseph Grady, pero en vez de eso solo me llegó estática distorsionada. El guardabosques dio un puñetazo al escritorio y gimió.

—Qué hijo de puta —dijo—. Base por bolas.

Le enseñé la discrepancia y la cara se le puso blanca como la leche. Tragó un par de veces.

—Tengo que comunicárselo al jefe de los guardabosques —susurró.

Se evacuó a los turistas. El guardabosques recogió el equipamiento y se marchó al anochecer. Bucky decidió esperar otras cuarenta y ocho horas para ahorrarse los gastos de alojamiento de sus empleados en hoteles de Miami. Jacob se acercó otras treinta millas. Joe Grady advirtió de los embotellamientos en la salida de los cayos y recomendó precaución a los conductores. El cielo estaba gris oscuro y la calma era increíble. La marea no paró de subir en todo el día.

A la mañana siguiente, Jacob se extendía por el horizonte como un monstruo. Al mediodía, el perímetro del huracán barrió las marismas con viento y lluvia. Una hojarasca inusual se pegaba empapada a todas las superficies. El agua había subido casi dos metros, pero parecía que fuera la tierra la que se había hundido. El personal formó un convoy al que nadie me pidió que me uniera. Dirt encabezó la marcha hacia los manglares.

Me fui a mi habitación a redactar un testamento: se lo dejé todo a mi hermano. Intenté escribir un poema, pero no supe ir más allá del título: *Flamingo azul*. Envolví mi diario con una bolsa de basura, me puse un poncho y saqué la mochila. Jamás me había sentido tan sereno. Jacob se había acercado. Trepé por la estructura del pasillo techado hasta las vigas del tejado. Más abajo, la bahía estaba troceada de blanco, llena de ramas. Até la mochila detrás de un poste de acero a resguardo del mar, de cara al resto del continente.

Años atrás, había salido de Kentucky y puesto en marcha un modelo de exilio repetitivo que había acabado por arrojarme a unas marismas que se hundían a toda velocidad. Me había adentrado en el mundo para hacerme un hombre y había terminado sintiendo apego por muy pocas cosas. La mitad de mi vida había consistido en una secuencia de intentos desganados de autodestrucción. Ahora me enfrentaba a una muerte noble, a una muerte con honores ante un dios tormentoso. Sentía que había convocado al huracán como el granjero que llama a sus cerdos o el chamán que provoca la lluvia. Jacob venía a por mí e iba a encararlo de buena gana. *Hoka hey*[27].

Durante un breve momento de calma, oí la gran Harley de Dirt en el aparcamiento. Detrás de él iban los coches. Salté al pasillo techado y le pregunté por qué habían vuelto.

—En la carretera el agua me llega por encima de la cintura —dijo Dirt.

Miré a Jacob, que se cernía a unas veinticinco millas de distancia. Nos habíamos convertido en una isla. Un manotazo de lluvia me cruzó la cara. Todos corrieron a refugiarse y yo me eché a reír. Nadie llevaba ropa de agua salvo yo.

Me quedé en el pasillo techado hasta entrada la noche y vi que

Dirt y Slim se colaban en el bar a la carrera. Hicieron tres viajes: sacaban cervezas y licor en cajas, sin parar de reír como locos. La noche era oscura como las entrañas de un cuervo. Aburrido de mi vigilia mortal y exhausto de batallar contra el viento, me fui del pasillo techado. Por una puerta abierta que daba a una sala vi a varias personas desnudas, todas con una botella de alcohol en la mano.

Me fui a mi habitación y desperté con el agua a cinco metros de mi puerta trasera. Joe Grady me dijo que el huracán se había detenido a dieciséis millas de la franja de Florida. Me vestí y me enfundé el poncho. Fuera, Rafe vomitaba tranquilamente, vestido solo con un sujetador. En el comedor, dos personas comían melocotones en almíbar y bebían cerveza. Me preparé un sándwich y di un paseo hasta donde acababa la tierra.

El ojo de un huracán es lo bastante grande como para que los aviones vuelen en su interior. Desde su eje central se extienden en espiral decenas de brazos compuestos de viento y lluvia. Cuanto más lejos están del núcleo, más se entremezclan. El ojo de Jacob estaba tan cerca que se distinguía cada uno de los brazos. A medida que el huracán giraba, un brazo tras otro azotaba la costa, como los radios de una rueda de carreta. Tres minutos de un viento de una fiereza increíble traían una lluvia horizontal de perdigones grandes como piedras. Escampaba de repente y entre brazo y brazo pasaban otros tres minutos de calma absoluta. Luego el ciclo se repetía.

Me senté a unos metros del mar y observé cómo el horizonte oscurecía por la izquierda y se despejaba por la derecha. Mientras el huracán giraba, los colores intercambiaban lados. Parecía que el cielo diera vueltas como una peonza, con destellos blancos y negros. El tiempo progresaba en un bucle hipnótico de viento lluvia calma, viento lluvia calma. Los momentos de calma absoluta eran los más aterradores, una finta antes de que Jacob liberara otra descarga.

Un pelícano enorme intentaba volar contra el viento. Aunque estaba a pocos metros de mí, no alcanzaba a oír el sonido de sus grandes alas. El ave parecía suspendida en mitad del aire, incapaz de avanzar pese a sus esfuerzos. Una racha repentina la arrojó contra el

suelo con una fuerza brutal.

Anocheció pronto y regresé al comedor en busca de comida. Esquirlas de botellas de *whisky* rotas destellaban a mis pies. Había empezado a formarse moho en las sobras desperdigadas por las mesas y el suelo. Alguien dormía en un rincón. Dirt estaba sentado en una silla plegable como el miembro de una realeza perdida en un reino desquiciado, abierto de piernas para hacer sitio a Vickie Uno, arrodillada frente a él.

—No está mal —decía—. Usa el cuello, no los hombros.

Me hice un sándwich, encontré unas zanahorias y salí al pasillo techado. La sombra de mi libreta envuelta colgaba del puntal de acero como una crisálida. El arrullo de la calma era tangible, una noche cálida en los trópicos. Desde la bahía llegaba el sonido de los golpes constantes que el Heron daba contra el muelle. Los manglares y el océano se entremezclaban con el cielo en una vasta oscuridad, como si el mundo se hubiese vuelto del revés para crear una cueva. La lluvia resonaba en mi poncho como perdigonazos. El agua caía a borbotones del pasillo techado.

Puse las manos en alto mientras el viento llegaba desde todas partes y me enredaba el poncho contra la cara. Una racha tremenda me levantó del suelo. Mi cuerpo se ladeó por encima de la bahía, el viento me empujó hasta la barandilla y mis piernas se elevaron tras de mí. Durante varios segundos quedé suspendido en el aire, a la espera de una ráfaga que me estrellase como al pelícano. Grité al huracán, lo reté a venir y lo maldije por su negativa.

El viento roló, mis piernas cayeron y di de rodillas contra el cemento. Otra racha me estampó contra la barandilla. Grité y fui incapaz de oírme. El viento amainó a medida que el tentáculo de Jacob seguía su curso en espiral. Bajo la lluvia súbita me di cuenta de que estaba llorando, frustrado al máximo por el fracaso que suponía mi derrota. Me fui a mi habitación y me duché por primera vez en tres días. Los ojos me dolían por el polvo que arrastraba el viento. Apagué la radio y me tumbé en la cama tiritando, decepcionado por tener que tragar con la vida.

Jacob cesó por la mañana.

La luz del sol centelleaba en el agua bajo un cielo prístino. El huracán se había llenado la tripa con las nubes y el aire estaba limpio como el de un desierto. El agua había retrocedido unos metros y dejado lodo fresco salpicado de desechos donde antes hubo hierba. La marquesina del Heron estaba hecha jirones. En el barco había un metro de agua en la que una serpiente larga nadaba de babor a estribor en busca de huida. En tierra firme había peces muertos. Mientras subía los escalones del pasillo techado, un cocodrilo cruzó el aparcamiento, raspando el asfalto con la cola y una garceta en la boca.

La bahía se extendía inmóvil, llena de árboles, tablones y manatíes muertos. Trepé a las vigas a por mi libreta. Estaba húmeda pero a salvo. En el comedor, Bucky y Dirt barrían el suelo. Bucky me sonrió.

—Sabía que no nos pasaría nada —dijo.

—Calla —dijo Dirt—. Me duele la cabeza.

Rafe graznó desde la cocina entre ruidos de ollas de acero inoxidable que se estrellaban contra el suelo. Otra voz empezó a gritar en español.

—Coge una escoba —me dijo Bucky.

—Lo dejo.

—Ahora es la mejor época para estar aquí —dijo—. No hay mosquitos. Ni turistas. Ni humedad.

—Me debes seis días.

—El huracán no cuenta.

Me acerqué lo suficiente como para que no pudiera blandir la escoba.

—Claro que cuenta.

Bucky probó a sonreír; luego miró a Dirt, que clavó los ojos en mí. Los dos apestaban y necesitaban un afeitado. Llevaban la ropa tan sucia como la mía.

—El sueldo de seis días —dijo—. ¿Qué queda después de comida y alojamiento? Unos sesenta dólares.

Asentí.

—Te pago el doble si ayudas a limpiar. Tenemos un estropicio

de puñetas.

Meneé la cabeza. Rose apareció por las puertas batientes de la cocina. Tenía el parche del ojo empapado.

—No hay forma de salir —dijo—. Si no trabajas, serás un turista más. Tendrás que alquilar una habitación.

—¿Cuánto cuesta una habitación?

—Unos sesenta dólares.

Dirt me observaba con cautela. Miré los destrozos del comedor, sabía que al anochecer el parque apestaría por los animales en descomposición. Nada de aquello iba conmigo.

—Estupendo —dije.

—Estupendo el qué —dijo Rose.

—Eso —dijo Dirt—. Estupendo el qué.

Su gesto reflejaba una mezcla de curiosidad genuina y enfado. Lo miré mientras hablaba, sin variar el tono de voz. Si había bronca sería culpa suya. La verdad, me daba igual, pero tampoco me hacía falta un puñetazo de buenas a primeras.

—Lo único que quiero es mi dinero.

—Tú mismo —dijo la mujer—. Págale, Bucky. Lo mejor será que se vaya antes del mediodía.

—Eso hará —dijo Dirt—. Conmigo. Hazme un cheque a mí también. Odio este puto sitio.

—Vete y descuelgo el teléfono —dijo Rose—. Los tíos de extranjería te estarán esperando.

—Vendré directo aquí. Puedo dejar atrás cualquiera de sus coches y pasarte por encima de la pierna que te queda con la moto. Si me dejas con el culo al aire, merecerá la pena.

Rose retrocedió y chocó contra las puertas de la cocina. Se abrieron hacia dentro, luego hacia fuera y, al rebotar, la golpearon. Tropezó con la pierna falsa.

—Bucky —dijo—. Despídelos.

—Bueno, me temo que ya lo han hecho ellos.

Rio entre dientes y Dirt soltó una carcajada. Me uní a ellos y salimos juntos del comedor. Bucky nos pagó en metálico y nos estrechó la mano.

—No le durará mucho el acojone —le dijo a Dirt—. Mejor que salgáis por patas.

—Si me cogen —dijo Dirt—, te dejaré fuera de todo. Pero dile que lo suyo es complicidad y encubrimiento.

Dirt ató mi mochila a una telaraña de cromo en el respaldo de la moto. Se montó, la arrancó con el pie y subí atrás. Hizo un caballito y nos adentramos en los manglares.

Nos detuvimos dos veces por las serpientes y tres por las crecidas. Había aves muertas en las ramas de los árboles. Con el aire limpio de humedad, el sol lo iluminaba todo con una claridad tan espeluznante como encantadora. Dejamos atrás tres arcoíris que se zambullían en las marismas. Tras coger una curva cerrada, sorprendimos a un cocodrilo que cruzaba la carretera con su cría. Dirt frenó y dio un bandazo hacia la izquierda. Cuando pasamos a toda velocidad, una de las crías volvió la cabeza. Durante una fracción de segundo nos miramos directamente a los ojos. La cría de cocodrilo pareció tan sorprendida como yo.

Unos kilómetros más adelante, nos detuvimos por una tortuga marina gigante que arrastraba despacio todo su peso por la carretera. Dirt rompió una rama y empujó a la tortuga en dirección al agua. Dejó un rastro sinuoso por el asfalto.

—La jodía se ha perdido —dijo Dirt.

—¿Por qué me has llevado contigo?

—No sé. Estaba harto de su prepotencia.

—Lo de mi habitación no era una emisora.

—Ya. Me colé al día siguiente. Estás fatal de la cabeza, hablando ahí dentro con el cacharro.

—Nadie hablaba conmigo.

—Si fueses un estupa, te habrías ido con el guardabosques. Vamos. Tengo que pirarme. Te dejo en el pueblo.

Entramos rugiendo en Florida City y paramos a repostar. El pueblo parecía intacto. Dirt desató mi mochila y la dejó caer al asfalto.

—Dame tu carné de conducir —dijo—. Vamos a intercambiarlos.

Fruncí el ceño y me pregunté si aquello era algún ritual de despedida entre moteros. No tenía coche, así que no iba a necesitarlo.

—Si me delata —dijo—, tiraré con tu carné durante un tiempo. No estarás huido, ¿no?

—No de la ley.

Le tendí mi carné. Era de Kentucky, la última prueba tangible de mi punto de partida. El resto de cosas que había en la mochila me proclamaban un estadounidense más. Dirt subió a la moto y me guiñó.

—Que cada perro se lama su capullo —dijo.

Vi cómo incorporaba la prueba de mi identidad a su carretera, cogía una curva y desaparecía. Comprobé su carné para aprenderme mi nombre. Hostias, pensé, con razón se hace llamar Dirt[28]. De repente caí en la cuenta de que no tenía adonde ir. Chris Offutt se alejaba en una moto. Otra persona se encontraba en un pueblo fantasma de Florida bajo el terrible peso de la libertad.

El viejo de la parada de autobuses me ignoró, como si se hubiese acostumbrado a los huidos de las marismas. Escupió junto a un cubo de basura.

—¿Sabes quién soy? —le pregunté.

Meneó la cabeza. Sonreí y llamé a Shadrack a cobro revertido. Cuando la operadora preguntó a nombre de quién, comprobé de nuevo el carné de conducir.

—Clarence —dije.

Rechazó la llamada, pero lo interrumpí.

—¡Soy yo, soy yo! —dije, y Shad aceptó el cargo—. ¿Me puedes hacer un hueco en tu casa? —pregunté.

—¿Cuándo?

—Seguramente dentro de tres días. Voy en bus.

—Te puedes quedar en mi covacha doce horas.

—Me sobra para ver las porquerías esas que pintas.

—Ya no pinto, Chris. Lo dejé para escribir mis memorias. Eres un personaje clave. Oye, ando un poco liado.

—Vale, adiós.

—Espera, Chris. Una cosa más.

—¿El qué?

Colgó. Era la broma que solíamos gastarnos.

El autobús al norte era un ataúd gris y estrepitoso, una demostración de mi fracaso, como una rapaz amaestrada y tullida. Pasamos por delante de un autostopista y me agaché, incapaz de mirar su gesto de desdén. Mi regreso a Boston suponía la primera vez que volvía a algún lugar. Durante una década, mi lema había sido «siempre hacia delante», pero esto me había llevado a unas marismas y rebajado a un autobús. Hacia delante había devenido hacia atrás.

Llevaba seis dólares encima cuando Shadrack me recogió en Boston. Todavía se acordaba del dinero que le había pedido en el pasado, suficiente para costear cigarrillos y comida. También se dignó a compartir conmigo la toalla que le había dado. Encontré trabajo en una tienda de revelado de fotos en una hora, algo que creaba imaginería antes de que el sentimiento tuviese tiempo de desvanecerse. Como era el único varón y el único blanco, los clientes asumían que era el encargado. Lo dejé, harto de que la gente se tragara mentiras sobre mí. No era actor ni pintor ni dramaturgo ni poeta. No era más que una persona anodina. A Ponce de León lo mató una flecha seminola a los sesenta años, mientras trataba de vivir la vida de un joven. Yo no pensaba cometer su error. Me mudé a una pensión de un barrio fino y escribí algunos poemas.

Pasaron varios meses difusos hasta que conocí a una mujer. Rita era psicòloga y música. Era atractiva de una forma honesta, no un artilugio sexualizado de maquillaje, refrescos sin azúcar y vaqueros de diseño. Su cuerpo solo era su cuerpo, no algo moldeado por Nautilus[29] hasta parecer una figura esculpida en yeso. Tenía unos ojos enormes en constante movimiento. Era mucho más inteligente que yo. Era una Calíope que se apañaba con un mortal.

Rita me pidió que la sacara de la ciudad, y, aunque yo había vivido durante años en el área de Boston, el único lugar que me daba seguridad era Salem. La Casa de los Siete Tejados tiene un pasadizo secreto que enseñan a los turistas que pagan una entrada. Nos

cogimos de la mano en aquel espacio estrecho entre el pasado y el presente. Quise besarla, pero el guía nos apremiaba para que avanzáramos.

Más tarde le enseñé mis poemas; me dijo que no eran poemas, que solo lo parecían. Tuvimos nuestra primera discusión, que acabó cuando me sugirió que escribiera prosa. Yo le enseñé a conducir, a jugar al póquer y al billar. Ella me devolvió a nuestra especie con una fórmula cuidadosa de protección y guía. Empecé a comer y a dormir con regularidad. Cogí peso.

Nos mudamos tres veces en dos años, primero a su ciudad natal, Manhattan, donde nos casamos. Rita no tenía hermanos y sus padres me trataban como a un hijo. Ahorramos un poco y nos mudamos a la zona este de Kentucky. Mi familia dio la bienvenida a Rita como si fuese de la realeza. Estaban casi seguros de que, con ella presente, no acabaría ni en prisión ni muerto.

Tras un año en las colinas, agotamos nuestros ahorros en un intento fallido de reformar una casita: solo llegamos a añadirle un cuarto de baño. Ninguno de los dos encontró trabajo. El diario se había vuelto inútil, un capotazo obvio. Como solo me rodeaban cosas conocidas, recurrí a la ficción.

Rita llevaba un tiempo instándome a ir a una escuela de escritura, pero me negaba porque temía descubrir que carecía de talento. De todas las empresas artísticas imaginadas, la escritura era la única en la que me había esforzado de verdad. Tenía tres relatos, todos escritos en Kentucky, en mi colina natal.

Arruinado y endeudado, solicité acceso en varios cursos de posgrado; elegí las escuelas según criterios geográficos. Rita prefería el desierto de Arizona y yo me decantaba por las montañas de Montana. Un profesor del instituto local sugirió que probara con la Universidad de Iowa, cosa que hice, aunque la perspectiva de vivir en aquella zona no me hacía mucha ilusión. Iowa fue la primera que contestó, y me admitieron.

Un mes después pedimos un préstamo y alquilamos una furgoneta. Otra vez me iba de casa, abandonaba las colinas. La verdad, nunca había encontrado mi lugar en el mundo exterior, pero

sí había pasado fuera el tiempo suficiente para sentirme como en casa. Condujimos doce horas con mis relatos en una carpeta sobre el regazo. Cuanto más nos acercábamos a Iowa, peores me parecían. Había tenido que volver a las colinas para empezar a escribir, y me pregunté si sería capaz de seguir haciéndolo en las llanuras.

Acampamos en la reserva de Coralville hasta que encontramos piso en un edificio declarado en ruinas al lado de la cárcel. El primer año fue duro y me planteé dejarlo, una vieja costumbre. Rita me convenció de lo contrario. Nos mudamos a una casa junto al río y me construí un cuartito para escribir. Tenía a mi diosa. Tenía mi templo. La pradera se extendía en todas direcciones.

El bebé lleva dos semanas de retraso, señal de inteligencia. Prefiere la seguridad de una percolación prolongada a la expulsión al mundo de la luz y el aire, la pena y la alegría. Últimamente no se ha movido, ha crecido demasiado para su espacio. La tripa de Rita es una luna llena inmensa; su ombligo, un churrete vuelto del revés. Sus pechos, hermosos, descansan bien alto sobre la barriga. Apenas puede andar.

Hoy es el último día de espera. Anoche dormí tres horas, anestesiado por media pinta de *bourbon*. Esta mañana no he tenido resaca, solo un pavor atónito a que naciera cadáver. No hay motivos para pensarlo; Rita está perfecta de salud. No se ha saltado las prohibiciones a la cafeína, el alcohol y la nicotina. Me sabe mal dejarla sola cada mañana, pero ella me insiste en que salga de casa. Solo descansa de verdad cuando yo no estoy. Una nieve leve se filtra a través del cielo. El rocío en los árboles es en realidad humo de chimenea sometido a la tierra por el mal tiempo inminente.

La ribera es un puercoespín ovillado; las ramas desnudas plisan el cielo. Un roble alcanzado por un rayo cuelga en ángulo recto como la flor de la arisaema. Me agacho entre el follaje, un Pan sin su siringa, Adán antes de Lilith, un druida que no precisa ningún roble en especial. Perlitas de nieve se acomodan en los pliegues de tela en mis codos. La naturaleza me acepta como una extensión de sí misma, un brazo que conoce su mano. Envejezco y me enfrío tanto como los árboles silenciosos que a lo largo de la orilla aceptan la nieve.

A no ser que nazca hoy, mañana inducirán el parto a Rita. Esa clase de calendarios suele reservarse a los trabajos y los eventos deportivos. Solo la guerra y los nacimientos irrumpen por su cuenta,

ataques preventivos de aguas rotas y tratados.

El viento en la superficie logra que parezca que el río discurre hacia atrás. Ahueco las manos e imito el reclamo del cárabo. Uno responde, pero yo no, satisfecho por compartir el amanecer. La cuenta atrás ha comenzado. Somos como una avanzadilla que abandona la vigilancia para pillar al bebé *in fraganti*.

Pese a no apañarme bien cuando estaba solo, temo perder independencia. Lo que pasaba por aventura era desesperación; mi valentía era en realidad una negativa a reconocer el miedo. Esta disposición de seguridad termina mañana. Aprenderé el vocabulario de un padre: cuando seas mayor, ya veremos, pregúntale a tu madre.

Bajo el roble encuentro la egagrópila gris de un búho. Después de comerse a su presa, el búho regurgita los huesos y el pelo en un paquetito pulcro. Este está muy duro, lo que significa que es antiguo. Lo rompo para abrirlo y encuentro el cráneo plano de una cría de serpiente. De niño me daban miedo las serpientes, y mi intención es enseñar a mi hijo que no hay motivos para ello. A los niños les da miedo aquello que sus padres temen, eso y sus padres.

A mi lado, el río avanza hacia el sur para unirse al Cedar, que marcha hasta el Misisipí, que discurre hasta el golfo. Todo fluye hasta el golfo. Rita está más aliviada. El bebé ha encajado la cabeza en el canal pélvico. Mañana se unirá a la tierra igual que un riachuelo. Llevábamos semanas preparados por si el bebé se adelantaba. Ya ha engañado a sus padres.

Abandono el bosque y cruzo el jardín para revisar el bote. Hace meses, lo varé en el jardín para evitar los golpes del hielo. El bote parece más grande en tierra que en el agua. Me siento en la bancada del centro. El humo de una chimenea me apisona, se arremolina a mi alrededor, señal de que se avecina tormenta. El graznido ronco de un cuervo rompe el silencio, me llama la atención. En un árbol, un águila se alza sobre una pata; con la otra garra sostiene un pez y a picotazos rápidos arrasa con las escamas. Los cuervos se posan en ramas cercanas como si rindieran homenaje a un cazador superior. Me recuerdan a esos niños que buscan aprender, y se me ocurre que todo padre parece de una especie distinta.

Aguanto el frío tanto como puedo. Las ramas de los árboles se comban hacia la tierra bajo el peso de la nieve. Cada segundo que pasa estoy más cerca de la paternidad. Me mantengo a la espera en un bote varado, rodeado de humo que no levanta. El río discurre corriente arriba.

El despertador sonó al amanecer. Batallé con el agotamiento hasta que el motivo del madrugón liberó la adrenalina suficiente como para derretir el hielo. Fuera, el aire tenía la oscuridad del anochecer. Los ojos preternaturales de Rita relucían, anticipaban el alivio. La maternidad y la paternidad poseían los puntos de vista discrepantes del chamán y el telepredicador, de un protón y un electrón, de un *quarterback* y el fútbol como tal. Ninguno fue capaz de desayunar. La bruma del río ascendía hasta mezclarse con la nieve; la tierra y el cielo se ligaban en el aire.

Sostuve a Rita del brazo mientras caminábamos hacia el coche. El sol empezaba a asomar, con la luna todavía suspendida en el oeste. Me encontraba entre los dos compañeros del planeta, sentía la atracción de ambos, el mito de cada uno. La Tierra era el bróker de la vida y la luna marcaba el paso del tiempo. Conduje despacio, con cuidado. No hablamos. En el hospital, un hombre mayor se llevó rápidamente a Rita en silla de ruedas, su tripa liderando la marcha. Quince minutos después, una enfermera me tocó el hombro.

—¿Va a hacer de padre del bebé de la señora Offutt?

—Soy su marido. —Consultó ceñuda su portafolios—. ¿A qué se refiere con que si voy a hacer de padre?

—Si va a ayudarla en el parto.

La seguí a través de un intrincado sistema de seguridad hasta el paritorio. Rita estaba tumbada y conectada a una espiral de cables e hilos. Un tensiómetro le envolvía el brazo izquierdo. Llevaba un cinturón que monitorizaba el feto a través de unos electrodos atados al cuerpo. Una máquina registraba las contracciones con un estilete diminuto, igual que un sismógrafo. La vía serpenteante goteaba oxitocina, una hormona que acabaría por provocar el parto.

Pregunté a la enfermera por las alternativas a la oxitocina.

—La estimulación de los pezones a veces ayuda, pero vamos dos semanas tarde, me temo.

—¿Teme? —dije.

Desde el pasillo llegó un aullido de angustia. La enfermera salió a la carrera e imaginé que nuestra vecina acababa de ver al monstruo bicéfalo que había expulsado su cuerpo. Saqué la baraja de cartas de la maleta y le pedí a Rita que cortara. Jugamos al *rummy* y gané sin problemas. Rita intentó dar una cabezada. Salí a dar un paseo y me encontré con una horda de hombres de mirada frenética que se mordían los labios, las uñas y las cutículas. Uno se sacudía sin control; otro se rascaba el antebrazo con la reiteración metódica de un lunático. La conversación consistía en gruñidos y en tragar saliva. Al final nos ahuyentó el capullo sudoroso que soltó un monólogo sobre los tres bebés que su mujer había perdido. Si este no lo lograba, le pediría el divorcio.

Fui a las incubadoras, donde había ocho bebés en cunas transparentes envueltos como momias. Una niña diminuta estaba tumbada bajo unas lámparas de calor, y recordé la visita que hicimos en clase de Psicología a un centro estatal de bebés abandonados. Un cuarto tras otro lleno de idiotas desnudos. Durante la pubertad tenían que enseñarles a masturbarse; de lo contrario, magreaban el mobiliario y a los niños más pequeños. La palma se la llevaba un chaval de nueve años hidrocefálico con la cabeza del tamaño de una carretilla; la gravedad se la había aplanado por estar tumbado de costado. Las cuatro placas craneales se definían con claridad, como si flotaran bajo la superficie.

Me fui enseguida. Las enfermeras bromeaban tras una barrera baja que me recordó a la barra de protección de un bar de *striptease*. Necesitaba una copa. Me senté junto a Rita a leer poesía, pero era incapaz de concentrarme. Mientras ella dormía, hice otra ruta por el laberinto y me asomé a la sala de cesáreas, una cámara regia con la atmósfera de una cripta baldeada. Estaba vacía, salvo por una mesa de metal brillante bajo un panel de luces gigante. En la sala de espera, encontré una novela de espías y la lectura me enganchó.

Cuatro horas después las contracciones de Rita aumentaron y me entró mucha hambre. Los sándwiches que habíamos metido en la maleta hacía un mes estaban mohosos. Mientras intentaba guiarla durante la fase latente, más que como un instructor me sentí como una animadora. Lo que quería, más que nada, era que cada contracción de treinta segundos acabara para tener diez minutos libres y leer mi novelita de suspense. Se sospechaba que un oficial de alto rango era un topo y la protagonista llevaba una pistola atada al muslo. Rita gemía. Cada media hora, una enfermera comprobaba la dilatación cervical y el borramiento.

Rita entró en la segunda fase del parto activo y yo no encontraba mis fichas. Se retorcía de dolor. Me sentía impotente y frustrado; solo era capaz de cogerle la mano y contar hasta cinco mientras ella se vaciaba los pulmones con exhalaciones breves y roncas. Llamé a un amigo para encargarle comida. Una hora más tarde, una enfermera trajo un petate con atún y pan integral y una botella de *whisky* de una aerolínea. Entre contracciones, me comí el sándwich y acto seguido vomité en la bolsa a escondidas de Rita. Un derroche de sensibilidad. No se dio cuenta.

La segunda fase se estaba alargando y nuestra médica se pasó para aumentar la oxitocina de una gota por minuto a dos. Me preguntó qué tal lo llevaba y me dio unas palmaditas en la cabeza. Una enfermera introdujo a Rita un electrodo por la vagina y lo aseguró al cráneo del bebé. Rita rechazó los medicamentos. Estaba decidida a amamantar al bebé con coherencia inmediatamente después del parto. Respiraba y gruñía, y consumía más energía que un luchador de sumo. Tenía los ojos cerrados. Yo le limpiaba el sudor de la cara y le daba cubitos de hielo mojados en zumo. El tiempo se deslizó hasta un olvido en ciclos de un minuto que me recordaron a un huracán: respirar empujar descansar, respirar empujar descansar. El gráfico en el monitor ascendía y descendía con el registro del esfuerzo de Rita. La habitación se desdibujó hasta convertirse en una batisfera que nos contenía a los dos, conectados por las palmas de las manos. Más tarde supe que había pasado por un parto durísimo de seis horas.

De repente, la habitación se llenó de personal médico tras el aviso de una máquina de la enfermería. El monitor mostraba sufrimiento fetal: los latidos del bebé se ralentizaban con cada contracción. Una enfermera me hizo a un lado con el hombro y bajó una trampilla oculta en la cama, entre las piernas de Rita. Alguien puso debajo un cubo de boca ancha. Se me secó la boca. El cérvix había dilatado diez centímetros, se había borrado del todo, blando como masa. Una enfermera trajo un par de pinzas brillantes de ensalada en una bandeja de acero. La médica insertó una, luego la otra, las unió por el mango y se puso a moverlas por instinto y de memoria. Todo el mundo tenía sudor en la frente. No podía hacer nada salvo limpiarle la cara a Rita y cogerla de la mano.

La médica mandó llamar a un especialista, un tipo jovial con unos antebrazos inmensos. Introdujo los fórceps y bregó hasta que los nudillos se le pusieron blancos, cambió ligeramente de postura y retiró el instrumento viscoso. Asintió a la médica y se marchó a zancadas. Imaginé a nuestro bebé con una cabeza con forma de reloj de arena. Todo el mundo se puso a hablar a la vez. La médica se agachó en posición de trípode entre las piernas de Rita y gritó:

—¡Empuja, empuja!

El líquido caía entre salpicones en el cubo metálico.

—La cabeza —dijo una enfermera—. Asoma la cabeza.

—Pulsaciones bajas —dijo otra.

—Sufrimiento fetal.

—Episiotomía.

—Cordón enrollado en el cuello. Cordón enrollado en el cuello.

Eché un vistazo y vi que una esfera roja y oscura salía del abdomen de Rita, que estaba gritando. Aparté la mirada.

—Ya no está, ya no está.

Miré de nuevo y, en efecto, lo que fuera la cabeza del bebé había desaparecido, había sido reabsorbida. Todo el mundo gritaba instrucciones. Me incliné hasta el oído de Rita y le susurré unas palabras que brotaron como un galimatías.

—Ya viene —dijo la médica—. La cabeza, ya asoma la cabeza.

De nuevo vi la cabeza, que sobresalía como la de una tortuga de

su caparazón; luego retrocedió.

—Peligro de asfixia.

—Preparad la cesárea.

—Ahí viene otra vez.

—¡Empuja! ¡Empuja! ¡Empuja!

Entre el terror y la intensidad del momento, sentí un respeto extraño por el feto. Después de que lo escurrieran a través de un túnel estrecho para que echara un vistazo rápido, había optado por volver, por prolongar la seguridad de la oscuridad y el alimento. Sin duda era hijo mío.

—Episiotomía, rápido.

—Se desgarra, se desgarra.

—Empuja, empuja, empuja. Ya viene.

—Bien bien bien bien bien bien.

Su rostro apareció de perfil entre las piernas de Rita. Alrededor del cuello tenía un cordón pálido y carnoso como una serpiente. La médica cortó el umbilical, que revoloteó hasta el estómago de Rita como si estuviese vivo y sintiera hasta posarse despacio sobre la piel desinflada. De las inmediaciones de la pelvis llegó un sonido extraño.

—¡Aquí está!

—¡Ha salido! ¡Ha salido!

La médica puso un bulto húmedo y ondulado sobre el estómago de Rita, dirigido hacia sus pechos. El bebé no se parecía a las descripciones de los libros. No había ninguna sustancia tipo queso ni tenía la cabeza alargada. Era una cosa gris y arrugada como la carne reseca. No se movía. En aquel momento, no tuve dudas de que estaba muerto.

—Mi bebé —dijo Rita—. Mi bebé, mi bebé.

Un brazo tubular se agitó por debajo de la cabeza, se estiró en el aire y se dobló por el codo; los dedos diminutos hacían un movimiento prensil. Con idéntica rapidez, el brazo se retrajo. Me acerqué más; sin cola, la cabeza llena de pelo oscuro y ensangrentado. Parecía un aleuta tras una pelea cruenta en un callejón, los ojos saltones y raspaduras en las mejillas. Los puños en

guardia.

—Niño —dijo una enfermera—. Es un niño.

Lo aupó y lo guio hasta el pezón de Rita.

—Sutura —dijo la médica—. Trae más, rápido.

Una enfermera cogió al bebé y lo llevó en brazos hasta el otro lado de la habitación. Lo pesó, midió el largo como si fuese un pez y le pasó los dedos por la boca.

—Buen paladar —dijo en voz alta—. Diez dedos en manos y pies. Bien en la Apgar. —Se volvió hacia mí—. Mire.

Lo sostuvo por las axilas y lo bajó poco a poco hasta que sus pies tocaron la superficie de una mesa esterilizada. Enseguida levantó una pierna para dar un paso.

—Solo los humanos hacen esto al nacer —dijo—. Es mi parte favorita. —Lo tumbó en la mesa, lo enrolló en una manta como un burrito y me lo tendió—. No puede estar con la madre mientras la someten a cirugía —dijo—. Por seguridad.

Lo cogí con rigidez y nos miramos el uno al otro. Tenía los ojos azul oscuro y las manos gigantes. Me maravilló el hoyuelo de su mentón. Me presenté y le di la bienvenida. Se había sonrosado, pero seguía muy callado, con la mirada fija en mí. Se me ocurrió que sabía cosas misteriosas. Alcazaba a ver una conciencia que resultaba hilarante y a la vez aterradora. Quería que hablara, que me lo contara todo. Pronto, lo que había experimentado, aún reciente, quedaría enterrado, solo presente en pesadillas. Nos miramos durante varios minutos, intercambiando información desconocida por el conducto de su visión inicial. Lloré y le canté. Nueve meses de miedos se esfumaron en espiral. Su nacimiento era mi renacimiento. El terror paternal era simple ignorancia. El bebé sabía cuanto había que saber.

Tomé conciencia de un quejido escalofriante y estridente, lamentos de un campo de batalla. La médica estaba sentada en un taburete entre las piernas de Rita, que se retorcía bocarriba y balanceaba la cabeza de un lado a otro, el pelo oscuro en constante movimiento. Dos enfermeras le sujetaban los brazos. Gimió durante una hora: le habían puesto noventa y cuatro puntos. En el último

segundo del parto, nuestro bebé había bajado los hombros y avanzado a la fuerza hasta el extraño mundo de la luz y el espacio.

Lo llevé con su madre, pero Rita se encontraba en un área privada de dolor y alegría. La enfermera me indicó con gestos que me apartara. Cometí el error de comprobar el trabajo de la médica. Su bata brillaba de rojo, por fin había terminado de coser. La médica sumergió las manos en el cubo y sacó algo que parecía una bolsa de plástico de una tintorería. La volvió del revés y evaluó la viscosidad y el contenido. Pensé en un agorero, en la creencia pagana en el poder del amnios. Satisfecha, la médica la dejó caer y el suelo quedó salpicado de agua roja. Me flaquearon las rodillas y tuve mucho miedo de que el bebé se me cayera. Imaginé que mis brazos eran barras de hierro.

Una enfermera cogió al bebé y se lo entregó a Rita, que arrullaba como un animal. Rebusqué en el petate y vacié la botellita de *whisky* de emergencia. Me senté en una silla a contemplar el símbolo personificado de la vida, Isis y Ra, mujer e hijo.

La médica reapareció con ropa limpia. Una enfermera lavó a Rita con una esponja y le puso una bata nueva. Todo el mundo sonreía. Otra enfermera me preguntó por el nombre. Por encima del ruido de las conversaciones se oía el llanto del bebé. A Rita se le había ladeado el pezón. Lo recolocó y todos escuchamos la respiración rápida del bebé, el sonido de succión, el maullido minúsculo de la vida.

EPÍLOGO

Mi hijo tiene tres meses y lo llevo a la espalda, sujeto a un arnés rojo. Hoy es el primer día de primavera, su primera visita al bosque. Sus piernas regordetas rebotan contra mi espalda. Han pasado diecisiete años desde la última plaga de langostas y el suelo del bosque está lleno de agujeros del tamaño de un dedo. La tierra ha entregado los insectos a la luz. Sus zumbidos suben y bajan a nuestro alrededor como motosierras lejanas. Rita está en casa, agradecida por disponer de tiempo para ella. Nuestro hijo duerme entre los dos en la cama, y de noche me coloco de tal forma que pueda cogerlo de la mano.

Bandadas de estorninos migran en paralelo al río. Las coníferas brotan, los caducos aguardan. Hablo con mi familia por teléfono más a menudo. Mi padre me pregunta por «el hijo de mi hijo». Le pregunto cómo quiere que lo llame el niño.

—Abuelo —dice—. Así sabrá que existe alguien más grande que su padre[30].

Mi madre quiere saber cómo está y le digo que igual que siempre; luego me doy cuenta de que la frase suele usarse para describir un cadáver en su velatorio. Vivimos lejos de ellos.

Yo me crie sin ver a mis abuelos, y siempre he lamentado su ausencia. Ahora parece que el patrón se repite.

La carga a mis espaldas pesa poco y mucho. Me detengo para recolocarlo y noto una rama en la pierna, alrededor de la bota. Es

una culebra rayada pequeñita. Detrás de la cabeza tiene una franja amarilla del tamaño de un anillo de bodas. La cojo con cuidado, sé que los niños las matan sin querer por tratarlas a las bravas. Vuelvo la cabeza hacia mi hijo y sostengo la serpiente por encima del hombro. Sus deditos flotan hacia ella, se apartan.

El río está alto por crecidas en el norte. Rita y yo siempre tenemos sueño. Seis semanas después del parto, nuestra médica nos autorizó a hacer el amor, pero el niño nos interrumpió las primeras veces. Por algún motivo, resultaba oportuno, y no me importó la pausa. Me preocupaba que Rita me sintiera de un modo distinto, que el parto hubiese transformado su pasadizo. Sus pechos se habían vuelto algo utilitario, con una función independiente de la estética. Una cosa es hacerle el amor a una dama y otra muy distinta es hacérselo a una madre. Mientras nuestro hijo dormía, Rita y yo nos amoldamos el uno al otro, apretando tanta carne como nos fue posible. Mis miedos mudaron con la facilidad con que lo hacen las hojas en la lluvia del otoño. Nada ha cambiado, excepto todo.

Llego a un árbol combado y me desprendo de la mochila que contiene a mi hijo. La mochila tiene una barra de aluminio que se pliega hacia delante de tal forma que se mantiene en pie. Es más grande que mi hijo, que se desploma a un lado y a otro, se escora como una trainera. Lo enderezo y se desliza hacia el otro lado. Da igual cuánto lo intente, es incapaz de sentarse erguido, pero sus ojos, del mismo color que los míos, no se apartan de mi cara. Me siento, cruzado de piernas, frente a él. El bosque es grávido a nuestro alrededor. El equinoccio señala el inicio de la vida y la cosecha, de las anidaciones de las aves y del apareamiento de los animales. Quiero explicárselo todo. Quiero decirle qué hacer y, lo más importante, qué no hacer. Le doy una hoja y él la prueba con calma. No puede aprender de mis errores, solo de los suyos.

Pienso en todas las cosas que quiero contarle, pero no digo nada. Según mi padre, provengo de un largo linaje de malos padres que mejora de generación en generación. El nacimiento de mi hijo me ha convertido en el hombre de en medio, estoy más próximo a la muerte y a la vida, más cerca de mi padre. Con valentía y trabajo, un

día mi hijo será adulto. Entre árboles y aves, me doy cuenta de que, a pesar de las trabas que yo mismo me he puesto, de alguna manera he llegado a la madurez.

Pego mi frente a la de mi hijo. Tiene el entrecejo caliente. Veo cómo la vida palpita en su mollera. Papá te quiere, es lo único que se me ocurre decir. Como todos los hijos antes que él, no dice nada. El bosque nos rodea como una tienda de campaña. El río fluye junto a nosotros y tocarlo es lo mismo que tocar el mar.

CHRIS OFFUTT (Lexington, Kentucky, 1958) es autor de dos colecciones de relatos, *Kentucky seco* (1992) y *Out of the Woods* (1999); dos novelas, *The Good Brother* (1997) y *Country Dark* (2018), y tres memoirs, *The Same River Twice* (1993), *No Heroes: A Memoir of Comming Home* (2002) y *Mi padre, el pornógrafo* (2016). Sus relatos y ensayos han aparecido en publicaciones como The New York Times, Harper's, Esquire, GQ, Play Boy, Tin House y The Oxford American. La revista Granta lo incluyó en su lista de veinte jóvenes escritores norteamericanos. Además, ha escrito guiones para las series True Blood, Weeds y Treme, y ha sido nominado a un Emmy. En la actualidad vive en el condado de Lafayette, en Misisipi.

Notas

[1] Maharishi Mahesh Yogi (1917-2008), gurú de la India, fundador del movimiento Meditación Trascendental. Las colonias Amana, compuestas por siete pueblos (en torno a once mil hectáreas) de economía casi autosuficiente, fueron construidas en el siglo XVIII por pietistas alemanes huidos de las persecuciones de la Iglesia luterana. (*Todas las notas son del traductor*). <<

[2] El ganador de la Liga Americana de béisbol juega la Serie Mundial, la gran final de la MLB, contra el ganador de la Liga Nacional. <<

[3] Voluntarios al Servicio de América, por sus siglas en inglés (Volunteers in Service to America), una agencia gubernamental destinada a combatir la pobreza. <<

[4] Mencionado anteriormente con el bosque que lleva su nombre, Daniel Boone (1734-1820) abrió la ruta conocida como Wilderness Road, desde el este de Virginia hasta Kentucky, donde fundó uno de los primeros asentamientos de colonos. <<

[5] Así en el original. <<

[6] Apodo por el que se conoció a los Cincinnati Reds entre 1970 y 1979, periodo en el que ganaron cuatro Ligas Nacionales y dos Series Mundiales. Todavía hoy se le considera uno de los mejores equipos de la historia del deporte. <<

[7] Asociaciones destinadas, en general, a la formación de las juventudes rurales. 4-H remite a las iniciales de las palabras *head* («cabeza»), *heart* («corazón»), *hands* («manos») y *health* («salud»). <<

[8] Literalmente «tepe» o «pasto», remite también a la pista sobre la que corren los caballos y al territorio controlado por una banda criminal. <<

[9] Así en el original. <<

[10] Situado en el extremo norte donde hoy se encuentran los estados de Kentucky, Tennessee y Virginia, la Transylvania Company contrató a Boone en 1775 para ensanchar el camino que atravesaba el desfiladero y facilitar la colonización de Kentucky y Tennessee. <<

[11] Así en el original. <<

[12] Así en el original. <<

[13] Famoso jefe siux (1840-1877). <<

[14] Famoso chamán siux (1863-1950). <<

[15] Por *winter y summer*, que, como *loser* («perdedor») y *winner* («ganador»), acaban en *-er*. <<

[16] Desde 1939, liga de equipos alevines de béisbol y *softball*. <<

[17] En la jerga surfista, alguien que, pese a afirmar lo contrario, no sabe surfear. <<

[18] Literalmente «Viejo Fiel», es uno de los géiseres más famosos del parque de Yellowstone, en Wyoming. <<

[19] Con origen en las décadas de los cincuenta y sesenta, el término *fuga blanca*, relacionado con el Movimiento de Derechos Civiles y las leyes de segregación, remite a los desplazamientos de población blanca de barrios mixtos a suburbios racialmente homogéneos. <<

[20] General estadounidense (1741-1801) que se pasó al bando británico durante la guerra de Independencia de Estados Unidos. <<

[21] Literalmente «Zona de Combate», fue el nombre que recibió en la década de los sesenta un distrito del centro de Boston dedicado a los espectáculos para adultos. Se desmanteló a finales de los años setenta. <<

[22] Así en el original. <<

[23] Hadas del folclore irlandés que se aparecen para anunciar la muerte de un pariente con gritos y llantos. <<

[24] Además de referir al pene y al acto masturbatorio, el nombre refiere a las personas que hacen trabajos pesados o esporádicos, como un bracero o un jornalero, además de a los marineros. También es un equivalente a nuestros «fulano» o «mengano», por ejemplo, o a un paleto. <<

[25] American Institute of Architects. <<

[26] *Así* en el original. <<

[27] Grito de guerra del jefe siux Caballo Loco. <<

[28] En inglés, *dirt* puede ser «tierra» o «polvo», pero también «basura» o «mugre». <<

[29] Fabricante de aparatos para gimnasios. <<

[30] En inglés, *abuelo* es *grandfather*, literalmente «padre grande». <<